

DISOLUCIÓN SOCIAL Y PRONÓSTICO POLÍTICO

Aníbal Romero
(1996-1997)

«En general, la gente experimenta su presente de manera ingenua y no parece capaz de comprender adecuadamente su significado [...] Para ello es necesario colocarse a cierta distancia de lo que actualmente ocurre [...]

El presente, para decirlo de este modo, tiene que haberse convertido en el pasado, con el objeto de proporcionarnos la perspectiva desde la cual vislumbrar el futuro».

Sigmund Freud

«El propósito de nuestro análisis no es construir una especie de instrumento de ciega manipulación, que proporcione respuestas infalibles, sino darnos un esquema conceptual que nos permita pensar ordenada y organizadamente sobre los problemas que acá nos interesan».

John Maynard Keynes

«Queremos conocer para prever».

Auguste Comte

«Nadie puede alojar en su mente una concepción del futuro, pues el futuro aún no existe. Pero de nuestras concepciones del pasado, hacemos un futuro».

Thomas Hobbes

CONTENIDO

Nota preliminar

- I. La definición del problema
- II. Teoría de la disolución social
- III. Teoría del pronóstico político
- IV. La revolución iraní: fin de un mito, nacimiento de otro
- V. El derrocamiento de Allende: la decisión hegemónica
- VI. Venezuela contemporánea: ocaso de los mitos y persistencia del miedo hobbesiano
- VII. El fin del comunismo en la URSS: enfermedad de un mito y colapso de la voluntad de dominio

Nota final

NOTA PRELIMINAR

El tema central de este libro se refiere al potencial y las limitaciones del conocimiento sociopolítico. Uno de los terrenos en el que el tema puede ser explorado es el del pronóstico político: ¿qué recursos teóricos poseemos para conocer la evolución probable de los eventos, y vislumbrar su posible desarrollo? Ante esta interrogante, el reto clave —a mi modo de ver— consiste en articular una teoría que nos permita determinar cuáles son los principales factores que contribuyen a cohesionar las sociedades y sistemas de dominación política, así como los procesos que conducen a su decadencia y desestabilización. Sobre esta base, creo, es razonable analizar las perspectivas del pronóstico dentro del ámbito descrito. Como se verá, argumentaré que la constatación de las severas limitaciones de nuestro conocimiento sobre la realidad sociopolítica no debe concebirse como un obstáculo infranqueable, sino como un estímulo a la investigación.

El extraordinario ambiente intelectual de la Universidad de Harvard, unido a los incomparables recursos bibliográficos a los que tuve acceso durante estos pasados dos años —desde diciembre de 1994 hasta finales de 1996— hicieron posible que escribiese el presente libro en condiciones óptimas. Por todo ello, deseo expresar acá mi gratitud a Jorge Domínguez, director del Centro de Estudios Internacionales de Harvard; a John Coatsworth, director del Centro David Rockefeller de Estudios Latinoamericanos; a Samuel Huntington, director del Instituto Olin de Estudios Estratégicos, y a Michael Desch,

director asistente del Instituto Olin. Todos ellos me dieron su pleno respaldo y abrieron para mí las puertas de un siempre exigente y retador espacio de excelencia intelectual. Jamás olvidaré su generosidad. Quiero, de igual modo, manifestar mi sincero agradecimiento a las autoridades de la Universidad Simón Bolívar, quienes me otorgaron el permiso que hizo posible mi permanencia en Harvard.

Deseo por último mencionar los nombres de varias personas, con quienes en estos años compartí inquietudes e ideas, y con quienes me siento en deuda por el beneficio de numerosas conversaciones en torno a los asuntos que aborda este libro. En primer lugar, a mi hermano Carlos A. Romero; también a Larry Diamond, Ignacio Quintana, Claudia Elliott, Emilio Pacheco, Mark Falcoff, Luis Báez Duarte, Ignacio Iribarren, Luis José Oropeza, Simón Alberto Consalvi, Gustavo Tarre Briceño, José Gabaldón, Iván Izquierdo, Robert Bottome, Alfredo Keller y Carlos Raúl Hernández. Para todos ellos van estas palabras de aprecio y reconocimiento. Desde luego, las fallas y limitaciones de este estudio son de mi exclusiva responsabilidad.

A.R.

Cambridge, Massachusetts-New York City

Diciembre de 1996

I. LA DEFINICIÓN DEL PROBLEMA

1. El deseo de estabilidad y el rechazo ante la incertidumbre

La idea de modernidad encierra fundamentalmente la capacidad de adaptarse a los cambios. Ser «moderno» es ser propenso a cambiar y ajustarse a un entorno flexible y en permanente movimiento. El rasgo definitorio de la historia moderna es la maleabilidad del contexto material y espiritual en que evoluciona nuestra existencia. No siempre ha sido así. En otras épocas, la estabilidad de las estructuras socioeconómicas, de los órdenes políticos y de los esquemas de valores fue lo común. A pesar de que la modernidad ha popularizado el cambio, no ha logrado que abandonemos una aspiración básica de estabilidad que pareciera constituir un elemento importante de nuestra condición humana, reacia a admitir que no podemos controlar nuestro destino y temerosa ante lo que puede deparar el futuro.¹

El deseo de estabilidad no debe interpretarse principalmente como hostilidad hacia el cambio, sino más bien como angustia frente a lo desconocido y lo que no podemos controlar. Una paradoja del avance científico en la era moderna es que, a la vez que descubre la magnitud de nuestra ignorancia y las limitaciones de nuestro conocimiento, crea esperanzas en nuestro potencial para superarles. En abstracto, es común que se admita que la predicción no es tarea de

¹ Sobre el concepto de modernidad, véase Daniel Lerner, *The Passing of Traditional Society: Modernizing the Middle East*. New York: The Free Press, 1958; en torno a las diversas visiones sobre la naturaleza humana y la preferencia, en la mayoría de los casos, por la seguridad sobre la incertidumbre, véase Debra Friedman, Michael Hechter y Satoshi Kanazawa, «A Theory of the Value of Children», *Demography*, 31, 3, 1994, pp. 375-401.

la ciencia en general, ni de las ciencias sociales en particular.² Más aún, desarrollos científicos recientes, como por ejemplo la denominada «teoría del caos», tienden a reforzar el imperativo de la modestia en cualquier intento de escudriñar lo que nos depara el futuro, ya que: «Pequeñas diferencias en condiciones iniciales pueden transformarse en gigantescas diferencias de resultados [...] En materia de pronóstico del tiempo, por ejemplo, este fenómeno se conoce como “efecto mariposa”, es decir, la noción de que el vuelo de una mariposa el día de hoy en Beijing puede generar una tormenta el mes siguiente en Nueva York».³ Si bien la predicción es en abstracto rechazada como tarea central de la ciencia, la angustia ante lo desconocido y el impulso orientado a controlar el entorno nos llevan reiteradamente a exigir que nuestro conocimiento trascienda los límites de lo que existe, y penetre el territorio de lo que puede y lo que presuntamente va a pasar.

La demanda de certidumbre, lejos de disminuir ante las recurrentes pruebas de nuestros límites, tiende a aumentar y hacerse más aguda en la medida que el cambio posible, cambio que se intuye o teme, es potencialmente más drástico o dramático. En la mente de muchos se anida la certeza de que si tan solo los expertos estuviesen mejor informados y fuesen más objetivos serían capaces de prever los cambios. La experiencia demuestra, sin embargo, que «mientras más inusual y de mayor impacto es un evento, más difícil es predecirlo. Dicho de otra manera, la precisión de una predicción es inversamente

² Ithiel de Sola Pool, «The Art of the Social Science Soothsayer», en Nazli Choucri y Thomas W. Robinson, *Forecasting in International Relations: Theory Methods, Problems, Prospects*. San Francisco: W. H. Freeman & Co., 1978, p. 23.

³ James Gleick, *Chaos: Making a New Science*. New York: Penguin Books, 1987, p. 8.

proporcional a su importancia».⁴ Una y otra vez, destacados estudiosos de la vida social, como Albert Hirschman y Friedrich Hayek, entre otros, nos alertan sobre la necesidad de preservar la mayor modestia y prudencia cuando se trata de pronunciarnos sobre el futuro de las sociedades humanas;⁵ pero la demanda de certidumbre no deja de estar presente, y de algún modo, con sistemática regularidad, las ciencias sociales intentan dar respuesta a esa exigencia. No importa que, de nuevo en nuestro tiempo, eventos de tal impacto y tan sorprendentes como –para solo mencionar dos casos– la revolución iraní y el colapso del comunismo en la URSS y Europa oriental, hayan ratificado la dificultad de predecir el curso y las consecuencias de los procesos sociales. Seguimos, sin embargo, convencidos de que es necesario continuar los esfuerzos para vislumbrar, con algún grado de certeza, el devenir histórico, y de igual modo confiamos que, al menos parcialmente, esos esfuerzos puedan ser exitosos.

No le falta razón a Popper cuando señala que sin el «optimismo epistemológico», es decir, sin esa confianza en nuestra capacidad de conocer, nuestra civilización no habría logrado las conquistas de las que tanto se enorgullece. De acuerdo con esa visión optimista, la ciencia, es decir, «el conocimiento real acerca del mundo real», aunque ciertamente muy difícil, es alcanzable.⁶ Esa actitud optimista en relación con nuestro potencial de conocer se acrecienta en las

⁴ Nikkie R. Keddie, «Can Revolutions be Predicted: Can their Causes be Understood?», en N. R. Keddie, ed., *Debating Revolutions*. New York and London: New York University Press, 1995, p. 10.

⁵ Véase Albert O. Hirschman, *A Propensity to Self-Subversion*. Cambridge: Harvard University Press, 1995, pp. 189-196; Friedrich A. Hayek, *Individualism and Economic Order*. Chicago: Chicago University Press, 1980, pp. 33-91.

⁶ Karl R. Popper, *The Myth of the Framework*. London and New York: Routledge, 1994, p. 192.

circunstancias especialmente complejas y exigentes del campo político, donde los cambios a veces se aceleran y los esquemas normales de la vida parecen sujetos, al menos en nuestro tiempo, a una incesante presión. Este punto ha sido también enfatizado, con referencia a otra turbulenta época histórica, por Stephen Toulmin, quien ha mostrado que la búsqueda de certeza por parte de los filósofos del siglo XVII en Europa no fue un mero intento de construir estructuras abstractas de validez eterna, imaginadas como objetos puros del intelecto, sino una apremiante respuesta ante un desafío histórico concreto: el caos político, social y teológico generado por la Guerra de los Treinta Años.

Para pensadores como Descartes, Hobbes y Grocio, la situación de ambigüedad e incertidumbre imperantes en la interpretación de la realidad alimentaba las llamas de la guerra religiosa; en consecuencia, a su modo de ver, había llegado el tiempo de descubrir un «método racional» capaz de separar la verdad de la falsedad en las doctrinas filosóficas, científicas, y teológicas.⁷ Sin que ello le conduzca a condenar ese ideal de racionalidad, Toulmin deplora en su obra que la búsqueda de certeza haya sido pagada al precio de abandonar el compromiso prevaleciente durante el siglo XVI, entre hombres como Montaigne, por ejemplo, a favor de la modestia intelectual y la tolerancia. De allí que la recomendación que Toulmin formula en relación con las presentes circunstancias es que aspiremos a un equilibrio entre, por un lado, la esperanza de alcanzar la mayor certidumbre y claridad en el plano teórico, con la conciencia, por otro

⁷ Stephen Toulmin, *Cosmopolis: The Hidden Agenda of Modernity*. Chicago: Chicago University Press, 1990, pp. 55, 70, 77.

lado, de la imposibilidad de evitar la ambigüedad y la incertidumbre en la práctica.⁸

Se trata de un buen consejo, pero, ¿es posible seguirlo? En el terreno político el problema estriba en que la lucha por el poder se beneficia del conocimiento, y produce un incontenible impulso dirigido a controlar los eventos, tanto presentes como futuros. Los que quieren el cambio no pueden resignarse a dejar en manos de un destino incierto el curso de la historia, y los que detentan el poder aspiran a impedir desarrollos perjudiciales a su dominio. En este orden de ideas, Hayek ha observado que en la esfera económica el objetivo de los decisores debería consistir en «abandonar la tendencia a controlar conscientemente el proceso y, más bien, generar estímulos para que los individuos hagan lo que es deseable sin que nadie tenga que indicarles lo que deben hacer».⁹ A diferencia de la economía, en política se plantea una situación distinta. Si algo no pueden soportar los revolucionarios, o aquellos que en un momento dado detentan el poder, es dejar de lado el deseo de controlar los eventos, para lo cual el conocimiento es una herramienta crucial. De esta aspiración, y de nuestro muy humano impulso a explorar lo desconocido y a no rendirnos ante la incertidumbre, nace el intento de prever el futuro.

2. La distinción entre predicción y pronóstico

¿Podemos en alguna medida predecir el curso de la historia, o somos acaso totalmente ciegos frente a lo que nos depara el porvenir? Por siglos, el ser humano ha sido capaz de prever el desarrollo de cierto

⁸ *Ibid.*, pp. 174-175.

⁹ Hayek, *Individualism and Economic Order*, p. 88.

tipo de eventos naturales, como, por ejemplo, las mareas, los eclipses y el paso de determinados cometas a través del espacio. En ocasiones, la ciencia ha logrado descubrir fenómenos como la «antimateria» y los «huecos negros» que no habían sido siquiera imaginados, menos aún observados, pero que no obstante fueron previstos sobre la base de teorías —en este caso, la teoría de la relatividad general—. Existen, sin embargo, muchos otros fenómenos naturales, como los terremotos, que no pueden ser previstos con igual precisión y grado de anticipación.¹⁰ En el campo de la vida social, si bien algunos fenómenos, principalmente a nivel «micro» y siempre en contextos claramente delineados en cuanto a número y naturaleza de sus variables, han sido objeto de rigurosos análisis anticipativos¹¹, una amplia gama de sucesos, que van desde los movimientos de la bolsa de valores hasta el estallido de revoluciones políticas, siguen escapando hasta de los más densos y meticulosos ejercicios predictivos. Popper explicó estas diferencias distinguiendo entre dos tipos de predicciones: por una parte, las predicciones científicas, y por otra, las predicciones históricas no condicionadas.¹² La mayoría de las predicciones científicas son condicionadas; las mismas aseveran que ciertos cambios en los parámetros de un sistema dado producirán determinados resultados. En contraste, expresa Hechter:

Las predicciones históricas a largo plazo pueden derivarse de predicciones científicas condicionadas solo cuando se aplican a sistemas que son *aislados*,

¹⁰ Michael Hechter, «Reflections on Historical Prophecy in the Social Sciences», *American Journal of Sociology*, 100, 6, May 1995, p. 1520.

¹¹ *Ibid.*

¹² Véase Karl R. Popper, *The Poverty of Historicism*. London: Routledge and Kegan Paul, 1957.

estacionarios y recurrentes. La razón por la cual podemos predecir los eclipses solares es que el sistema solar es estacionario y repetitivo, y está aislado de la influencia de otros sistemas mecánicos por espacios inmensos [...] Los sistemas de este tipo son poco comunes, y no hay razón para suponer que las predicciones a largo plazo tengan aplicación en el campo de la historia humana. Ello es así porque las sociedades pueden cambiar [...] gracias al desarrollo tecnológico y a otras manifestaciones del conocimiento. Mas, en general, en palabras de Popper, no podemos predecir, científicamente, resultados que estamos en proceso de obtener a través del progreso de nuestro conocimiento. Desde esta perspectiva, situaciones sociales que no ocurrieron antes pueden ocurrir y van a ocurrir, cerrando el paso a cualquier posibilidad de predecirlas a largo plazo.¹³

La tesis popperiana sobre el pronóstico histórico no es universalmente aceptada. Autores como Jack Goldstone y Randall Collins sostienen que la predicción de eventos sociales complejos no solamente es posible, sino que —ha argumentado Collins— de hecho ha tenido lugar, citando al respecto su propio estudio de 1980 (publicado en 1986) sobre el venidero colapso del imperio soviético.¹⁴ El recuento de esta polémica pone de manifiesto un elevado grado de confusión conceptual, referido tanto a los niveles de análisis seleccionados por diversos autores, así como a las dimensiones temporales y tipos de fenómeno social que cubren sus predicciones, y finalmente a las distintas variables que forman parte de la discusión. En cuanto a lo primero, es necesario

¹³ Hechter, «Reflections...», pp. 1522-1523.

¹⁴ Véase Jack A. Goldstone, «Predicting Revolutions: Why We Could (and Should) Have Foreseen the Revolutions of 1989-1991 in the USSR and Eastern Europe», en N. Keddie, ed., *Debating Revolutions*, pp. 38-64; Randal Collins, «Predictions in Macrosociology: The Case of the Soviet Collapse», *American Journal of Sociology*, 100, 6, May 1995, pp. 1552-1593.

distinguir entre los niveles macro y microsocioal, referidos, respectivamente, a procesos que engloban sociedades enteras o que se circunscriben a la conducta de limitadas variables en marcos más estrechos. De igual modo, una predicción puede referirse a un largo plazo, medido en décadas, o a más cortos plazos que se cuentan en pocos años o a veces meses. Conviene también precisar qué tipo de fenómeno constituye el objeto de estudio en cada caso: ¿se trata de eventos específicos o de tendencias generales?, ¿de cambios demográficos o de revoluciones políticas? ¿Qué variables, además, intervienen en el análisis? ¿Políticas, económicas, ideológicas, o una combinación de todas estas y otras más?

A lo anterior cabe añadir la cuestión del nivel de precisión que se intenta alcanzar. La dificultad de una predicción se acrecienta a medida que aumenta la exigencia de precisión. De hecho, cuando se escudriña la afirmación de Collins sobre su presunto acierto al predecir la caída del imperio soviético, se observa que, en 1980, estimó que el proceso tomaría de 30 a 50 años, y confiesa: «Francamente, me tomó por sorpresa que ocurriese tan pronto».¹⁵ En cuanto a Goldstone, cuando sostiene que es posible predecir las revoluciones, vemos que se refiere a la determinación de *tendencias que podrían llevar a un cambio revolucionario*, y no a los eventos en sí mismos (el momento de su estallido, su naturaleza concreta y sus variaciones específicas). En sus propias palabras: «Lo que puede lograrse [...] es identificar fenómenos que se mueven con rapidez hacia una situación revolucionaria, de manera que si esas tendencias

¹⁵ Collins, «Predictions...», p. 1582.

prosiguen su rumbo se hace muy probable la explosión»¹⁶. Desde su punto de vista, lo que se requiere para predecir una revolución es preguntarse si las circunstancias en un país determinado se están dirigiendo simultáneamente hacia la creciente ineffectividad del Estado, alienación de las élites y movilización de las masas.¹⁷ Cabe, sin embargo, preguntarse: ¿es acaso lo mismo constatar tendencias que predecir eventos específicos? ¿Es que acaso todas las situaciones de deterioro socioeconómico e intensa conflictividad política culminan en revoluciones? La respuesta a estas interrogantes es claramente negativa. Una cosa es constatar un proceso de descomposición social y política en una sociedad determinada, definir tendencias y extrapolar su curso probable, y otra diferente es predecir con precisión eventos específicos.

De allí que sea imperativo aclarar de una vez un aspecto básico del presente estudio. Una de las diferencias conceptuales primarias que acá se establece es la que distingue entre predicción y pronóstico. No se trata de un asunto meramente semántico, sino de una separación teórica fundamental. Una predicción exige exactitud; un pronóstico, en cambio, se mueve dentro de un rango de probabilidades. Una predicción es puntual y se refiere a un evento o conjunto de eventos; un pronóstico se realiza en términos de alternativas y cubre igualmente tendencias y sus posibles consecuencias. Una predicción se concentra en resultados; un pronóstico, por el contrario, toma en cuenta el azar y las

¹⁶ J. A. Goldstone, «Predicting Revolutions...», p. 41.

¹⁷ *Ibid.*, p. 46.

contingencias.¹⁸ El objeto del presente estudio se focaliza sobre las tendencias y los procesos que convergen en situaciones de disolución social y aguda crisis política, así como en sus probables resultados.

La perspectiva analítica que adoptaré se coloca en un punto intermedio entre el estructuralismo y el individualismo metodológicos, considerados ambos no como herramientas incompatibles, sino como instrumentos necesarios y complementarios para el estudio de la complejidad social. Dicho en otros términos, el enfoque escogido privilegia tanto el peso de las estructuras socioeconómicas, políticas e ideológicas, como la acción de los individuos ubicados en el contexto donde se desarrolla la historia. En tal sentido, los efectos de personalidades decisivas, como Gorbachov, Allende, Jomeini y otros, se desprenden de su localización estructural en determinado tiempo y circunstancias, localización que posibilita el impacto profundo de sus acciones. Esta localización estructural también puede acrecentar extraordinariamente el efecto de las acciones de individuos comunes y corrientes, cuyas tomas de posición son, en ocasiones, capaces de desatar grandes consecuencias. Argumentaré que el curso de los eventos resulta de una conjunción de factores; muchos de ellos aparentemente sin importancia y cuya significación en la mayoría de los casos solo se revela retrospectivamente.¹⁹ El estudio se orientará a exponer una teoría combinada de la disolución social y el pronóstico político, una teoría comprometida con acrecentar en lo posible nuestras capacidades de visualizar el desarrollo probable de tendencias

¹⁸ Nazli Choucri, «Key Issues in International Relations Forecasting», en N. Choucri y T. W. Robinson, eds., *Forecasting in International Relations*, p. 4.

¹⁹ Timur Kuran, *Private Truths, Public Lies. The Social Consequences of Preference Falsification*. Cambridge: Harvard University Press, 1995, p. 255.

y las consecuencias de procesos sociales, caracterizados por la decadencia y la crisis de los sistemas de dominación política. El modelo de análisis que desarrollaré intentará proporcionar, a la vez, más fructíferas observaciones sobre el pasado, así como un mayor potencial para la visualización del porvenir a escala macrosocial, en el marco — repito— de sociedades en proceso de severo deterioro.

Para que un pronóstico sea mucho más que una mera «adivinanza», sin pretender que sea una profecía, tiene que sustentarse en una teoría que dé cuenta de la posibilidad del cambio sociopolítico, y que, por lo tanto, vaya más allá de la simple extrapolación de tendencias presentes hacia el futuro. Dicho de otra manera, el papel de la teoría es establecer las condiciones capaces de explicar tanto las continuidades como las variaciones de los procesos sociopolíticos, tanto la estabilidad como la crisis y el cambio. La teoría, desde luego, se alimenta de la información empírica sobre los diversos casos bajo estudio. Una simple extrapolación empírica de tendencias actuales de desarrollo social hacia el futuro puede, en ocasiones, y con un poco de suerte, resultar acertada; pero el esfuerzo científico exige dar forma a un conjunto de principios y variables analíticas que expliquen, por anticipado, las razones capaces de promover —en relación con lo que acá me ocupa— la estabilidad o la fragmentación y ruptura de los sistemas de dominación política.

El desarrollo ampliado de estas teorías (ya que, en realidad, estamos hablando de una teoría de la disolución social que se vincula y da sustento a una teoría del pronóstico político), será objeto de otras secciones de este libro. Como veremos, las teorías de la disolución

social y del pronóstico político que serán expuestas presentan cierta analogía con respecto a la precaria «ciencia» de la sismología: Podemos pronosticar con bastante certidumbre la localización de probables conmociones sociopolíticas; mucho más difícil resulta visualizar su intensidad, e imposible determinar el momento preciso de su estallido. Tendré cuidado en distinguir las peculiaridades de cada proceso, ya que los «terremotos» sociopolíticos son eventos que con frecuencia lucen semejantes en cuanto a sus causas, pero que de hecho presentan variaciones en su estructura, secuencia, y consecuencias, como producto de las características del medio ambiente y la respuesta humana ante el mismo.²⁰

3. Tendencias históricas y sorpresas políticas

En mayo de 1978, solo ocho meses antes de que se derrumbase la monarquía iraní, la emperatriz Farah, esposa del sah de Irán, escuchó por vez primera el nombre del personaje que lideraba el proceso revolucionario: Ayatolá Jomeini. «Por el amor de Dios —preguntó exasperada la emperatriz—, ¿quién es el tal Jomeini?». ²¹ No fue ella la única sorprendida por la poderosa aparición del personaje en el escenario histórico. Pocos meses antes del derrumbe de lo que parecía un régimen inexpugnable, la estación de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de los Estados Unidos en Teherán estimaba que Irán era una isla de estabilidad en el turbulento Medio Oriente, y sostenía que las protestas callejeras, que eventualmente conducirían al fin de

²⁰ Charles Tilly, «To Explain Social Processes», *American Journal of Sociology*, 100, 6, May 1995, p. 1601.

²¹ Mohamed Heikal, *Iran: The Untold Story*. New York: Pantheon, 1982, p. 123.

la monarquía, no eran más que perturbaciones pasajeras que el gobierno sería capaz de controlar con facilidad. Todos los principales servicios de inteligencia compartían esa apreciación y prácticamente hasta el final confiaron en la capacidad del sah para salir del aprieto y sobrevivir en el trono.²² El propio Jomeini, casi hasta la hora decisiva, abrigó grandes dudas acerca del potencial efectivo del movimiento que en cuestión de meses le conduciría desde su exilio al poder absoluto. Ante los medios de comunicación, como es lógico suponer, Jomeini manifestaba su certeza sobre la próxima caída del sah; frente a sus más cercanos colaboradores y allegados, sin embargo, Jomeini expresaba serias dudas acerca del desenlace de la lucha, y su temor de que el sah fuese capaz de contener y revertir la marea antimonárquica.²³

Décadas atrás, antes de que la primera oleada revolucionaria de febrero de 1917 sacudiese a Rusia, Lenin habló ante un grupo de trabajadores en Suiza, donde se hallaba entonces exiliado, y les expresó que personas de cierta edad como él no alcanzarían a presenciar una revolución en su país.²⁴ Poco más tarde, tan solo tres días antes de la abdicación del zar ruso, el embajador británico en San Petersburgo telegrafió a Londres que «se habían presentado algunos desórdenes en las calles, pero no eran nada serio».²⁵ También los eventos que culminaron en la toma de la Bastilla y desataron la

²² Fereydoun Hoveyda, *The Fall of The Sha*. New York: Windham Books, 1980, pp. 15-17; Marvis Zonis, «Iran: A Theory of Revolution from Accounts of the Revolution», *World Politics*, 35, July 1983, p. 602.

²³ Shaul Bakhash, *The Reign of the Ayatollahs: Iran and the Islamic Revolution*. New York: Basic Books, 1984, p. 45.

²⁴ Leonard Shapiro, *The Russian Revolution of 1917: The Origins of Modern Communism*. New York: Basic Books, 1984, p. 19.

²⁵ William H. Chamberlin, *The Russian Revolution, 1917-1921*, vol. 1. New York: Macmillan, 1935, p. 76.

Revolución Francesa de 1789 tomaron en buena medida por sorpresa a víctimas y victimarios por igual. Alexis de Tocqueville reporta que el rey Luis XVI, en la propia víspera del estallido, no tenía idea de lo que se le venía encima, de que una explosión social de gran violencia le amenazaba y le conduciría a perder su trono y su cabeza.²⁶ Tampoco los ideólogos o *philosophes*, a quienes posteriormente se les atribuyó haber sembrado las semillas del proceso, esperaban cambios radicales, y se ha sugerido que ni siquiera habrían comprendido qué significaba la idea misma de revolución.²⁷

Pienso que no es correcto sostener que no existieron testimonios, anteriores a la Revolución, que daban cuenta de un extendido malestar social y una creciente turbulencia política, testimonios que presagiaban severos conflictos.²⁸ De igual modo, es evidente que los propios bolcheviques conocían las tendencias que erosionaban el zarismo en Rusia, tendencias que ya se habían puesto en evidencia en un primer «ensayo general» revolucionario en 1905.²⁹ Casi sin excepción, los procesos de descomposición que eventualmente han desembocado en cataclismos políticos han dejado un rastro anticipatorio en las reflexiones de observadores de la época. No obstante, como ya he sugerido antes, es necesario distinguir entre la apreciación de tendencias históricas y de fenómenos que anuncian turbulencia, por un lado, y por el otro, la articulación, teóricamente sustentada, de un pronóstico político.

²⁶ Alexis de Tocqueville, *The Old Regime and the French Revolution*. New York: Doubleday, 1955, pp. 138-148.

²⁷ William Doyle, *Origins of the French Revolution*. Oxford: Oxford University Press, 1988, p. 84.

²⁸ Albert Malet, *Nouvelle histoire de France*. Paris: Hachette, 1922, p. 232; mencionado por Alejandro Portes, «Grand Surprises and Modest Certainties», *American Journal of Sociology*, 100, 6, May 1995, pp. 1621-1622.

²⁹ León Trotsky, *1905*. London: Penguin, 1971, p. 89.

Como acertadamente señala Timur Kuran, viendo las cosas en términos retrospectivos resulta fácil descubrir múltiples síntomas de que una revolución venía en camino, y sobran los más variados esfuerzos que explican por qué la misma era «inevitable».³⁰ Tocqueville, por ejemplo, dijo de la Revolución Francesa que, «Aunque tomó al mundo por sorpresa, fue el resultado inevitable de un largo período de gestación, la conclusión abrupta y violenta de un proceso en el cual seis generaciones jugaron un papel».³¹ Ciertamente, luego de ocurridos, hasta los más complejos y en su momento sorprendentes acontecimientos históricos lucen bastante explicables. No obstante, la evidencia indica que los eventos concretos que dieron forma a la Revolución Francesa de 1789, a la Revolución Rusa de 1917, y más recientemente a la revolución iraní, así como los que finalmente condujeron al fin del comunismo soviético, no fueron anticipados con, a la vez, precisión y alta confiabilidad por aquellos que tuvieron que sufrirlos, por los que de ellos se beneficiaron, o por los analistas que estudiaban las tendencias que culminaron en esas grandes transformaciones históricas.

Ya hemos visto que Tocqueville va más lejos, y argumenta que la documentación de los tiempos prerrevolucionarios no contenía evidencia de que la Revolución Francesa fue prevista. Nadie, en Francia u otras partes, durante los años y meses previos a los eventos

³⁰ Timur Kuran, *Private Truths, Public Lies*, p. 276.

³¹ A. de Tocqueville, *The Old Regime*, p. 20.

de 1789 parece haber anticipado con certidumbre lo que se acercaba.³²

Lo mismo se ha dicho de los acontecimientos en Rusia en 1917 y en Irán en 1979, así como en Europa oriental y la URSS una década más tarde. Es verdad que algunos disidentes, como por ejemplo Andrei Amalrik, habían captado tiempo antes las debilidades esenciales del comunismo y anunciado su derrumbamiento. En su libro publicado en 1969, *¿Sobrevivirá la URSS hasta 1984?*, Amalrik pronosticó que el imperio soviético caería en algún punto a lo largo de los siguientes quince años. Conviene, sin embargo, recordar, sin restar méritos a la agudeza del autor, que Amalrik argumentó en ese estudio que el fin vendría como consecuencia de una guerra entre la URSS y China, y no como resultado de un colapso en la voluntad de dominio de las élites. De hecho, Amalrik sostuvo que el sistema soviético había succionado las energías vitales de la gente y asfixiado su potencial de rebelión.³³ Estudios más representativos de lo que para entonces era la opinión prevaleciente sobre la solidez básica del imperio soviético, como el popular *Megatendencias* de John Nasbitt, libro que vendió millones de copias a principios de los años 1980, en nada nos alertaron sobre la muy próxima caída del comunismo.³⁴

A pesar de las reiteradas experiencias que ponen de manifiesto los límites de nuestra previsión, la esperanza de que un más profundo conocimiento de los procesos sociales podría permitirnos mayor exactitud en la anticipación de su desarrollo y concreción decisiva, no

³² *Ibid.*

³³ Andre Amalrik, *Will the Soviet Union Survive Until 1984?* New York: Harper & Row, 1970, pp. 36-44.

³⁴ John Nasbitt, *Megatrends: The New Directions Transforming Our Lives*. New York: Warner Books, 1982.

pareciera disminuir. De allí que, para dar un ejemplo, Jack Goldstone haya aseverado que las revoluciones de 1989-1991, que acabaron con el comunismo en Europa oriental y la URSS, debieron ser avizadas con mucha mayor claridad, y que una más adecuada teoría de los procesos revolucionarios así nos lo habría permitido.³⁵ En efecto, es factible avanzar en el camino de hacer más sofisticados, teóricamente maduros y confiables nuestros pronósticos, tanto en relación con las tendencias históricas generales de un determinado proceso social como con su posible resultado e impacto político. Pienso, igualmente, que semejante perspectiva teórica *no debe jamás conducirnos a perder de vista sus limitaciones intrínsecas*. No es lo mismo sostener que un cambio radical tiene grandes probabilidades de ocurrir, o determinar con elevada seguridad las tendencias que mueven un proceso histórico, que predecir de modo específico el momento en el que va a producirse un cambio político, así como su naturaleza y significado. Frecuentemente, alrededor del mundo se hacen y publican predicciones sobre venideras transformaciones en contextos de aguda tensión social, y la mayoría de las veces tales visiones anticipativas dejan de materializarse.

Como apunta Kuran, para que pueda establecerse retrospectivamente que una revolución política fue avizada con absoluta certeza es necesario que: 1) los análisis correctos hayan prevalecido de modo claro y reiterado con razonable anticipación, y

³⁵ Jack A. Goldstone, «Predicting Revolutions...», pp. 55-61.

2) que esos análisis, y las consecuentes predicciones, hayan sido sostenidos con un muy alto nivel de confiabilidad.³⁶

Como se constatará a lo largo de estas páginas, tal grado de certeza y precisión son inalcanzables cuando se trata de procesos sociales complejos. Ello se debe tanto a la naturaleza misma del devenir social como a las limitaciones del conocimiento que del mismo podemos alcanzar. La paradoja del asunto se encuentra en que, por una parte, no podemos suprimir el deseo de adentrarnos en lo que nos depara el futuro, pero por otra parte es un imperativo aceptar que en esa tarea nuestro potencial enfrenta enormes obstáculos. A la vez, ese impulso de avanzar y superar las limitaciones es el incentivo que posibilita nuevas conquistas teóricas. En ese camino, dos errores deben evitarse: en primer término, la denominada —en psicología cognoscitiva— falacia de «yo sabía que ocurriría así», que consiste en describir eventos ya acontecidos como inevitables, previsibles y de hecho previstos.³⁷ Esta falacia o síndrome sobrestima nuestra capacidad de prever los sucesos. En segundo lugar, conviene tener igualmente presentes los riesgos, teóricos y prácticos, de desdeñar nuestro potencial efectivo para escudriñar la naturaleza y el sentido de los procesos sociales, analizarlos, y extraer de los mismos un significado que esclarezca nuestro intelecto y nuestra acción. Si bien en muchas ocasiones es la arrogancia sobre nuestras capacidades la que predomina, así como la errónea suposición según la cual nuevas y más avanzadas técnicas abrirán todas las facetas de

³⁶ Timur Kuran, «Why Revolutions are Better Understood than Predicted. The Essential Role of Preference Falsification», en N. Keddie, ed., *Debating Revolutions*, p. 29.

³⁷ Baruch Fischhoff y Ruth Beyth, «I Knew it Would Happen». Remembered Probabilities of Once Future Things», *Organizational Behaviour and Human Performance*, 13, February 1975, pp. 1-16.

la existencia a nuestro conocimiento, la tendencia contraria —que subestima nuestro potencial— es también cuestionable. No cabe duda de que, en palabras de Przeworski, la capacidad predictiva de la ciencia política ha resultado con mucha frecuencia en un «patético fracaso».³⁸ No obstante, la ciencia política no puede eludir el esfuerzo de visualizar el desarrollo de los procesos sociales, de intentar trazar su evolución probable y de pronosticar su desenlace. En esta tarea, la posibilidad de la sorpresa jamás podrá ser del todo eliminada.

4. Aspiraciones y limitaciones del conocimiento

El deseo de pronosticar es parte del empeño de las ciencias sociales, y los científicos sociales comparten con el resto de los seres humanos la aspiración de saber qué les depara el porvenir, qué puede pasarles y de qué manera les será posible influir sobre el curso de los eventos para mejorar sus perspectivas. En buena medida, esa aspiración se ve reforzada por los extraordinarios avances de las ciencias naturales, y la difundida creencia de que mayores esfuerzos intelectuales podrían reproducir esos éxitos en otros terrenos. Resulta, por tanto, de crucial importancia enfatizar que el carácter esencialmente impredecible del curso de la historia no debe considerarse una ofensa al espíritu científico, y que admitir las limitaciones de lo que podemos esperar del análisis de los procesos sociales no significa una derrota. Más bien, por el contrario, la constatación y exploración de esas fronteras

³⁸ Adam Przeworski, «The East Become the South? The Autumn of the People and the Future of Eastern Europe», *Political Science & Politics*, XXIV, March 1991, p. 20.

constituyen contribuciones al crecimiento del conocimiento.³⁹ Como lo explica Hayek, el reconocimiento de los límites de lo que nos es dado saber con certidumbre actúa también como un mecanismo de protección contra los peligros de esa «fatal arrogancia», según la cual «nuestros poderes de predicción y control, usualmente percibidos como el resultado característico del progreso científico, nos permitirán —una vez aplicados a los procesos sociales— moldear la sociedad a nuestro antojo». Merece la pena transcribir otro párrafo de su charla al recibir el Premio Nobel de Economía:

Reconocer las insuperables limitaciones a su conocimiento debe ser una lección de humildad para el estudioso de la sociedad, lección que debe impedirle hacerse un cómplice del nefasto empeño dirigido a controlar la vida social, empeño que no solo le lleva a tiranizar a sus semejantes, sino que puede convertirle en verdugo de una civilización que ninguna mente individual ha diseñado, sino que ha crecido como resultado de los esfuerzos libres de millones de personas.⁴⁰

Las ciencias sociales pueden *explicar* los eventos; en ocasiones son capaces de *pronosticar* con cierto grado de certeza (pero sobre la base de una estimación de probabilidades y contingencias), desarrollos y tendencias generales del proceso social; lo que no pueden hacer es *predecir* eventos a la vez complejos y específicos. El

³⁹ Timur Kuran, «Now Out of Never: The Element of Surprise in the East European Revolutions of 1989», en Nancy Bermeo, ed., *Liberalization and Democratization. Change in the Soviet Union and Eastern Europe*. Baltimore & London: The Johns Hopkins University Press, 1991, p. 47.

⁴⁰ Friedrich A. Hayek, «The Pretence of Knowledge», *The American Economic Review*, 79, 6, December 1989, p. 7.

examen de los logros de las ciencias sociales indica que ni las explicaciones complejas e insuperables, ni las predicciones decisivas y exactas son posibles. Por ejemplo, puede tener sentido afirmar, con suficiente evidencia y sólido respaldo teórico, que «las tendencias actualmente presentes en la sociedad, economía y sistema político rusos apuntan hacia un proceso de acentuada anarquía política y disolución social en los próximos cinco años, con riesgos ciertos de confrontaciones civiles y de una reacción autoritaria en el transcurso de ese tiempo». Pero no sería razonable sostener, por ejemplo, que «en marzo del año 2001 se producirá un golpe de Estado militar en Rusia dirigido por el general XXX, que derrocará al gobierno y desatará, primero una guerra civil, y luego una conflagración mundial». Lo primero es un pronóstico —que podría hacerse más sofisticado—, lo segundo es una predicción de eventos específicos. Cómo mejorar los pronósticos, hacerlos más precisos y confiables, sin pretender que sean predicciones, es uno de los temas que acá nos ocupa.

Constatar las limitaciones de nuestro conocimiento no significa suponer que el curso de los eventos sociales siempre nos tomará por sorpresa. Como argumentaré, es posible pronosticar, dentro de ciertos límites y con un grado de confiabilidad variable, tanto tendencias como eventos —sin aspirar a la precisión de las predicciones—, en el entendido de que nuestra comprensión de los procesos sociales siempre será parcialmente imperfecta y nuestras expectativas siempre estarán sujetas a la posibilidad del error y la frustración.⁴¹

⁴¹ T. Kuran, *Private Truths, Public Lies*, pp. 334-335.

Podemos comprender y explicar, en cierta medida, el pasado y el presente, pero no está a nuestro alcance predecir el futuro, sino tan solo hacer pronósticos con mayor o menor sustento teórico. No es superfluo reiterar este punto, pues, a pesar de lo que sabemos al respecto, estudiosos del tema —como, en este caso, Nikki Keddie— caen de nuevo en el error de afirmar que «algunas revoluciones son predecibles y tienen causas que son claras y patentes», bien porque «están presentes al unísono una generalizada crisis social y un movimiento revolucionario (Rusia en 1917), y/o porque los revolucionarios son muy visibles y poderosos, como en China en los años treinta y cuarenta de este siglo, cuando los comunistas controlaban grandes extensiones del territorio».⁴²

Keddie confunde acá los conceptos de pronóstico y predicción, y pierde de vista que, sencillamente, nadie predijo con la requerida precisión —aunque algunos las pronosticaron con éxito variable—, las revoluciones rusa y china. Otros analizaron los procesos de descomposición social y política que esas sociedades experimentaban y trazaron sus tendencias, siempre dentro de la neblina que, en mayor o menor grado, envuelve todos los intentos de vislumbrar el porvenir.

Son numerosos los factores que obstaculizan nuestra capacidad de explicar los procesos sociales y pronosticar su desarrollo probable. En este estudio tomaré en cuenta los siguientes, que considero fundamentales: las limitaciones de la mente humana, la complejidad esencial de los eventos sociales, el carácter no-estructurado y no-intencional de los resultados de la evolución social, sus continuidades y

⁴² N. Keddie, «Can Revolutions be Predicted?...», pp. 6, 8.

discontinuidades, el papel del azar, la interacción entre el pronóstico y su objeto, la capacidad humana de aprendizaje, adaptación y cambio, el papel de los «acontecimientos menores» como generadores de «grandes eventos», y, por último, el impacto de la falsificación de preferencias.

Nadie duda de que la mente humana ha sido y es capaz de grandes conquistas, y sus logros conceptuales siguen rivalizando con los alcanzados por los más poderosos computadores, que, al fin y al cabo, son un producto humano.⁴³ Sin embargo, el poder, el rango y la competencia de nuestra mente empalidecen ante la enorme complejidad del entorno, tanto natural como social, que nos rodea. Como ha demostrado Herbert Simon, la mente puede captar, almacenar, recobrar y procesar solamente fragmentos de toda la información potencialmente útil y accesible existente en nuestro entorno.⁴⁴ Ronald Heiner, por su parte, argumenta que uno de los efectos de esta realidad, de interés para nuestro estudio, es que a medida que aumenta la complejidad de un entorno dado, disminuye la proporción de conocimiento relevante en la mente del individuo, y se reduce en consecuencia su capacidad para percibir los cambios que de hecho pueden estar ocurriendo en el ambiente físico o social en que actúa. Por tanto, mientras más complejo el entorno, menos sensible se hace el individuo a las transformaciones del mismo, lo cual, en consecuencia, reduce su potencial para prever su evolución probable.⁴⁵

⁴³ T. Kuran, *Private Truths, Public Lies*, p. 158.

⁴⁴ Véase Herbert A. Simon, *Reason in Human Affairs*. Stanford: Stanford University Press, 1983.

⁴⁵ Ronald A. Heiner, «The Origin of Predictable Behaviour», *American Economic Review*, 73, September 1983, pp. 560-595.

Hayek ha explicado, con su acostumbrada lucidez, la naturaleza y las características de los «fenómenos de complejidad organizada», con los que mayormente tienen que ver las ciencias sociales. Las estructuras sociales dependen no solo de las propiedades de los elementos individuales que las componen, así como de la frecuencia relativa con que aparecen, sino también de la manera como estos elementos individuales se conectan unos con otros. Por ello, al intentar explicar el funcionamiento de estas estructuras, no podemos reemplazar la información sobre los componentes individuales con datos estadísticos, sino que requerimos información completa sobre cada elemento si pretendemos que nuestra teoría produzca predicciones específicas sobre hechos singulares —al estilo de: «habrá un golpe de Estado en Rusia en marzo del año 2001, encabezado por...»—. Sin esta información específica sobre cada elemento —información que, en la vida social, es prácticamente infinita y cubre a cada individuo, su interacción con el conjunto, y los hechos particulares que de todo ello se derivan—, debemos confinarnos a lo que Hayek llama predicciones tendenciales o generales, o, más precisamente, a pronósticos basados en modelos teóricos que incorporen, según el caso, las variables con mayor poder explicativo.⁴⁶ Cabe añadir que estos pronósticos, cuando se realizan con criterio y propósitos exclusivamente científicos —a diferencia de los que tienen un objetivo práctico como, por ejemplo, visualizar el probable curso de acción de un adversario bélico—, pueden ser útiles aun cuando se muestren errados, pues su

⁴⁶ F. A. Hayek, «The Pretence of Knowledge», p. 4.

refutabilidad –en el sentido popperiano del término—⁴⁷ tiene un significado empírico y posibilita el avance del conocimiento.

El entorno social que nos rodea, muchas de cuyas estructuras e instituciones –como, por ejemplo, el mercado económico y el lenguaje mismo–, son producto de la acción, pero no del diseño deliberado de alguien o de un grupo en particular, es escenario de una enorme multiplicidad de interacciones. En este marco de estructuras colectivas y acciones individuales, los resultados de la dinámica social no son la materialización de un plan sujeto a un control que se prolonga a lo largo del tiempo y dirige el proceso hacia un fin determinado. El desarrollo de los complejos fenómenos que en conjunto crean la historia, con frecuencia escapa a la voluntad de los que pretenden mantenerle bajo su dominio. De igual modo, las consecuencias de la dinámica social son usualmente diferentes de lo que aspiraban sus generadores, y contradicen sus expectativas. Para dar un ejemplo, la evidencia indica que al estimular los procesos denominados *glasnost* (apertura) y *perestroika* (reestructuración), en la URSS, en los años 1980, Mijail Gorbachov deseaba reformar el sistema comunista para mantenerlo y revitalizarlo, e igualmente preservar su control del mismo; de ningún modo esperaba, como en efecto ocurrió, abrir las puertas para el colapso definitivo del comunismo, así como el de su carrera política personal. La naturaleza incierta de la dinámica social explica la insistencia de Popper en que el esfuerzo orientado a anticipar las consecuencias no intencionales – y muchas veces no deseadas– de nuestra acción es una tarea legítima,

⁴⁷ Véase Karl R. Popper, *Conjectures and Refutations: The Growth of Scientific Knowledge*. London: Routledge & Kegan Paul, 1963.

quizás la más importante de las ciencias sociales.⁴⁸ Ahora bien, la presunción que nos atribuye el poder de diseñar y controlar las complejas estructuras, las instituciones y los procesos de la evolución social, asume que los actores sociales poseemos un conocimiento ilimitado acerca de nuestras condiciones y posibilidades. Lo cierto, no obstante, es que los actores sociales, en su búsqueda de fines particulares, no pueden estar seguros sobre las reacciones que sus empeños suscitarán, y por ello sus estrategias y propósitos siempre están sujetos a un margen de incertidumbre, margen que varía de acuerdo con la complejidad de la situación social en cuestión.⁴⁹ Este carácter no estructurado y no-intencional que poseen los resultados de la evolución social, obstaculizan nuestra capacidad de pronóstico, haciendo más densa la atmósfera en que se despliega el porvenir.

Es importante aclarar que, desde luego, el cambio social puede ser —y de hecho lo es muchas veces—, al menos parcialmente producto de la voluntad consciente de determinados individuos y grupos. Lo que he querido señalar es que las consecuencias de esos cambios con frecuencia contradicen las intenciones y los deseos de sus generadores. Hirschman apunta que los cambios no planeados ni deseados son generalmente más radicales que aquellos que surgen de la voluntad consciente de los agentes o actores sociales, por la sencilla razón de que la imaginación del agente o actor social está severamente limitada por su experiencia inmediata y los precedentes históricos que le influyen. Por otra parte, el cambio no intencionalmente producido es, desde luego, mucho más difícil de detectar y de bloquear por las

⁴⁸ K. R. Popper, *The Myth of the Framework*, p. 74.

⁴⁹ T. Kuran, *Private Truths, Public Lies*, pp. 303-304.

fuerzas que se oponen al mismo. De hecho, en ocasiones estos sectores reacios al cambio, en la práctica, y sin percatarse de ello, contribuyen a estimular y hasta ejecutar las transformaciones que no desean.⁵⁰ Esta compleja dialéctica de la vida social se pone de manifiesto, entre otros casos, en los esfuerzos de autócratas modernizadores, como por ejemplo el sah de Irán o Mijail Gorbachov, quienes pretendieron a la vez impulsar cambios y sostener estructuras de poder que obstaculizaban la factibilidad de esos cambios.

Otro aspecto que acentúa la inestabilidad del devenir histórico se refiere a las discontinuidades de los procesos sociales, sujetos reiteradamente a sacudidas y mutaciones, cuya gestación puede o no ser gradual, pero cuyo impacto es brusco e inesperado. Recientes investigaciones paleontológicas indican que las extinciones masivas de especies enteras en el reino animal parecen ser mucho más numerosas de lo que se suponía.⁵¹

Ello ha exigido complementar la visión darwiniana de la evolución a través de una lenta y gradual competencia biológica con la tesis, también presente en la teoría de Darwin, de la evolución brusca a través de mutaciones.⁵² En el terreno de lo social, Kuran argumenta, a mi modo de ver con acierto, que la continuidad y la discontinuidad coexisten en el devenir histórico. Incontables «acontecimientos menores», distribuidos a lo largo del tiempo «pueden de pronto desestabilizar el *statu quo* político, generando transformaciones revolucionarias en la opinión y el discurso públicos y

⁵⁰ Albert O. Hirschman, *A Bias for Hope*. New Haven & London: Yale University Press, 1971, p. 37.

⁵¹ Véase David M. Raup, *Extinction: Bad Genes or Bad Luck?* New York: W. W. Norton, 1991.

⁵² Véase Niles Eldredge, *Time Frames: The Evolution of Punctuated Equilibria*. Princeton: Princeton University Press, 1985.

el orden social». ⁵³ Estas «continuidades no observadas» pueden estar madurando por años —como ocurrió con el resentimiento y rechazo hacia el comunismo—, y de pronto, y como producto del impacto de eventos fortuitos o de hechos que, en ese momento, no lucen especialmente relevantes, estallan y se convierten en «discontinuidades observadas». Otro ejemplo de esto es el brutal estallido de protesta social que sacudió a varias ciudades venezolanas en febrero de 1989, con un saldo de centenares de muertos y una masiva destrucción material. En retrospectiva, es obvio que esa explosión se venía preparando lentamente en los corazones y las mentes de los marginados de una sociedad profundamente desigual. Una chispa aparentemente irrelevante —el aumento sorpresivo en el precio del transporte público y la consecuente irritación que ello causó entre los habitantes de un suburbio de Caracas—, «incendió la pradera». Desde entonces, la sociedad venezolana vive paralizada por el temor a una repetición de esa traumática experiencia.

Al inicio de este estudio sosteníamos que el deseo de conocer lo que nos depara el futuro se vincula a la aspiración de controlar nuestro destino, todo lo cual encuentra parte de su sustento en una muy extendida necesidad de estabilidad y rutina, sin las cuales resultaría difícil concebir la existencia. Muchos, quizás una mayoría de los científicos sociales, interpretan su tarea como el estudio de las regularidades, continuidades y tendencias estables de la vida social. Si bien, como señala Hirschman, esta es una dimensión imprescindible del análisis, hay también amplio espacio en la investigación social

⁵³ T. Kuran, *Private Truths, Public Lies*, p. 301.

para el esfuerzo de descubrir y dar apropiada relevancia a la multiplicidad y el «desorden creativo» de la aventura humana. Hirschman explica que su propósito personal ha sido expandir los límites de lo que es, o es percibido como, posible, aun si ello implica la reducción de nuestra capacidad, real o imaginaria, para discernir lo probable.⁵⁴ Este objetivo analítico es de crucial importancia cuando se trata de hacer pronósticos acerca del futuro, pues el rango de lo posible se halla estrechamente relacionado con el juego del azar, de ese factor que Maquiavelo denominaba *fortuna*,⁵⁵ juego que es de suyo fundamental en el devenir histórico. La intervención del azar, de la «fricción» en términos de Clausewitz,⁵⁶ en los asuntos humanos no puede sujetarse a mediciones estadísticas, pero no por ello debe dejarse de lado como inexistente o irrelevante. El azar y lo contingente suman su considerable influencia al cúmulo de obstáculos que se interponen en el camino de visualizar lo que el porvenir nos depara. No nos es dado eliminar las trampas, crueldades, castigos o recompensas que caprichosamente distribuye infortuna, y no somos capaces de calcular sus imprevisibles efectos. Lo que sí podemos hacer es dejar espacio para la comprensión de su intervención en los procesos sociales.

Otro problema que limita y confunde los pronósticos es que estos no son ajenos a la realidad de la que surgen; forman parte de ella y en oportunidades pueden contribuir a cambiarla, introduciendo un factor adicional a la dinámica de un proceso que de ese modo tiende a

⁵⁴ A. O. Hirschman, *A Bias for Hope*, pp. 27-29.

⁵⁵ Véase Nicolo Maquiavelo, *El Príncipe*. Madrid: Editorial Revista de Occidente, 1955.

⁵⁶ Karl Von Clausewitz, *On War*. Princeton: Princeton University Press, 1976.

hacerse más complejo, ambiguo e incierto. Un anuncio transmitido por radio o televisión en la ciudad de Caracas actualmente, según el cual un estallido social está a punto de producirse, podría o bien empujar a la gente a sus casas para protegerse o bien impulsarlas a salir a protestar y crear un tumulto. No podemos estar seguros de una cosa o la otra. Un programa económico anunciado por el gobierno y de inmediato atacado por los expertos, todos los cuales vaticinan su fracaso, puede ser condenado a ese destino no por sus deficiencias intrínsecas, sino por la naturaleza pesimista de los pronósticos que le llevaron a hundirse, al afectar negativamente las percepciones de los agentes económicos. Nada mejor para un candidato a la presidencia de un país que entrar a la competencia con una reputación de invencibilidad, que atemorice e inhiba a sus adversarios y ratifique la «profecía que se auto-cumple».

Somos capaces de cambiar y de aprender, y una de las razones por la cual resulta tan complicado vaticinar lo que puede ocurrir en el devenir social es que los actores sociales podemos aprender, y en consecuencia somos también capaces de cambiar nuestro comportamiento acostumbrado y sustituirlo por otro, confundiendo y frustrando las expectativas de los que habían pronosticado nuestra acción futura con base en proyecciones de nuestras acciones pasadas. Se dice que los militares «siempre planifican la guerra que acaba de concluir», y los científicos sociales no escapan a la tendencia de proyectar lo que antes ha ocurrido y convertirlo en lo que mañana puede ocurrir. Pero la vida está llena de sorpresas, y los procesos sociales se manifiestan de múltiples formas. Somos capaces de

aprender tanto de nuestros fracasos como de nuestros éxitos, y de ese modo también contribuimos a transformar la faz del porvenir.

Con demasiada frecuencia, los estudiosos de los procesos sociales sucumbimos a la presunción de creer que grandes eventos deben tener grandes causas. Esto puede en ocasiones ser así; no obstante, como ha demostrado Thomas Schelling en un brillante libro sobre el tema,⁵⁷ los «micromotivos» son muchas veces claves para explicar los «macrocomportamientos». El pensamiento marxista —y en particular leninista— distingue entre las «condiciones objetivas» y las «subjetivas» de las revoluciones sociales. No basta, para que se produzca un cambio revolucionario, que una sociedad presente graves tensiones y agudos conflictos; estas son condiciones necesarias, pero no suficientes. Para que esas tensiones puedan desembocar en una revolución se requiere, además, la intervención de un agente social consciente que dirija el proceso en la dirección adecuada. Esta tesis marxista se enmarca en la perspectiva según la cual los «grandes eventos» generan otros «grandes eventos», planteamiento que minimiza el papel del individuo en la historia y que solo concede una misión protagónica a las clases sociales. Frente a esta tesis, el valor de aportes como los de Nikki Keddie, y en particular de Timur Kuran, consiste en destacar el hecho de que, en ciertas circunstancias, la actitud de un solo individuo ante una situación cargada de enorme potencial explosivo puede representar la diferencia entre un levantamiento masivo o la continuación de una oposición subterránea, que no emerge a la superficie y de ese modo preserva el orden

⁵⁷ Thomas C. Schelling, *Micromotives and Macrobehaviour*. New York: Norton, 1978.

existente. No me refiero ahora al tema de la participación de individuos excepcionales, de líderes como Lenin, el ayatolá Jomeini y otros en la historia, asunto que he discutido en otro estudio.⁵⁸ Lo que acá me ocupa es el contraste entre las teorías que conciben a los individuos en general, excepcionales o no, como ingredientes pasivos de dramas colectivos, y formulaciones como las de Kuran y Keddie, que resaltan la potencialmente crucial importancia de acciones individuales, aun de personas comunes y corrientes, en determinados contextos, acciones con aparentemente escasa significación en sí mismas.

Es siempre una conjunción de factores, estructurales e individuales, muchos de ellos intrínsecamente poco relevantes y por ello no observables, lo que define el curso de los eventos. Esta invisibilidad de aspectos claves de la dinámica social, que en ocasiones irrumpe, se hace visible y nos toma por sorpresa, es lo que explica que «Una sociedad puede colocarse al borde del abismo de un estallido social sin que nos percatemos de ello».⁵⁹ Keddie expresa una idea similar al sostener que «un país próximo a experimentar una revolución no necesariamente parece, en aspectos que puedan ser medidos de manera clara, más “revolucionario” que otros que no van a tenerla».⁶⁰ Las raíces de este fenómeno se encuentran en lo que Kuran ha descrito como la «falsificación de preferencias», fenómeno que se refiere a la distinción entre lo que las personas creen, en privado, en relación con un asunto de interés público, y lo que dicen

⁵⁸ Véase mi libro. *La sorpresa en la guerra y la política*, 2.^a ed. Caracas: Panapo, 1992.

⁵⁹ T. Kuran, «Why Revolutions are Better Understood than Predicted?», p. 31.

⁶⁰ N. Keddie, «Can Revolutions be Predicted?...», p. 5.

creer. Esta diferencia, de vital importancia en la formación de lo que conocemos como opinión pública, tiene también un efecto fundamental sobre nuestra capacidad de pronóstico, pues en ciertos contextos históricos, y bajo regímenes autoritarios o democráticos — dependiendo de cuál sea el asunto público en cuestión—, numerosos individuos falsifican sus preferencias públicas —esconden sus verdaderas actitudes privadas—. De esa forma, antes de que se produzca un cambio político radical o una explosión masiva de protesta, la falsificación de preferencias es capaz de ocultar el potencial de rebeldía de la mayoría. Por supuesto, cuando la gente es más abierta acerca de sus verdaderas preferencias, la cercanía o improbabilidad de los cambios puede pronosticarse con mayor confianza. El problema es: ¿Cómo estar seguros de que dicen la verdad?⁶¹

Lo que por ahora interesa destacar es que, en ocasiones, no podemos prever simplemente porque no podemos ver. Por años, millones de ciudadanos en los países comunistas de Europa oriental y en la URSS vivieron una permanente mentira, usaron máscaras y escondieron sus verdaderos sentimientos para lograr sobrevivir en medio de una vasta cárcel mental y física. «Por décadas —escribió Solzhenitsyn— guardamos silencio, nuestros pensamientos perdieron contacto con los pensamientos de los demás, nunca aprendimos a conocernos y cesamos de corregirnos unos a otros. Entretanto, los estereotipos y dogmas del pensamiento oficial nos convirtieron en

⁶¹ T. Kuran, *Private Truths, Public Lies*, pp. 252-258.

débiles mentales». ⁶² A través de diversas fuentes, y por experiencia directa en visitas a esos países, observadores y analistas podían apreciar que existía descontento, pero pocos captaron su verdadera magnitud, menos todavía la forma y rapidez de su desencadenamiento. Lo ocurrido en ese caso, y en muchos otros, tiende a ratificar la agudeza de la afirmación de Hirschman, de acuerdo con la cual «los cambios solo ocurren como resultado de la sorpresa; de otro modo no tendrían lugar, ya que serían impedidos y suprimidos por las fuerzas que se les oponen». ⁶³ Esto es exagerado; no todo cambio de importancia nos toma por sorpresa, pero algunos, quizás la mayoría, sí lo hacen.

5. Estructura del análisis: fundamentos teóricos

Según Popper, el esfuerzo de análisis científico, tanto en las ciencias naturales como sociales, requiere del uso de la imaginación para formular nuevos problemas y teorías capaces de resolverlos. Popper argumentó con gran poder persuasivo a favor de la audacia especulativa, guiada por la razón crítica, como instrumento indispensable en el avance del conocimiento. ⁶⁴ Sus ideas al respecto tienen especial relevancia para el presente estudio, pues la tarea de pronosticar exige un controlado despliegue imaginativo que nos haga posible trascender lo que es y ha sido, y concebir lo que podría ser, dadas ciertas condiciones. La «tiranía» de lo existente, a la que puede añadirse la de un pasado no siempre adecuadamente asimilado a nivel

⁶² Alexander Solzhenitsyn, «As Breathing and Consciousness Return», en A. Solzhenitzyn, ed., *From Under the Rubble*. Boston: Little Brown, 1974, p. 4.

⁶³ A. O. Hirschman, *A Propensity to Self-subversion*, p. 136.

⁶⁴ K. R. Popper, *The Myth of the Framework*, pp. 12, 74, 96.

conceptual, son obstáculos adicionales a la capacidad de pronóstico social. En palabras del destacado historiador británico Alan Bullock:

La mayoría de nosotros encuentra difícil pensar en el futuro como no sea una continuación del presente, o por lo menos como una extrapolación de desarrollos que ya son visibles. Al recordarnos qué tan diferente resultó el presente frente a lo que se esperaba –incluso hace sólo una generación–, un sentido de lo que es el pasado puede romper la tiranía del presente y, por lo tanto, ayudar a desarrollar un «sentido del podría ser de otra manera» [...] o de qué tan diferente pudo haber sido el curso de la historia. Lo cual estimula la imaginación para concebir un futuro que puede ser tan diferente del presente, como el presente ya lo es del pasado.⁶⁵

El ejercicio de la imaginación es necesario tanto para percibir lo que el desarrollo histórico dejó de producir, dejando a un lado expectativas que entonces se tuvieron, así como para romper con la tendencia a esperar que el futuro apenas confirme tendencias ahora observables.

El esfuerzo de imaginar cómo puede ser el futuro, con base en el estudio del presente y el conocimiento del pasado, se enmarca implícita o explícitamente en lo que Hirschman denomina «estilos cognoscitivos», y Toulmin llama «horizonte de expectativas» o «posturas intelectuales».⁶⁶ Nuestra particular «postura» o «estilo» es – en términos de Toulmin– el «ojo» –o perspectiva teórica– a través del

⁶⁵ Alan Bullock, «¿Ha dejado de ser importante la historia?», *Foro Internacional*, 34, 3, julio-septiembre 1994, p. 352.

⁶⁶ A. O. Hirschman, *A Bias for Hope*, p. 354; S. Toulmin, *Cosmopolis*, p. 2.

cual miramos el mundo, perspectiva que define los supuestos básicos de nuestra visión histórica y sociológica. En tal sentido, con el objeto de precisar la naturaleza de la teoría que será expuesta como herramienta de análisis, considero necesario hacer explícitos los supuestos fundamentales de la misma. Este paso no siempre es dado en el desarrollo teórico de las ciencias sociales, pero a mi modo de ver se trata de un paso indispensable en el camino de clarificar tanto el potencial como las posibles limitaciones del esquema conceptual planteado.

Los tres principales supuestos que componen la perspectiva teórica que orienta este estudio son los siguientes: 1) En la polémica entre, por un lado, aquellos que conciben los procesos y estructuras sociales como básicamente simples, continuos, armónicos, predecibles, controlables y eficientes, y por otro lado, los que reconocen el carácter fundamentalmente complejo, discontinuo, contradictorio, impredecible, incontrolable e ineficiente de esos procesos y estructuras, tomo partido por los segundos.⁶⁷ Estas opuestas tradiciones intelectuales, que se manifiestan con especial claridad en el pensamiento político y sociológico, exigen una definición. Simplificando las cosas, escojo a Hobbes frente a Rousseau, y a Maquiavelo frente a Locke. 2) En relación con el curso y «sentido» de la historia, pienso que la evolución humana no responde a una teleología y que su marcha no representa necesariamente el avance hacia un destino de mayor progreso, tolerancia y libertad. No creo que, secularmente, vayamos a ninguna parte; y si bien es cierto que

⁶⁷ T. Kuran, *Private Truths, Public Lies*, p. 289.

puede argumentarse que la civilización, en algunos aspectos, ha progresado en términos morales —con más elevados criterios de protección a los derechos humanos, y significativos desarrollos en las leyes y reglas de conducta internacionales, por ejemplo—, ello ha ocurrido sin que la condición humana haya experimentado cambios radicales, y sin que implique ninguna automaticidad y permanencia.⁶⁸

En otras palabras, los riesgos de regresión a la barbarie siguen presentes y de hecho asoman su rostro en nuestra propia era, aunque, por fortuna, de modo localizado y limitado. La historia no tiene un «sentido», y por ello los procesos sociales siempre pueden torcer de rumbo. 3) Por último, como apunté antes, pienso que existe en la vida social una interconexión entre los factores estructurales —modos de producción económica, divisiones sociales, realidades institucionales, y factores ideológico-culturales— y la acción de los individuos, en medio de un proceso complejo y dinámico, proceso en el cual se entrecruzan fuerzas colectivas y decisiones personales en un todo que requiere un esfuerzo integrado de comprensión.

Dicho esto, un problema crucial acá bajo estudio se define en términos de analizar nuestro potencial de pronóstico político, como resultado de una teoría de la disolución social. El análisis se sujeta a la capacidad de pronóstico en el marco de sociedades específicas, ubicadas dentro de los límites de un Estado nacional, y toma en cuenta también como variable el contexto internacional dado. En otras palabras, el argumento que se desarrollará establece una vinculación entre una teoría de la disolución social —y, como otra cara

⁶⁸ Véase William Pfaff, «The Illusion of Progress», *World Policy Journal*, Winter 1995-1996, pp. 24-32.

de la misma moneda, de la integración social— y una teoría del pronóstico político, la cual sostiene la posibilidad de mejorar su potencial dentro de ciertos límites y condiciones. Mi tesis es que la disolución social es un proceso parcialmente observable y medible, cuya dinámica afecta el sistema de dominación política en una sociedad determinada, haciéndole más vulnerable, y que el análisis de esta vulnerabilidad puede sustentar pronósticos relativamente confiables acerca del probable desenlace del proceso de crisis sociopolítica.

Los problemas de la disolución social, así como de la cohesión y desestabilización de los sistemas de dominación política, ocuparán gran parte de nuestra atención en las páginas siguientes. Para desarrollar una teoría integrada que dé cuenta de la interrelación entre estos ámbitos conceptuales, haré uso básicamente de las ideas de Hobbes, Durkheim, Gramsci, Weber, Timur Kuran y Albert Hirschman. El estudio de la anomia, la hegemonía, el Estado, el conflicto, el miedo y los mitos se dirigirá a diagnosticar la condición de estructuras y procesos que permitan estimar el potencial de pronóstico político, y los obstáculos que enfrenta el intento de visualizar el futuro de dinámicas sociales complejas. La presencia del miedo hobbesiano y de los mitos cohesionadores, la lucha por la hegemonía social, el papel del Estado, el comportamiento decisional de actores claves —individuos y organizaciones— y el peso del entorno internacional intervendrán como herramientas del análisis. La conexión y diferencia entre la explicación de una situación social

dada, por un lado, y por otro, el pronóstico acerca de su desarrollo probable, formarán parte de un mismo marco conceptual.

Los casos han sido escogidos en función de características de especial interés para los propósitos de este estudio, tanto en lo que tiene que ver con la disolución social como en lo relacionado con el pronóstico político. La revolución iraní de 1979 ofrece un verdadero semillero de elementos teóricos de extraordinaria significación en torno al fenómeno de la disolución social en contextos de acelerado cambio modernizador. En este caso, al igual que en el referente al colapso del comunismo en la URSS y Europa oriental, contamos además con un material de enorme valor analítico, contenido en la documentación emanada de diversos organismos oficiales de los Estados Unidos, material que ha sido parcialmente desclasificado y que hace posible, por ejemplo, evaluar los intentos pronosticadores de los expertos de la CIA en su esfuerzo por visualizar la posible evolución de situaciones de vital trascendencia para la política exterior norteamericana. El proceso que condujo al derrocamiento de Salvador Allende en Chile, por otra parte, combina aspectos importantes de fragmentación social y comportamiento decisonal en el campo político, que ilustran con gran fuerza el papel del azar y la relevancia de la acción individual en el cambio histórico. De igual modo, la crisis chilena bajo Allende revela el impacto de la repentina conversión de una limitada conflictividad política democrática en una decisiva confrontación hegemónica. Estos casos —Chile, Irán y la URSS— nos permitirán, a través de una visión retrospectiva, estudiar por qué pasó lo que pasó en esas sociedades, cómo se desarrolló su

dinámica, y qué nos enseñan estos procesos en cuanto al potencial y limitaciones del pronóstico político. Finalmente, el caso venezolano, a diferencia de los anteriores, nos llevará a realizar un ejercicio de pronóstico práctico, pues se trata de un proceso de disolución social que aún avanza y cuyo destino no está claro. Las enseñanzas extraídas del estudio de situaciones pasadas, seguramente nos proporcionará útiles pistas para penetrar la compleja realidad de una sociedad que se juega actualmente su destino.

II. TEORÍA DE LA DISOLUCIÓN SOCIAL

1. Cohesión social y estabilidad política: el miedo hobbesiano

¿Qué hace posible la cohesión de las sociedades y la estabilidad de los sistemas políticos? La tradición clásica del pensamiento político, plasmada primordialmente en Aristóteles, formuló su respuesta en un contexto ético: la política era, por un lado, la ciencia que se ocupaba de los fines de la comunidad política; por otro lado, la política era entendida como la suprema actividad alcanzable en la existencia colectiva. El propósito de la política, según Aristóteles, se dirigía al logro de lo que es «bueno para el ser humano», y el orden político era visto como inseparable de la búsqueda de ese bien supremo logrado en común con los demás.¹ Esta visión clásica e idealizada de la política contrasta radicalmente con la visión moderna, establecida ante todo por Hobbes, para quien el orden político, lejos de ser el producto natural de nuestra condición humana, es una construcción precaria y vulnerable, sujeta a la amenaza de disolución, y sustentada en la ansiedad que genera el miedo y en la fragilidad caprichosa de las opiniones de la gente.

Hobbes instaló la violencia en el centro de las preocupaciones políticas, enfatizando que la estabilidad, la paz y la cooperación entre los hombres son siempre conquistas endebles e inacabadas, sometidas al peligro permanente de la decadencia y la ruina. Para Hobbes, la cuestión clave para la política no consiste en determinar un «bien supremo», sino en definir cuál es el más grave de los males, y de ese

¹ Aristotle, *Politics*, 1252^a 3-6. *Nicomachean Ethics* 1094 a27 - 1094 b8.

modo controlarlo e impedir su triunfo. Ese «mal supremo» no es otro, según Hobbes, que la ausencia de un orden que haga posible la canalización del miedo, y que establezca firmes barreras frente a las tendencias disgregadoras del conflicto. De acuerdo con Hobbes, el «estado de naturaleza», es decir, la ausencia del orden político no es una especie de fábula destinada a ilustrar un argumento, sino una amenaza real y persistente, presente de manera constante, que exige una respuesta decidida. Sociedades que se presumen civilizadas son capaces, como ocurrió en vida de Hobbes, de sucumbir ante las fuerzas de la disolución. Luego de un período de paz y estabilidad, las motivaciones que generan el conflicto, analizadas por Hobbes en el capítulo 13 del *Leviatán*, reinician su obra destructiva. La competencia por bienes materiales, la búsqueda de la seguridad propia a expensas de la de los demás, y la lucha por sobresalir, por prestigio y reputación, son capaces de retrotraernos a esa condición supuestamente primitiva del «estado de naturaleza», condición que de hecho se halla, como amenaza, perennemente activa en la vida social.

No se trata de que los individuos actúen de modo irracional en el estado de naturaleza, dejándose dominar por el miedo; al contrario, es precisamente el hecho de que son racionales «lo que les lleva a anticipar el peligro en las motivaciones de los otros, y lo que convierte a cada uno en el enemigo potencial de todos los demás».²

² K. R. Minogue, «Thomas Hobbes and the Philosophy of Absolutism», en David Thompson, ed., *Political Ideas*. London: Penguin, 1990, p. 58. La visión pesimista sobre la realidad política que sostiene Hobbes coincide con la de Tucídides, cuya *Historia de la Guerra del Peloponeso* fue, como es sabido, traducida del griego al inglés por el propio Hobbes. Es evidente que la obra del gran historiador clásico ejerció una significativa influencia en el pensamiento hobbesiano. Para Tucídides, la aniquilación de la virtud en la *polis* es siempre una posibilidad concreta; en cambio, la

Este proceso de anticipación conduce a cada individuo a intentar golpear primero, para evitar ser víctima del golpe de los otros. En vista de semejante situación de anarquía, el desafío crucial de la política no consiste, como lo presentaba la visión clásica, en la determinación de un «bien superior», sino en la definición del «mal supremo». Este último no es otro, argumenta Hobbes, que la ausencia de orden, es decir, el imperio irrestricto de los conflictos por posesiones, seguridad personal, y prestigio, que generan la guerra de todos contra todos.

La superación de este estado de ansiedad, habitado por el miedo, solo es posible mediante la transferencia del derecho de cada cual a la autoprotección y la entrega de ese derecho a una autoridad superior, la autoridad política o poder soberano, cuya misión se traduce en la regularización del conflicto y el establecimiento de la paz social.³

Si bien la tradición clásica e idealizada de la política persiste como aspiración a la virtud en medio de la lucha por el poder, la perspectiva hobbesiana, a mi modo de ver, prevalece en su descarnado análisis de una realidad que impone su crudeza. La cohesión social surge de la regularización del conflicto, que puede también interpretarse como la canalización del miedo. El orden político no hace que el miedo desaparezca, sino que controla la ansiedad a través de la reducción de la incertidumbre. Solo cuando la incertidumbre es limitada y, por tanto, el miedo es circunscrito, puede subsistir una paz admisible; ello es factible dentro del contexto de reglas sostenidas por

vigencia de la virtud es poco probable, excepto en singulares circunstancias. En palabra de Orwin, «lo que es (éticamente) superior en la polis es incomparablemente más frágil que aquello que es mediocre y degradante». Véase Clifford Orwin, *The Humanity of Thucydides*. Princeton: Princeton University Press, 1994, p. 184.

³ Véase mi obra *Aproximación a la política*, 2.^a ed. Caracas: Panapo, 1994, pp. 106-112.

el poder soberano. La ausencia del miedo equivale a la disgregación social, pues sin miedo no puede existir orden, ley o paz. El miedo no solamente explica el origen de las sociedades, sino también —como apunta Hobbes en *De Cive*— su perdurabilidad.⁴

La adopción o rechazo del punto de vista de Hobbes depende de la percepción que cada quien tenga acerca de los peligros que acechan la paz social. Sin duda, en tiempos de quietud y concordia, en sociedades por largos períodos estables y prósperas, la perspectiva hobbesiana cede su espacio a visiones más optimistas; pero basta que algunas grietas se abran en las aparentemente sólidas paredes de la estabilidad y la armonía para que espíritus sensibles, más entrenados en observar el curso de la historia y extraer sus lecciones, capten la amenaza de la decadencia y la disolución. Para algunos, el objetivo de la política es lograr el «bien común» y alcanzar la verdad. Para otros, la realidad de la política es que solo la paz hace posible lo demás, y el logro de la paz es un resultado complejo, precario y vulnerable.

Es necesario enfatizar que la cohesión social y la estabilidad política son siempre conquistas relativas y no bienes absolutos, y que no implican la ausencia del miedo, sino su control y canalización. En el esquema del *Leviatán*, «el miedo a la sanción ante las transgresiones (sanción que impone el poder soberano) canaliza las acciones de la gente dentro de marcos estables y anticipables, haciendo así pronosticable su comportamiento. En consecuencia, la anticipación frente a la amenaza potencial de los otros ya no es inevitable. A través del artificio del orden político, los individuos pueden circunscribir el

⁴ Thomas Hobbes, *De Cive*, vol. III. Oxford: Clarendon Press (Edition of the Philosophical Works of Thomas Hobbes), 1983, p. 44.

miedo (inducido por la ansiedad que lleva a anticipar el peligro) mediante el miedo mismo (en su versión de miedo a la sanción)»⁵. Gracias a un sistema de recompensas y castigos que se fundamenta en el miedo y la ambición de los individuos, la autoridad política —o el poder soberano— se encarga de canalizar, orientar y restringir el deseo de sobreponerse a los demás de modo que este genere beneficios en lugar de transformarse en la sustancia disolvente de la paz social. En dicho modelo del orden político, la existencia de reglas comunes respaldadas por el poder soberano —es decir, el Estado— permite que los individuos que así lo deseen adelanten sus ambiciones, pero dentro de un marco que, en primer término, protege la vida de todos y excluye el tipo de competencia que no genera ganadores (en vista de que todos los individuos son igualmente peligrosos en el estado de naturaleza). En segundo lugar, las reglas que el poder soberano está obligado a sostener establecen criterios comunes de comparación en diversos campos —la propiedad de bienes, las artes, la ciencia, la moral pública y otros—, donde los individuos pueden competir y así promover, dentro de ciertos límites, sus aspiraciones de gloria. En tales circunstancias, el orden hobbesiano no solamente hace posible que los ambiciosos puedan beneficiarse, sino también aquellos que desean llevar una vida tranquila, sin verse forzados a combatir por el poder.⁶

Es evidente entonces que Hobbes no sostiene que el miedo desaparece por completo al ser suprimido el estado de naturaleza,

⁵ Gabriella Slomp, «Hobbes, Thucydides, and the Three Greatest Things», *History of Political Thought*, 11, 4, Winter 1990, p. 572.

⁶ *Ibid.*, p. 581.

sino que es canalizado y circunscrito, desapareciendo –eso sí– la necesidad de anticiparse ante el peligro que representan las ambiciones de los otros. A pesar de que Hobbes concibe el miedo como eje de la posibilidad del orden, no pierde de vista que las motivaciones humanas son complejas, y que otras aspiraciones constituyen permanentes amenazas a la cohesión social y la estabilidad política. El miedo hobbesiano se construye a partir de la necesidad del orden; este orden se concreta en el pacto social, y a partir de allí el miedo se mantiene gracias tanto a la amenaza de sanción como a la de un nuevo descenso a la anarquía inicial. El recorrido analítico de Hobbes comienza en la anarquía y culmina en el miedo a la misma. Es un esquema teórico impecable, que genera de modo implacable sus conclusiones.

La teoría política hobbesiana refleja la confianza de su época en el poder del conocimiento científico, así como en la capacidad de la razón para imponer sus hallazgos sobre la conducta humana. Si bien los fundamentos del modelo de Hobbes se derivan de una visión pesimista sobre las motivaciones del comportamiento de los individuos, al mismo tiempo Hobbes confiaba en que el miedo a la sanción se impondría decisivamente sobre la ambición de gloria y el deseo de éxito, sosteniendo sólidamente el orden. Dicho de otra manera, si bien Hobbes comprendía con toda claridad que la ambición y la esperanza de éxito sobre los demás suscitaban el conflicto en el estado de naturaleza, y generaban el crimen en la sociedad política, al mismo tiempo mantenía que «el miedo es una fuerza motivacional más intensa que la esperanza. Esa fuerza convierte a los individuos en

sujetos políticos, y los lleva a someterse al poder soberano».⁷ Su pesimismo inicial culminaba en una apuesta optimista sobre el poder del miedo, optimismo propio de un intelectual persuadido de que la lucidez de su teoría, y la validez de sus razonamientos, serían suficientes para convencer a los demás y moldear su conducta.

Según Hobbes, sus conclusiones ofrecían la clave de una «paz inmortal».⁸ Al privilegiar el miedo como factor de cohesión y estabilidad, Hobbes colocó la ciencia política sobre bases más firmes, revelando en toda su crudeza la realidad de un orden que solo puede existir en la medida en que exista un poder inapelable. Sin embargo, es obvio que sus expectativas acerca de la invulnerabilidad de un orden así constituido eran excesivas. Al otorgar prioridad al miedo, Hobbes restó importancia, sin desestimar del todo, a un segundo factor cuyo papel es no menos relevante en el sostenimiento de la cohesión social y la estabilidad política: las opiniones, creencias y convicciones de los individuos. No estoy argumentando que Hobbes no haya reconocido el papel de este segundo factor. Al contrario, Hobbes fue un pensador demasiado profundo como para reducir la complejidad psicológica del ser humano al dominio exclusivo del miedo. Precisamente, su preocupación derivaba de su temor a que la ambición de gloria, el deseo de éxito, y el rechazo al deshonor y la humillación se mostrasen más fuertes que el miedo, convirtiéndose en elementos disolventes del precario orden político. De hecho, por ejemplo, en sus obras históricas se leen frases tan explícitas como estas: «El dominio de los poderosos descansa sobre las opiniones y creencias de la

⁷ *Ibid.*, p. 547.

⁸ Hobbes, *De Cive*, pp. 25-26.

gente».⁹ No escapaba a Hobbes que un orden sustentado exclusivamente en los efectos del miedo, o en el mero uso de la violencia y la represión, no era capaz de cumplir la misión *protectora*, de *refugio*, para la cual los individuos abandonan los privilegios absolutos —así como los peligros— existentes en el estado de naturaleza. No obstante, la focalización de su teoría en el miedo relegó a un segundo plano el papel de las creencias y opiniones, es decir, de los mitos que consolidan la legitimidad del orden.

2. Cohesión social y estabilidad política: la función de los mitos

En el esquema hobbesiano del orden político, el miedo actúa como herramienta de cálculo racional, al limitar las expectativas individuales a cambio de la protección que otorga el poder soberano. Se trata, no obstante, de un cálculo sujeto a la incertidumbre que impone una naturaleza humana compuesta también por factores no estrictamente racionales —en un sentido instrumental del término—, factores que desafortunadamente son con frecuencia descartados o minimizados por una reflexión política tan convencional como vacía. Una de las fallas claves de algunas tendencias en la teoría política contemporánea, consiste en su ceguera ante la presencia de factores no racionales —en el sentido estrecho, repito, de racionalidad instrumental— en las motivaciones y la conducta humanas. Al hablar acá de factores no-racionales me refiero a convicciones y actitudes que no responden a un mero cálculo de costo-beneficio, sino a creencias y compromisos sustantivos que mueven a los seres humanos,

⁹ Thomas Hobbes, *Behemoth or the Long Parliament*. Chicago: Chicago University Press, 1991, p. 16.

les hacen solidarios con proyectos colectivos, les dan identidad y, en ocasiones, pueden llevarles a sacrificar hasta sus propias vidas. No estoy, por tanto, hablando de irracionalidad, sino de valores, actitudes y creencias que no responden a simples cálculos instrumentales y que, junto al miedo, pero más allá del mismo, dan forma al «cemento» de las sociedades y sistemas de dominación política.

El miedo por sí solo puede servir, al menos por un tiempo, de sustento del orden político, pero se trataría de un orden basado exclusivamente en la represión. La fragilidad de tales situaciones deriva de la ausencia de mitos legitimadores que los seres humanos requerimos para hallarle sentido a nuestras vidas. El miedo por sí solo es árido y precario sin los mitos, es decir, los valores, creencias y compromisos sustentadores que dan forma e identidad a una sociedad y que la convierten en algo más que una suma de individuos dispersos y ajenos entre sí. En este sentido, una sociedad es una estructura mental –con una base material– que se sostiene y expresa en un mito o conjunto de mitos. Esta estructura mítica integra a los individuos más allá del miedo, otorgando un significado a su existencia común. Si en el curso del tiempo los mitos de una sociedad «cesan de sostenerla, al no otorgar a sus miembros papeles significativos en la empresa colectiva, se inicia un proceso de desintegración».¹⁰ Los mitos son un ingrediente clave del cemento que une a las sociedades; tienen que ver con el origen de la existencia en común, con la unidad y solidaridad sociales, con el destino colectivo, con el sentido de la

¹⁰ Robert C. Tucker, *Politics as Leadership*. Columbia & London: University of Missouri Press, 1981, pp. 99-100, 144-145.

vida de cada cual como parte de un todo. Su relevancia se pone de manifiesto en la medida en que la sociedad sea entendida no solamente como una armazón productiva, atravesada por realidades de poder, sino también, como lo formula Apter, como una «estructura psicológica».¹¹

El tema de los mitos ocupa un amplio espacio de interés para las ciencias sociales contemporáneas, y su función y significado han sido objeto de estudio por parte de la antropología, la psicología, la sociología y la ciencia política, entre otras disciplinas. Se ha afirmado que es imposible definir el mito,¹² y también que, «como modo específico de aprehensión de la realidad, el mito está ausente del mundo moderno».¹³ En cambio, otros autores —como Cassirer, por ejemplo— conceden a los mitos un papel fundamental en la vida política contemporánea.¹⁴ La confusión que rodea al concepto tiene mucho que ver con el problema de la «verdad» o «falsedad» de los mitos, y con el uso derogatorio del término para referirse a algo supuestamente engañoso, producto de la ficción, de las falsas ilusiones y la distorsión de la realidad. Este enfoque, a mi modo de ver, obstaculiza una adecuada comprensión de la función y el significado de los mitos. En tal sentido, comparto el punto de vista de Hooke cuando sostiene, con respecto a los mitos, que la pregunta

¹¹ David E. Apter, «The New Mytho/Logics and The Specter of Superflous Man», *Social Research*, 52, 2, Summer 1985, pp. 269-307.

¹² Véase Matti Megged, «Introduction» to the Symposium on «Myth in Contemporary Life», *Social Research*, 52, 2, Summer 1985, p. 211-215.

¹³ Francisco Pelizzi, «Specificity and Generality of Myth: Some Notes on Michael Perrin and Sheldon Wolin», *Social Research*, 52, 2, Summer 1985, p. 323.

¹⁴ Véase Ernst Cassirer, *Symbol, Myth, and Culture*. New Haven & London: Yale University Press, 1979, pp. 242-267.

correcta no es: ¿son verdaderos?, sino: ¿qué papel cumplen?¹⁵ La vigencia e importancia de los mitos no se evidencia en concepciones limitadas, que les ven simplemente como formulaciones «primitivas» e «irracionales» de ideas capaces de expresión «racional», o como barreras nebulosas que ocultan la realidad. Su vigencia e importancia, dice García-Pelayo, se desprenden de su funcionalidad, de que contribuyan «al sostenimiento de posibilidades y actitudes vitales y, con ello, al mantenimiento o cambio de situaciones existentes...».¹⁶

García-Pelayo atribuye tres funciones políticas primordiales a los mitos:

a) Integradoras: Un mito político [como, por ejemplo, el mito democrático del «poder del pueblo», AR] tiene que ser vivido, y solo se vive cuando se «participa» en él. En su papel integrador, los mitos funcionan como refugio, como protección contra la desesperanza, y en ocasiones como sustitutos ilusorios de una impotencia real.

b) Movilizadoras: La participación en el mito [como, por ejemplo, el de la «unidad nacional», AR] «moviliza a las personas para la acción o para la pasión (si esta es la forma de afirmarse existencialmente, es decir, si el costo a pagar por la pervivencia histórica de una colectividad), les proporciona esperanzas y fe en lo que indudablemente ha de venir, las sostiene en los desfallecimientos, les hace

¹⁵ S. H. Hooke, *Middle Eastern Mythology*. Harmondsworth: Penguin, 1963, p. 11.

¹⁶ Manuel García-Pelayo, *Los mitos políticos*. Madrid: Alianza Editorial, 1981, p. 23.

potenciar su esfuerzo, promueve el heroísmo o el martirio, etc.».

c) Esclarecedoras: Los mitos [como, por ejemplo, el del socialismo, AR] contribuyen a esclarecer «lo que las gentes sienten y desean en forma vaga, inconcreta y difusa, así como proporcionar un esquema interpretativo, tanto de los procesos totales como de las partes o acontecimientos que lo componen y, con ello, unas pautas de orientación...».¹⁷

Cada una de las funciones señaladas se hallan presentes, en mayor o menor grado, en los mitos que ocuparán preferentemente nuestro interés analítico, en las secciones correspondientes de este estudio: En primer lugar, los mitos que rodearon por años al régimen iraní bajo el sah, en particular la mitología imperial modernizadora y sus correlatos de invencible poderío e ilimitado esplendor colectivo. En segundo lugar, los mitos de solidaridad social y civismo que predominaron en el sistema de dominación política chileno, hasta el momento en que la agudización de la lucha hegemónica sacudió los cimientos de una larga —en términos relativos para la América Latina— tradición democrática. En tercer lugar, los mitos de riqueza y democracia como «poder del pueblo» que sustentaron por varias décadas el sistema de dominación política en Venezuela. Por último, consideraremos el agotamiento de la mitología comunista en la URSS y

¹⁷ *Ibid.*, pp. 23-25.

Europa oriental, agotamiento que jugó un papel decisivo en el derrumbe final de un sistema que aparentaba recia impregnabilidad.

Se comete, a mi modo de ver, un serio error cuando se establece una distinción radical entre mito y razón, así como cuando se presume que los mitos solo se ponen de manifiesto, o en todo caso ocupan un primer rango funcional, en épocas de turbulencia y crisis. Si bien los mitos trascienden el miedo, y contribuyen así a crear un más sólido «cemento» para el sostén de las sociedades y los sistemas de dominación política, su significación no se limita a superar una estrecha visión de lo que es instrumentalmente «racional». En este punto considero que Cassirer se equivoca al atribuir a los mitos un carácter radicalmente opuesto a la razón, como «dos formas de estar y de orientarse en el mundo».¹⁸ Pienso, por el contrario, que los mitos pueden ser «racionales», en el sentido de incorporar un conocimiento de la realidad política, y de responder a una necesidad de permanencia que, aunque no cerrada en un estrecho marco instrumental, forma parte esencial de la relación vinculante entre el individuo, la sociedad y el sistema de dominación política. Los mitos políticos se sitúan en un nivel diferente —y complementario— al de la moral, la religión y el derecho. De hecho, los mitos políticos sirven de base a esas «representaciones colectivas» —en términos de Durkheim—, es decir, la moral, la religión y el derecho, que a su vez se materializan en instituciones. Así, el mito democrático del «poder del pueblo», y el mito socialista de la igualdad, han nutrido una moral y un derecho, y dado origen a un entramado institucional particular,

¹⁸ *Ibid.*, p. 12; Cassirer, *ob. cit.*, p. 246.

de acuerdo con el caso concreto que se trate. Los mitos, junto al miedo, son el subsuelo del orden; sobre ellos se yergue una estructura de valores, creencias, compromisos, y, eventualmente, instituciones, que en conjunto conforman las sociedades y los sistemas de dominación política. No son los mitos, por consiguiente —y a diferencia de lo que argumenta Cassirer,¹⁹ propios únicamente de situaciones de aguda inestabilidad y turbulencia política y social. Constituyen más bien una dimensión permanente de la existencia política, proporcionando significados y alimentando tomas de posición frente a los desafíos de la existencia colectiva. Esta presencia perenne de los mitos es percibida con gran claridad por García-Pelayo, de quien reproduzco este extenso e iluminador párrafo:

... el pensamiento mítico tiene lugar especialmente:

a) En el campo de las actitudes y de las relaciones emocionales, al que pertenecen, entre otras muchas, las vinculaciones a las realidades políticas primarias.

b) Cuando entran en cuestión los fundamentos radicales y los fines últimos de una estructura racional, de modo que puede afirmarse que todo sistema doctrinal y todo orden político, por racionalizados que estén, tienen tras de sí una mitología política más o menos simple o compleja, más o menos clara o soterrada, y de aquí que el primer problema que se plantea explícita o tácitamente una nueva concepción política [...] sea el de «desenmascarar», es decir, «desmitificar», los supuestos de la doctrina política anterior, destruyendo la bases míticas en que se sustenta su *logos*. Asimismo, cuando un sistema racional no responde a las necesidades míticas de las gentes, o está en contradicción con nuevos mitos generados o renacidos por la nueva situación histórica, cuando el sistema racional no proporciona una verdadera «instalación en el mundo», entonces el

¹⁹ Ernst Cassirer, *El mito del Estado*. México: Fondo de Cultura Económica, 1947, p. 331.

mito irrumpe en forma brutal [...] Así pues, la conciencia mítica no es solamente un residuo de la conciencia originaria dejado por la dominación del pensamiento racional, sino que es algo tan necesario al ser humano, para centrarse y orientarse en el mundo, como pueda serlo la misma conciencia racional.²⁰

Suscribo a plenitud el anterior planteamiento, siempre que la separación establecida por García-Pelayo entre mito y racionalidad sea moderada, y a la idea del mito se incorpore un ingrediente fundamental de racionalidad sustantiva —no instrumental—, referida a valores, convicciones y compromisos existentes que son parte inseparable de la «instalación» de los individuos en la sociedad y el sistema de dominación política. De esta racionalidad sustantiva se derivan significados, y de la misma surgen vinculaciones, que ubican a las gentes como miembros de una «estructura psicológica», es decir, la mitología política de una sociedad dada. Los mitos que componen esa estructura, señala Wolin, pueden ser mitos de creación, escatológicos, o heroicos, siendo estas categorías amplias y no restrictivas.²¹ Como ejemplos de mitos políticos de «creación» podemos mencionar el mito norteamericano de la libertad originaria, sembrada por los peregrinos puritanos, y consagrada por los Padres Fundadores de la Constitución. De este mito se hacen partícipes la abrumadora mayoría de los ciudadanos de los Estados Unidos, es lo que les identifica y les da un sentido de pertenencia, y establece el sustrato de una moral, una religión y un derecho. Otro mito de creación es el que otorga a la familia imperial japonesa un estatus

²⁰ Manuel García-Pelayo, *Mitos y símbolos políticos*. Madrid: Taurus, 1964, pp. 163-164.

²¹ Sheldon Wolin, «Postmodern Politics and the Absence of Myth», *Social Research*, 52, 2, Summer 1985, p. 228.

divino, que a su vez legitimaba su protectorado sobre el conjunto de la sociedad, unida alrededor de ese eje, suministrando una conciencia de superioridad racial a la población. El comunismo asumido como camino hacia la construcción de una sociedad perfecta es ejemplo de un mito «escatológico»; en tanto que la visión del Irán moderno como expresión renovada del Imperio persa, así como la autopercepción de los miembros de los sistemas de dominación política chileno y venezolano como portadores democráticos del «poder del pueblo», constituyen ilustraciones de mitos «heroicos».

Tenemos, pues, que los mitos deben ser vistos primordialmente como expresiones acerca de cómo la realidad es asumida por los individuos en la sociedad.²² Nos vemos en nuestros mitos, y la sociedad se refleja y proyecta en ellos.²³ Los mitos dan cohesión cultural a los grupos que a través de los mismos se definen,²⁴ y son, de hecho, una guía de la cultura.²⁵ Toda cultura, escribe Gotesky, «crea y valora sus propios mitos, no porque sea incapaz de distinguir entre verdad y falsedad, sino porque su función es mantener y conservar una cultura contra la desintegración y destrucción. Sirven para sostener a los hombres frente a la derrota, la frustración, la decepción, y para conservar las instituciones y el proceso institucional».²⁶

²² Hidé Hishiguro, «Myth and False Dichotomies», *Social Research*, 52, 2, Summer 1985, p. 366.

²³ Véase Pierre Hegy, *Myth as Foundation for Society and Values*. Lewinstown: The Edwin Meller Press, 1991, p. VI.

²⁴ Véase Charles-Olivier Carbinell, ed., *Mythes et Politique*. Toulouse: Presses de Institut d'Etudes Politiques, 1990, p. 16.

²⁵ Véase Victor W. Turner, «Myth and Symbol», en David L. Sills, ed., *International Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. 10. New York: The Macmillan Co., & The Free Press, 1968, pp. 576-582.

²⁶ Citado por García-Pelayo, *Los mitos políticos*, pp. 18-19.

La decadencia de los mitos, así como la progresiva pérdida del miedo a la sanción y la anarquía, son indicios inequívocos de que el orden al que servían de sostén ha comenzado a experimentar un proceso de resquebrajamiento.

3. Cohesión social y representaciones colectivas (Durkheim)

La sociología de Durkheim contribuye a reforzar los planteamientos realizados previamente sobre el papel de los mitos como ingredientes claves de la cohesión social. A la vez, los hallazgos de Durkheim abren las puertas al estudio de las funciones del Estado como red institucional de los sistemas de dominación política.

La inquietud central en torno a la cual gira la sociología de Durkheim se refiere a la naturaleza de la solidaridad social: ¿cuáles son los lazos que unen a los seres humanos que integran una sociedad, y qué hace posible que esos lazos se sostengan?²⁷ La permanencia del orden social no se explica a través de las relaciones económicas. El juego de los intereses individuales, lejos de ser el cemento capaz de unir a la sociedad, «solo es capaz de generar relaciones transitorias y asociaciones pasajeras».²⁸ A lo largo de la obra de Durkheim se constata una aguda apreciación de dos realidades: por una parte, que la amenaza de decadencia y disolución se halla presente de manera constante en la compleja trama de las sociedades; por otra parte, como lo expresa con gran poder de síntesis en una lúcida frase, Durkheim insiste en que, «sin los dioses los hombres no podrían

²⁷ Steven Lukes, *Emile Durkheim. His Life and Work. A Historical and Critical Study*. Stanford, California: Stanford University Press, 1985, p. 139.

²⁸ E. Durkheim, citado por Lukes, *ob. cit.*, p. 145.

vivir».²⁹ Esos «dioses» no son otra cosa que los mitos, la «estructura mental» que cohesiona un orden y posibilita, junto al miedo hobbesiano, su supervivencia.

Según Durkheim —sigo en este punto la exposición de sus ideas que realiza Eugenio Tironi—,³⁰ la solidaridad social se pone de manifiesto de dos maneras. En primer término están las sociedades de «solidaridad mecánica», caracterizadas por una organización poco diferenciada, un derecho fundamentalmente represivo y una fuerte cohesión, basada esta última en la «conciencia colectiva» —en este caso normalmente religiosa— que une estrechamente el individuo al grupo. En segundo término, las sociedades de «solidaridad orgánica» se caracterizan por una alta diferenciación organizativa de las distintas funciones sociales, un derecho restitutivo y cooperativo, una conciencia colectiva relativamente débil, y por la emancipación del individuo respecto al grupo. Las sociedades primitivas corresponden al primer tipo; en cambio, las sociedades modernas, donde ya se ha desarrollado la división del trabajo, presentan un tipo de integración «orgánica».

Las sociedades modernas, sin embargo, dan origen a una situación paradójica: al mismo tiempo que promueven la cooperación, sobre la base de la división del trabajo, de los individuos plenamente diferenciados, ese mismo proceso de diferenciación y división contribuye a debilitar la conciencia colectiva, es decir, el conjunto de sentimientos y creencias sobre el que descansa la integración de las

²⁹ Emile Durkheim, *Les formes elementaires de la vie religieuse*. Paris: Presses Universitaires de France, 1960, p. 494.

³⁰ Véase Eugenio Tironi, *Autoritarismo, modernización y marginalidad*. Santiago: Ediciones SUR, 1990, pp. 55-78.

sociedades más atrasadas, lo que a su vez suscita una progresiva desintegración. Por ello, Durkheim argumenta que la división del trabajo, y en general la esfera de los intercambios económicos, no es capaz por sí misma de generar la solidaridad y la estabilidad social. Para que la solidaridad posea la necesaria solidez, se requiere del cemento de las «representaciones colectivas», que Durkheim define como «estados de conciencia colectiva» formados por una estructura de creencias y sentimientos de tipo religioso, moral, cognitivo y político. Sus cuatro características básicas son estas: a) Las representaciones colectivas «expresan la manera en que un grupo se concibe a sí mismo en relación con el medio que lo rodea»; b) Las mismas «tienen un origen social (en su construcción) y se refieren, a la vez, a fenómenos sociales: son, en este sentido, doblemente colectivas»; c) Constituyen una realidad «*sui generis*, diferente y con autonomía de las representaciones individuales»; d) Una vez formadas, las representaciones colectivas «son autónomas, poseen vida propia y dan origen a nuevas representaciones».³¹

Si bien Durkheim no incluye de modo explícito los mitos en su noción de representaciones colectivas, me parece obvio que son una manifestación de las mismas, con la peculiaridad, ya antes señalada, de que son parte del sustrato de la moral, la religión y del derecho en un sistema de dominación política dado, es decir, subyacen a otras representaciones colectivas más articuladas o institucionalizadas. El sistema conceptual de Durkheim, que comienza con un análisis de la morfología material de las sociedades, culmina enfatizando la

³¹ *Ibid.*, p. 62.

dimensión simbólica de la integración colectiva, hasta el punto de afirmar que «la existencia social está esencialmente construida de representaciones».³² Su sociología se levanta a partir de la hipótesis según la cual «la solidaridad es una costosa, inestable y reversible conquista de las sociedades, frente a la violencia y la anarquía esenciales».³³ Ante esas amenazas, las representaciones colectivas son una respuesta clave; de ellas, en definitiva, depende «la conservación de las sociedades».³⁴

A pesar de la clara superioridad de las tesis de Durkheim sobre versiones simplificadoras, que reducen el fenómeno de la cohesión social a causas exclusivamente materiales, su sociología presenta, sin embargo, un no subestimable vacío, referente al tema del miedo, la política y el Estado. Es claro que existe un paralelismo entre la antropología pesimista de Hobbes y la visión de Durkheim. Ambos autores perciben al ser humano como fundamentalmente egoísta y predominantemente preso de pasiones que le empujan a la autodestrucción. «Las pasiones humanas —escribe Durkheim— no se detienen sino ante una fuerza moral que respetan. En ausencia de toda autoridad de este tipo, es la ley del más fuerte la que reina, y, latente o agudo, el estado de guerra se hace necesariamente crónico [...] la meta misma de toda sociedad [...] es suprimir, o al menos moderar, la guerra entre los hombres».³⁵ Estas frases bien podrían provenir del *Leviatán*. Sin embargo, la similitud entre las perspectivas de Hobbes y Durkheim se detiene en una percepción común acerca de la naturaleza

³² Citado por Lukes, *ob. cit.*, p. 6.

³³ Tironi, *ob. cit.*, p. 59.

³⁴ Citado por Tironi, *ob. cit.*, p. 63.

³⁵ *Ibid.*, p. 54.

humana, ya que, «mientras el primero vuelve la vista a la política para buscar en ella un poder regulador capaz de contener las tendencias destructivas de los individuos, el segundo vuelve la vista a la sociabilidad en sí misma».³⁶

Dicho de otra manera, para Hobbes, el poder soberano —el Estado— es un instrumento indispensable de cohesión social, en su función de portador de la capacidad de sanción y, en consecuencia, administrador del miedo. La relevancia del Estado en la teoría hobbesiana ha llevado a autores como Luhmann a sostener que Hobbes reduce lo social a lo político.³⁷ Para Durkheim, en cambio, la cohesión de la sociedad se explica fundamentalmente a través de las representaciones colectivas, aunque Durkheim no dejaba de percatarse que el crecimiento del poder del Estado —la burocratización y tecnificación que Weber señaló como elementos primordiales de la modernidad política— aumentaba igualmente su dominio sobre los individuos e incrementaba la dependencia de estos últimos. De este proceso emergía una amenaza, pues la creciente autonomía del Estado, y su avance destructivo de las comunidades, asociaciones y organizaciones intermedias de la sociedad civil, dejaba paulatinamente inermes a los individuos frente a un poder centralizado y burocrático.³⁸

Durkheim acertó al conceder lugar clave en su sociología a las representaciones colectivas, es decir, a factores no materiales sino sicosociales, como ingrediente esencial del cemento que cohesiona las sociedades. Su limitada admisión del papel del miedo, encarnado en el

³⁶ *Ibid.*, p. 55.

³⁷ N. Luhmann, *The Differentiation of Society*. New York: Columbia University Press, 1982, p. 5.

³⁸ Tironi, *ob. cit.*, p. 71.

poder soberano de Hobbes, como elemento complementario y clave de esa «mezcla» integradora de lo social y creadora del orden, se desprende de una visión, presente también en el liberalismo clásico y el marxismo,³⁹ de acuerdo con la cual «la política es el asiento de un movimiento que no le pertenece. El orden social es el principio del dinamismo [...] y el juego político es su eco: este recibe, repercute, amplifica o contiene un juego de fuerzas que, por su naturaleza misma, se le escapa».⁴⁰ Según esta perspectiva, el poder cohesionador del Estado y de la política –territorio en el que se despliega el miedo– es un reflejo, una especie de armazón superimpuesta a estructuras básicas, de producción o mentales, que son las que realmente explican la cohesión social. De allí que la teoría marxista postule la eventual desaparición del Estado, una vez superada la división clasista de la sociedad, y que el liberalismo clásico minimice su papel y subestime su función como uno de los ejes de los sistemas de dominación política. La sociología de Durkheim no deja de atisbar la realidad del crecimiento del poder del Estado moderno, y no sucumbe a la utopía marxista de la desaparición del Estado en la sociedad sin clases; no obstante, en Durkheim –al contrario de Weber– el papel del Estado y de la política, es decir, del miedo hobbesiano, no recibe la necesaria relevancia.

A diferencia de Durkheim, la perspectiva acá desarrollada sobre la cohesión social concibe esta última como producto de dos factores, de importancia variable según las circunstancias, es decir, según la

³⁹ Véase A. Romero, *Aproximación a la política*, pp. 57-64, 80-94.

⁴⁰ B. Lacroix, *Durkheim et la Politique*. Paris: Presse de la Fondation Nationale de Sciences Politiques, 1982, p. 297.

naturaleza del sistema de dominación política en cada caso: el miedo y los mitos —mitos que incorporo dentro del concepto general de «representaciones colectivas»—. Por «sistema de dominación política» entiendo el conjunto de estructuras materiales y psicológicas (ideológicas), que incluyen al Estado (su burocracia y organismos de administración y gestión del miedo), así como los mitos hegemónicos predominantes en la sociedad en un momento dado. Si bien Durkheim enfatizó el papel de las representaciones colectivas como ingredientes del cemento de las sociedades, su sociología —a mi modo de ver— no incluye un tratamiento lo suficientemente satisfactorio del tema de la cohesión social, ya que no dilucida adecuadamente la función complementaria del miedo. Tampoco existe en Durkheim una concepción clara de la dominación política como pilar irremplazable de la cohesión social.

En síntesis, para Durkheim la cohesión social «no se deriva de la estructura material o de la morfología de la sociedad, ni resulta tampoco de la acción del Estado; la cohesión social es el fruto de las representaciones colectivas integradoras».⁴¹ En su sociología, el Estado no es un Leviatán soberano, sino «simplemente la institución que se dan algunas sociedades para representarse su unidad».⁴² Esta perspectiva sobre el Estado oscurece su verdadero papel como instrumento de cohesión, ya que, tanto a nivel teórico como en la práctica política concreta, es posible concebir al Estado, como uno de los ejes del sistema de dominación política, sobreviviendo, al menos por un tiempo, *exclusivamente con base en el miedo*, aun en medio de

⁴¹ Tironi, *ob. cit.*, p. 75.

⁴² *Ibid.*, p. 76.

la progresiva desintegración de los mitos y otras representaciones colectivas. Dicho en otros términos, la autonomía del Estado, que puede ser mayor o menor de acuerdo con las peculiaridades del sistema de dominación política en cada caso, implica que su acción cohesionadora puede sostenerse, a pesar de la decadencia de los otros factores o ingredientes –los mitos–, que componen el cemento social. Así, una sociedad que haya perdido sus mitos o en los que estos se encuentren en plena decadencia, es factible que continúe, sin embargo, sujeta a los mecanismos de control del sistema político a través de los efectos combinados del miedo, la apatía, la resignación, la desorganización de las normas y reglas de conducta y la erosión generalizada de las energías colectivas. ¿Podría sostenerse la cohesión de una sociedad moderna solo con base en sus mitos, sin la presencia del miedo hobbesiano y su encarnación en el Estado? No lo creo posible; no obstante, una adecuada consideración de este y otros puntos conexos exige una más detallada reflexión en torno al concepto de Estado y su papel como eje de los sistemas de dominación política.

4. Violencia, Estado y legitimación en la sociología de Max Weber

Weber, siguiendo los pasos de Hobbes, colocó la violencia en el centro de la política, insistiendo con particular énfasis en que la política tiene que ver primordialmente con la lucha por el poder.⁴³ En radical contraste con las tesis marxistas y algunas versiones del liberalismo, que pretenden suprimir el conflicto y la violencia y sustituirles por la «administración de las cosas» en una sociedad armónica, Weber

⁴³ Véase Sheldon Wolin, «Postmodern Politics...», p. 225.

acentuó en su sociología la relevancia, inevitabilidad, y hasta deseabilidad del conflicto, dentro de un marco de limitaciones.⁴⁴ Para Weber, todas las relaciones sociales son, en última instancia, relaciones de dominación, y aun las diferentes versiones de los sistemas políticos democráticos no suprimen la dominación, es decir, la determinación externa de unos individuos por voluntad de otros: «En su manifestación óptima, la democracia es capaz de crear condiciones en las que la iniciativa de los individuos se vea sujeta a las menores restricciones posibles»,⁴⁵ pero ello no elimina la realidad de la dominación, ni —cabe añadir— de la violencia implícita en la estructura estatal, en la que el miedo hobbesiano se patentiza como imperativo de obediencia y posibilidad de sanción.

En este orden de ideas, y paradójicamente, Weber sostuvo que el Estado no puede definirse en relación con sus presuntos fines, ya que no es posible demostrar históricamente que al Estado le corresponde una determinada función en particular. De allí que, según Weber, lo que distingue al Estado y constituye su naturaleza peculiar son los medios de que dispone y utiliza, el principal de los cuales es el uso de la fuerza física. En nuestros tiempos modernos, aseguro Weber, ese vínculo entre el Estado y la violencia se ha hecho singularmente íntimo, y del mismo se deriva su conocida definición: «El Estado es la comunidad humana que reclama para sí con éxito el monopolio del uso legítimo de la fuerza física dentro de un determinado territorio [...] es una relación de hombres que dominan a otros hombres,

⁴⁴ Véase Wolfgang J. Mommsen, *The Political and Social Theory of Max Weber*. Chicago: The University of Chicago Press, 1989, p. 23.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 32.

sostenida a través de medios de violencia legítima, es decir, vista como legítima». ⁴⁶

Lo que encuentro paradójico en esta definición es que, si bien Weber coloca el centro de gravedad de la misma sobre los medios – violentos– que monopoliza legítimamente el Estado, es evidente que la función de estos medios no es otra que la de asegurar la dominación a través precisamente de la amenaza –implícita o explícita– de sanción; en otras palabras, del miedo. De modo pues que, a diferencia de lo que suponía Weber, pareciera que el Estado también puede definirse históricamente en cuanto a su función esencial, y la misma se desprende de su posición privilegiada como uno de los ejes de los sistemas de dominación política, siendo el otro la estructura de mitos –representaciones colectivas en general– que en conjunto contribuyen a sostener la cohesión social.

La lucidez de Weber se pone especialmente de manifiesto en su análisis del concepto de legitimidad, y en el señalamiento de acuerdo con el cual lo importante es que esa legitimidad de la dominación sea percibida como tal. En otras palabras, no habla Weber de una legitimidad de la dominación en abstracto, como una especie de cualidad intrínseca al poder, sino de una legitimidad que existe en la medida en que sea aceptada como tal por dominados y dominadores (estos últimos, desde luego, pueden simplemente manipularla para su propio beneficio, aunque la solidez de los sistemas de dominación se acentúa si los que dominan creen de verdad en su derecho a hacerlo). Ahora bien, la legitimidad consiste fundamentalmente en la adhesión

⁴⁶ Max Weber, «Politics as a Vocation», en Hans Gerth & C. Wright Mills, eds., *From Max Weber: Essays in Sociology*. New York: Oxford University Press, 1946, p. 78.

voluntaria a la estructura de poder existente por parte de los que la obedecen, y Weber distinguió tres tipos:

a) Legitimidad carismática, que se fundamenta en la personalidad de un líder, y en la disposición de sus seguidores a aceptar sus ideales y sus órdenes.

b) Legitimidad tradicional, que puede ser descrita como el proceso mediante el cual la legitimidad carismática se hace rutinaria; su fundamento es la creencia de que lo que siempre ha existido es, por lo tanto, legítimo.

c) Legitimidad legal, propia de los sistemas liberal-democráticos actuales, basada en la creencia de que lo que es ejecutado de acuerdo con los procedimientos establecidos —constitucionales, por ejemplo— puede considerarse legítimo.⁴⁷

La noción de legitimidad, así como sus manifestaciones concretas en diversos casos, está estrechamente vinculada a los mitos de una sociedad. El mito del «Führer», «Duce» o líder máximo e infalible fue sustrato de la legitimidad carismática de Hitler y Mussolini; el mito del derecho divino a reinar —en las monarquías de antaño— sustentaba su legitimidad tradicional; y el mito del «poder del pueblo» subyace en la legitimidad de las democracias modernas. Para Weber —y su

⁴⁷ Mommsen, *ob. cit.*, pp. 47, 116.

concepción al respecto me resulta la más acertada y ajustada a la realidad—, la legitimidad de los sistemas de dominación política no es otra cosa que la racionalización —es decir, la aceptación voluntaria y justificatoria— de una violencia exitosa y materializada en un orden determinado. Dicho de otra manera, la legitimidad es la admisión voluntaria, por parte de los que son dominados, de un sistema de relaciones de mando y subordinación, establecido sobre el miedo y los mitos, y asegurado en última instancia por la amenaza de empleo, o uso directo, de los medios de fuerza física que monopoliza el Estado.

Sheldon Wolin ha argumentado, con sólidas razones, que las realidades de la violencia exitosa, transformada en violencia legítima, experimentan un proceso de ocultamiento en los sistemas de dominación política modernos, en particular en las democracias liberales, y a ello contribuye una ciencia política que esconde las realidades del poder bajo el velo de eufemismos sobre, para solo citar unos ejemplos, «teoría de los juegos», «el mercado económico», la «modernización», «*inputs*» y «*outputs*», y tantos otros términos que procuran «limpiar» y «sanear» el poder y despojarle de su naturaleza coercitiva y desigual.⁴⁸ Weber sostuvo que el inexorable proceso de racionalización y burocratización de la sociedad moderna, conducía a un paulatino «desencanto del mundo» por parte de los individuos, a la pérdida de los mitos y a la reducción de todos los valores y relaciones a cálculos de tipo instrumental.⁴⁹ No cabe duda de que ese rumbo de «desencanto del mundo», de confusión y anarquización de los valores, y de triunfo de la técnica, ha erosionado los contenidos legitimadores

⁴⁸ Wolin, «Postmodern...», p. 219.

⁴⁹ Max Weber, «Politics as a Vocation», p. 155.

de los sistemas de dominación política modernos, que en todas sus versiones requieren de la participación —o al menos aquiescencia— de las masas. No obstante, lejos de perder su importancia, la de los mitos como fuente de legitimación aumenta, en circunstancias de creciente vacío e incredulidad de las mayorías. Las democracias occidentales sostienen un mito ritualizado en elecciones periódicas, «que son menos un ejercicio en virtud cívica que en altas finanzas»;⁵⁰ el fin del mito comunista ha dejado amplias zonas del mundo en un limbo político, y en otras partes presenciamos el renacer de poderes carismáticos, restauradores de mitos plenos de simbolismo y cargados de emoción. ¿Qué papel sigue jugando el miedo, y cómo se patentiza en los sistemas de dominación política? ¿Hasta dónde puede sostenerse el miedo sin los mitos?

Estas interrogantes me conducen a retomar el tema del Estado. Dentro del esquema acá desarrollado, el Estado ocupa una posición clave, aunque no exclusiva, como uno de los ejes de los sistemas de dominación política. El otro eje, como ya he anotado en varias oportunidades, está conformado por la estructura de mitos —y otras representaciones colectivas—, que complementan el miedo en la cimentación de la cohesión social. No se trata —repito— de sostener que el Estado no es otra cosa que la materialización del miedo hobbesiano, aunque ciertamente esta es una de sus dimensiones fundamentales. Tampoco, cabe insistir en ello, estoy argumentando que la posibilidad de sanción sea la única fuente del miedo cohesionador de las sociedades, ya que existe otro estímulo del

⁵⁰ Wolin, «Postmodern Politics», p. 226.

mismo: el miedo a la anarquía social. El precario equilibrio entre el miedo al poder y el miedo a la anarquía es factor decisivo en la estabilidad o ruptura de los sistemas de dominación política. Lo que procuro hacer acá es poner de manifiesto la médula espinal que hace posible que el cuerpo social permanezca unido y no se desintegre; y esa médula espinal está compuesta de miedo y mitos.

Como vimos previamente, Weber considera el Estado como una relación de hombres que dominan a otros hombres. Esa dominación organizada, «que exige una administración continua, requiere también que la conducta humana esté condicionada a la obediencia hacia aquellos que reclaman para sí el mando legítimo. Por otra parte, y en virtud de asegurar esa obediencia, la dominación organizada necesita el control de los instrumentos de violencia física».⁵¹ Tenemos entonces que, de acuerdo con Weber, y en primer término, el concepto de Estado abarca más que el de simple «gobierno», y comprende no solamente las estructuras permanentes y continuas de tipo administrativo, legal, burocrático, coercitivo y represivo que intentan no solamente conformar las relaciones entre la sociedad civil y la autoridad pública, sino también muchas relaciones cruciales en el propio seno de la sociedad.⁵² En segundo lugar, el Estado es un mecanismo de dominación y control; en el mismo se patentiza el miedo hobbesiano como posibilidad de sanción; es a la vez creador y sustentador de reglas, y es capaz de utilizar para su sostenimiento y el de la cohesión social la estructura de mitos y otras representaciones

⁵¹ Weber, «Politics as a Vocation», pp. 78, 80.

⁵² Véase Alfred Stepan, *The State and Society: Peru in Comparative Perspective*. Princeton: Princeton University Press, 1978, p. 12.

colectivas existentes en la sociedad. No obstante, esa estructura de mitos preserva, aun bajo regímenes autoritarios y totalitarios, una existencia al menos parcialmente autónoma. De allí que, en determinadas circunstancias, la decadencia y el ocaso de los mitos de una sociedad pueden tener lugar sin que el Estado se derrumbe, al menos a corto plazo —como ocurrió a los regímenes comunistas en la URSS y Europa oriental—, aunque también puede ocurrir un proceso paralelo, mediante el cual tanto la estructura de mitos como los mecanismos del miedo se derrumban, decretando el fin del vigente sistema de dominación política. En tercer lugar, el Estado no es monolítico, y siempre está integrado por diversos elementos —poder ejecutivo, burocracia administrativa, legislatura, poder judicial, fuerzas militares y policiales, etc. —. Stepan señala que «La medida en que una élite estratégica de hecho controla los diversos componentes del aparato del Estado varía de acuerdo con el caso. Aun cuando en teoría esas partes componentes del Estado se funden en el poder ejecutivo, el control efectivo del aparato puede variar, dependiendo del grado de unidad o desunión de la élite estratégica».⁵³ Esta es una observación importante, como se evidenciará cuando toque estudiar casos que más adelante abordaremos. Sin embargo, creo más adecuado hablar de «élites», en plural, que de una sola «élite estratégica», ya que en las sociedades modernas son los pactos entre élites los que conforman el entramado de poder en los sistemas de dominación política.

⁵³ *Ibid.*, p. XIII.

Weber enfatiza, finalmente, el elemento de aquiescencia, es decir, de legitimidad situada más allá del miedo, que complementa el condicionamiento a la obediencia en los sistemas de dominación política. Como lo formula Stepan, la cuestión de la legitimidad «suscita la pregunta acerca de cuáles son en cada caso los fundamentos de la exigencia de obediencia por parte del Estado, e igualmente de si tal exigencia es exitosa y cuáles son sus costos».⁵⁴ Son tres los posibles marcos de relación Estado-sociedad que pueden surgir del intento, por parte de élites estratégicas, de instalar un nuevo sistema de dominación: a) Instalación hegemónica, es decir, decisiva y completa –con base en el miedo y los mitos– de las pretensiones de control de las élites; b) Instalación parcial, exclusivamente con base en el miedo –uso de la coerción–, a través del poder aplastante de la fuerza física; c) Fracaso de la instalación del poder de las élites ante la resistencia de la sociedad.⁵⁵ Para los propósitos de este estudio, interesa observar el impacto de la disolución social sobre sistemas de dominación instalados, bajo las dos modalidades inicialmente indicadas. Así como la cohesión social tiene sus raíces en el miedo y los mitos, la disolución social proviene de la decadencia de los mitos y la ruptura de la barrera del miedo.

¿Cómo se manifiesta, en síntesis, la cohesión social? Los siguientes rasgos, señalados por Tironi, son esenciales: a) La existencia de una regularidad o «ritmo» de la vida social; b) La presencia de un sistema de autoridad jerárquico, sustentado en normas, reglas e instituciones; c) Un orden constante de relaciones en

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ *Ibid.*

la sociedad, capaz de superar las tendencias fragmentarias y faccionales de sus componentes individuales y colectivos; y d) La existencia, en los individuos, de un sentimiento de pertenencia al todo social, a la Nación, lo cual se traduce en: 1) una sensación de familiaridad; 2) un «apego a la tierra»;⁵⁶ 3) la sensación de que existen fronteras geográficas y sociales coincidentes; 4) una idea de comunidad, de formar parte de una totalidad, de una «estirpe común en forma de mito»;⁵⁷ 5) una «limitación precisa de quienes pueden hablar de nosotros», y 6) «una situación de paz civil».⁵⁸ Como puede apreciarse, estos rasgos fundamentales de la cohesión social se sustentan en el miedo hobbesiano y los mitos colectivos. Se trata de una situación opuesta al desorden, definido por Elster como la ausencia de predecibilidad y de cooperación,⁵⁹ y por Hobbes como el «estado de naturaleza», en el cual la vida es «solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta».

5. Dinámica de la disolución social: de la efervescencia a la decadencia

He argumentado hasta ahora que el cemento que hace posible la cohesión de las sociedades es producto de la mezcla del miedo y los mitos. Si esta apreciación es válida, el deterioro y eventualmente el quiebre de esa cohesión emergen de procesos que erosionan el miedo y los mitos vigentes en las sociedades. ¿Cuáles son estos procesos, cuál es su dinámica y cuáles sus interrelaciones?

⁵⁶ Este término es empleado por Marcel Mauss; véase Tironi, *ob. cit.*, p. 75.

⁵⁷ Véase *ibid.*

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 74-75.

⁵⁹ John Elster, *The Cement of Society. A Study of Social Order*. Cambridge: Cambridge University Press, 1989, p. 1.

Según Durkheim, las sociedades están compuestas de tres niveles fundamentales: La estructura material de producción; el nivel de las instituciones —entre ellas las instituciones que integran el Estado—, donde se condensa el conjunto de normas que regulan a los individuos y actores sociales; y finalmente, el nivel de las representaciones colectivas, es decir, los valores e ideales —y los mitos— que dan unidad al cuerpo social. Dentro de este esquema, «Las crisis provienen de la no correspondencia de uno de estos niveles con los otros, desajuste que generalmente surge de la evolución autónoma que adoptan las representaciones colectivas».⁶⁰ El acierto de Durkheim se encuentra en su comprensión de la autonomía relativa de los procesos político-ideológicos, y su rechazo a las tesis mecanicistas que postulan una vinculación automática entre las crisis económicas y las crisis políticas. Su limitación principal, por otra parte, proviene de un análisis inadecuado del papel del Estado.

La enorme influencia del marxismo se percibe en las tesis, muy corrientes aún en nuestros días, de acuerdo con las cuales las crisis que afectan la base material de la sociedad se traducen de manera automática en procesos de inestabilidad política. Estas teorías postulan que los órdenes sociales, lo que en este estudio he denominado «sistemas de dominación política», se derrumban como resultado del descontento generado por cambios radicales en los mecanismos de producción e intercambio material. Ello genera brechas entre expectativas y realidades, que a su vez producen frustración y alimentan las llamas de la protesta y la revuelta.⁶¹ Estas tesis

⁶⁰ Tironi, *ob. cit.*, pp. 77-78.

⁶¹ Véase Timur Kuran, *Private Truths, Public Lies*, p. 253.

simplifican de manera inaceptable la compleja realidad social, al atribuir una causalidad unidireccional a procesos que, de hecho, se interrelacionan en términos multidireccionales, con la intervención de variables que preservan autonomía relativa. Sin duda, la descomposición de la base material de una sociedad puede tener importantes efectos políticos y culturales; no obstante, ese proceso no garantiza de por sí que se genere una crisis política. Más aún, como intentaré mostrar más adelante al discutir los casos de Irán, Venezuela, la antigua Unión Soviética, y en particular Chile, en ciertas circunstancias las crisis económicas tienen relevancia precisamente porque contribuyen a agravar las crisis políticas que en primer lugar las causaron. Es decir, la evolución de la esfera política es capaz de generar las crisis económicas,⁶² así como la descomposición de la base material de las sociedades puede contribuir a fragmentar su cohesión. Aquí es indispensable subrayar «puede contribuir», pues considero que el destino de los sistemas de dominación política siempre se decide a nivel del Estado y las representaciones colectivas; en otras palabras, en el terreno del miedo y los mitos, y no en el de su base material.

La autonomía relativa de los diversos componentes del cuerpo social, así como su interrelación compleja y multidireccional, hace posible que las crisis económicas, aun las mas agudas, puedan ser controladas a su nivel, sin afectar de manera decisiva la estabilidad política. De modo similar, si bien la vulnerabilidad de un sistema de dominación política se acrecienta significativamente cuando decaen y perecen sus mitos, su existencia puede, sin embargo, prolongarse en

⁶² Véase Yousef Cohen, «Democracy from Above: The Political Origins of Military Dictatorship in Brazil», *World Politics*, 40, 1, 1987-1988, pp. 30-54.

la medida en que se sostenga el Estado —es decir, en que se preserve el miedo hobbesiano—. La dificultad teórica del esquema de Durkheim se encuentra en la ausencia de una adecuada profundización del factor miedo y, en consecuencia, de un análisis satisfactorio del papel del Estado. A pesar de esta aseveración, no quisiera ser injusto con un analista de la talla de Durkheim, y aclarar que mis críticas tienen que ver con una cuestión de énfasis —más que con una carencia sustantiva— en su teoría social, en relación con la dimensión política de los procesos de integración y disolución colectivas.

Cabe precisar que, para Durkheim, la disolución social corresponde a una situación «de involución o estancamiento en gran escala que sobreviene en una sociedad cuando se produce un desajuste entre sus dimensiones estructurales, sus instituciones y sus representaciones colectivas, como efecto de la transformación acelerada de estas últimas».⁶³ Las sociedades, apunta Durkheim, atraviesan por períodos calientes o de «efervescencia creadora»,⁶⁴ durante los cuales las relaciones sociales se intensifican y los cambios de toda índole se aceleran sin descanso. Estos son, sin embargo, períodos de excepción, que al prolongarse demasiado generan creciente turbulencia, y eventualmente desajustes críticos entre los distintos niveles que componen el cuerpo social: su base material, su estructura institucional y sus representaciones colectivas. En palabras de Tironi:

⁶³ Tironi, *ob. cit.*, p. 100.

⁶⁴ Emile Durkheim, *Sociology and Philosophy*. New York: The Free Press, 1974, pp. 90-95.

La desintegración social sobreviene especialmente después de que una sociedad ha experimentado grandes cambios de signo modernizador: v.gr. procesos rápidos y forzados de racionalización, corrientes aceleradas de urbanización, expansión económica prolongada, ampliación de la participación social y política, etc.; y por un largo período lo que predomina es una tendencia involutiva en gran escala, sin que se perciban los procesos evolutivos que podrían refundar un orden colectivo de reemplazo a aquel que muere con la crisis.⁶⁵

El proceso de disolución social se pone de manifiesto, con intensidad variable, en los diversos niveles que componen el cuerpo social; a medida que la dinámica de la decadencia se extiende, se desemboca en una situación de «anomia aguda o total que debilita al extremo el orden colectivo».⁶⁶ La noción de «anomia» ocupa un lugar clave en la sociología durkheniana, y es de importancia también para los propósitos analíticos de este estudio. De allí que sea imperativo distinguir entre dos usos del concepto. Por un lado, la noción de anomia «aguda» o «total» se refiere a la incapacidad *de la sociedad* para proveer normas y mitos que regulen el comportamiento de los individuos y les vinculen valorativamente con el orden de cosas existente. Por otro lado, el concepto de anomia «simple» o «crónica», que Durkheim utiliza primordialmente en su obra sobre el suicidio, tiene que ver con la incapacidad del individuo para limitar sus deseos y ajustarlos a las condiciones sociales vigentes.⁶⁷ Me ocupo acá del primer sentido del concepto, referido a una situación patológica del

⁶⁵ Tironi, *ob. cit.*, p. 15.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 16.

⁶⁷ *Ibid.*

sistema normativo y de los referentes simbólicos de la sociedad, que fragmenta su «cemento». Dicho en otros términos, la anomia aguda no se refiere a la desadaptación del individuo a un marco social dado, sino a la desintegración de los mitos y demás representaciones colectivas que sostienen la solidaridad social.

Hemos visto que Durkheim visualiza el proceso de disolución social desde una perspectiva cíclica, que descubre en las sociedades períodos recurrentes de «efervescencia», rutinización, y luego decadencia, proceso este último que abre paso a un nuevo orden que emerge después de la ruptura. Los rasgos de la decadencia o disolución social son lo opuesto a los de la cohesión: en vez de desenvolverse bajo un patrón de regularidad, la sociedad se sumerge en una perenne «arritmia», caracterizada por la incertidumbre y el sobresalto. En lugar de estar sujeta a un sistema definido de autoridad y disciplina, la sociedad encuentra que las jerarquías se debilitan. En vez de un orden normativo claramente determinado, que posibilita una conducta de los actores sociales ajustada a reglas definidas, la sociedad pierde sus marcos de referencia. En vez de un sentimiento de pertenencia y una sensación de apego al conjunto, predomina un alejamiento de los individuos entre sí, un progresivo abandono de la esfera pública y una creciente reclusión en la esfera privada de cada cual. En lugar, en fin, de una situación de paz civil, aumentan la violencia y el miedo, tanto el miedo a la sanción como, en particular, el miedo a la anarquía, a la ruptura del pacto social primigenio, a la vuelta al «estado de naturaleza».

Esta situación presenta dos paradojas: Por un lado, el proceso de disolución social no necesariamente conduce a un mayor activismo por parte de los actores sociales, en busca de opciones renovadoras y de salidas a la crisis; más bien, por el contrario, la decadencia de los mitos y la intensificación del miedo hobbesiano generan una actitud de apatía y de conformismo individualista, solo ocasionalmente rota por breves y agudas movilizaciones de masas. En otras palabras, la anomia marcha paralelamente a la resignación. Por otro lado, sin embargo, los individuos que refugiados en sí mismos, temporalmente abandonan el espacio público, aspiran a recuperar una identidad y un compromiso, la seguridad de nuevos mitos capaces de recomponer el orden:

... [el individuo] busca en la muchedumbre una identidad colectiva y la oportunidad de volverse visible, de salir del anonimato y de la mediocridad de la vida cotidiana, de romper su aislamiento, de experimentar un sentimiento de solidaridad y de sentir que su vida tiene un sentido socialmente reconocido. Esto mismo hace que en los períodos de desorganización social los individuos se vuelvan particularmente vulnerables a la seducción de un líder de masas carismático [...] y a la influencia de ideologías autoritarias.⁶⁸

Tironi sostiene que la disolución social —que este autor, siguiendo a Durkheim, percibe como un fenómeno que afecta fundamentalmente las representaciones colectivas—, tiende a reforzar, en lugar de erosionar, el poder del Estado. Ello, argumenta Tironi, se debe a que

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 17-18.

en las condiciones de desintegración «el Estado se ve libre para manipular a la población, pues no hay un poder social que lo limite, controle, o amenace. Todavía más: la lógica de la acción estatal estará dirigida a ganar mayor peso y autonomía, profundizando la atomización y segmentación de la sociedad [...] Desintegración social y Estado autoritario son fenómenos que se alimentan recíprocamente».⁶⁹ De tal modo que, según esta visión de las cosas, en un proceso de disolución social «la iniciativa de la sociedad está en manos de las élites, especialmente en las de aquellas que controlan el Estado»;⁷⁰ y si esas élites tienen un claro proyecto modernizador, ellas mismas se encargarán de crear las condiciones para el surgimiento de un nuevo orden.

La perspectiva hasta ahora expuesta acerca del proceso de disolución social, articulada por Durkheim y Tironi, presenta fallas importantes. En primer término, la idea de la historia como un ciclo recurrente de «efervescencia» y decadencia, con intermedios de rutinización y ritualización de la creatividad inicial, es una idea filosóficamente discutible, que además es refutada por la historia de numerosas sociedades que simplemente han perecido, al no ser capaces de recuperarse luego de experimentar la decadencia. El señalamiento según el cual, en segundo lugar, los procesos de aguda transformación modernizadora pueden en ocasiones resultar traumáticos, me parece válido, siempre que no se le postule como un dogma. Es cierto que —como veremos al analizar los casos de Irán y Venezuela— el impacto de un choque modernizador es capaz de

⁶⁹ *Ibid.*, p. 18.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 19.

suscitar una intensa «efervescencia», cuyos mitos, carentes de sólido asidero, pronto se fragmentan y abren paso a una etapa de decadencia. No obstante, no ocurre siempre así, y la modernización puede ser administrada por las élites que controlan el sistema de dominación política de manera tal que sus cimientos soporten el peso de los cambios.

A las dificultades señaladas con las tesis expuestas se suman otras, relativas al tema del Estado. Un proceso de disolución social, para ser identificado como tal, tiene que afectar de modo negativo y agudo el «cemento» de las sociedades, compuesto de miedo y mitos. Lo más común es que sea la estructura de mitos la que primero experimente un rumbo de erosión, desencanto y decadencia, y que las barreras de miedo prolonguen su vigencia por mayor tiempo. No son estas últimas, sin embargo, invulnerables, y los procesos de disolución social, una vez que destruyen o deterioran gravemente los mitos, pueden o no romper también las barreras del miedo, poniendo en cuestión la permanencia del sistema de dominación política vigente y abriendo la opción concreta de su sustitución. La disolución social no necesariamente refuerza el poder del Estado; al contrario, el fenómeno más frecuente es que la erosión de los mitos conduzca igualmente a la paulatina –y a veces rápida– fragmentación de las barreras del miedo y, en consecuencia, a la creciente vulnerabilidad y eventual destrucción del Estado –y al reemplazo de unas élites dominantes por otras—. No obstante, en teoría es posible que sociedades que experimentan severos procesos de disolución social desemboquen en la renovación de las élites existentes y su

recuperación en nuevas condiciones —habiéndose manipulado para su propio beneficio los cambios—, o bien a la claudicación y abandono de su poder, sin el uso de la violencia, abrumadas por el peso agobiante del fin de los mitos que les legitimaban. Este segundo caso tuvo lugar en la URSS; en cuanto al primero —el de la posibilidad de «renovación» de las élites, en medio de la desintegración de los mitos por ellas promovidos—, está aún por verse qué acontecerá en Venezuela en los próximos tiempos.

Lo que me parece clave es destacar la distinción, en la dinámica de la disolución social, entre su impacto sobre la estructura de mitos y sus efectos sobre las barreras del miedo. Varios precarios equilibrios se ponen en juego en tales situaciones: De un lado, el equilibrio entre el desencanto frente a los mitos por un tiempo vigentes, que ofrecían un ancla de identidad y compromiso, pero que ahora fallecen, y la renuencia a abrazar otros que se forman, pero no acaban de nacer. De otro lado, el equilibrio entre el desencanto y la frustración de los individuos —que les impulsan a romper las barreras del miedo—, y el miedo a la sanción y la anarquía —que les lleva a preservar su vinculación con el Estado ante la amenaza de males mayores—. Cuando los viejos mitos son derrotados, y vencen los nuevos, a menos que se produzca un proceso paralelo de superación de las barreras del miedo, o claudiquen las élites del poder, el sistema de dominación política vigente experimenta un serio debilitamiento, pero no necesariamente se condena a muerte. Si los viejos mitos mueren, pero el miedo y la resignación subsisten, el sistema de dominación puede prolongar su existencia, aun en condiciones severamente

disminuidas. Ello ocurrió por años en la URSS, hasta que, al final, decisiones de las propias élites, contagiadas por la asfixia de sus mitos, arrojaron el comunismo al basurero de la historia. Un proceso en ciertos aspectos semejante, pero desde luego con las sustanciales variaciones del caso, podría estar teniendo lugar también en Venezuela.

En este sentido, es oportuno recalcar el hallazgo, enfatizado a su vez por Tironi, que indica que la anomia, y sus efectos de frustración y desencanto, no lleva de modo necesario a reacciones de violencia colectiva, lo cual contradice las tesis que postulan una correlación automática entre frustración y agresión. Más bien, la inestabilidad y la frustración prolongadas pueden generar una marcada propensión a la resignación, ya que «la violencia implica la existencia de grupos sociales dotados de una fuerte identidad, de organización y recursos propios, lo que no es posible [...] en condiciones de disolución social».⁷¹ De nuevo, esta observación debe ser matizada, pues —como lo apunta el propio Tironi— esa pasividad es capaz de ser conmovida por súbitos y tumultuosos estallidos de violencia colectiva, que estremecen las bases de los sistemas de dominación y no pocas veces anuncian su fin.

No es, entonces, la pasividad colectiva un síntoma inequívoco de aceptación de un determinado orden político. Por el contrario, puede esa resignación no ser otra cosa que la manifestación de una aguda anomia, de la ausencia de reglas, normas y referentes sociales, ausencia que a su vez se traduce en quietismo, capaz en ocasiones de

⁷¹ *Ibid.*, p. 18.

transmutarse en impredecibles estallidos de violencia. La correcta lectura de esta crucial diferencia entre pasividad, por un lado, y aceptación de un sistema de dominación política, por otro lado, es uno de los más exigentes desafíos del análisis social, así como también lo es la adecuada apreciación del papel del conflicto. El conflicto es un componente esencial y normal de la vida social, y puede cumplir, dentro de ciertos límites –como ocurre, por ejemplo, en las democracias liberales avanzadas– una función creadora y renovadora. Ahora bien, en condiciones de disolución social, el conflicto puede convertirse en una mera fuerza corrosiva, y eventualmente abrir posibilidades al cambio. En qué momento, y por qué, los conflictos dejan de ser fenómenos normales dentro de la dinámica propia de un sistema de dominación dado, y pasan a convertirse en manifestaciones de su decadencia, es una de las interrogantes que plantea el estudio de la cohesión social y la estabilidad de los sistemas de dominación política. Mi respuesta, a ser discutida posteriormente, es que los conflictos adquieren carácter destructivo del orden establecido cuando se traducen en lucha hegemónica por el poder.

En síntesis, la disolución social es un proceso de erosión, clara e inequívoca, de los elementos básicos que componen el cemento de las sociedades: el miedo y los mitos. Se trata de un proceso de desajuste y aguda incertidumbre que invaden el cuerpo social, una vez que su cemento empieza a fragmentarse. Los orígenes, naturaleza específica, duración e impacto de este proceso varían, en ocasiones notablemente, de acuerdo con las circunstancias y peculiaridades de diversas sociedades y sistemas de dominación política, totalitarios,

autoritarios o democráticos; no obstante, se trata de un proceso que siempre presenta rasgos comunes, referidos a la decadencia de los mitos y sus efectos sobre las barreras del miedo hobbesiano.

El fin de los mitos puede ser el preludeo o el acompañante de la superación del miedo. Una vez que se alcanza el nivel en que el miedo a la sanción y a la anarquía son derrotados por la fuerza de nuevos mitos, puede plantearse —como ocurrió en Irán— una situación de lucha por la hegemonía, que es el momento decisivo de la confrontación por el poder. El fin de los mitos de una sociedad, sin embargo, no genera inevitablemente el nacimiento de otros mitos, ni coloca necesariamente al sistema de dominación dado ante el precipicio. Este último es capaz, en ciertos casos, de prolongar su existencia, en la medida en que el enfrentamiento hegemónico en el plano político-estatal no se concrete —como está ocurriendo actualmente en Venezuela—. El fin de los mitos puede dejar el espacio plenamente libre para la acentuación del miedo hobbesiano —como ocurrió en Chile entre 1970 y 1973—, o puede contagiar de tal modo a las élites que controlan los sistemas de dominación, que no sean ya capaces de sostener su control, y claudiquen de su poder —como aconteció en la URSS—. Cuando la decadencia de los mitos se conjuga con la lucha por la hegemonía política se concreta el momento de mayor peligro para el orden existente.

6. Lucha hegemónica y decisión del poder en los sistemas de dominación política

Los sistemas de dominación política no se sostienen tan solo a través del uso explícito y la amenaza implícita de la fuerza. Al contrario, los casos en que la fuerza por sí sola apuntala el orden son más bien excepcionales, y aun los sistemas de dominación autoritarios y totalitarios requieren de una base de consenso para sostenerse más allá del corto y mediano plazo. Al respecto, es innegable, por ejemplo, que el comunismo fue por años un poderoso mito político, que contribuyó decisivamente a dar solidez a los sistemas de dominación establecidos en su nombre. Los mitos sin el miedo son vulnerables, pero el miedo sin los mitos es vacío.

Un sistema de dominación política descansa entonces sobre dos pilares fundamentales, que cumplen el papel de apuntalar y legitimar relaciones desiguales de poder. El cuerpo social toma forma como una estructura psicológica en torno a un tejido institucional, que es el Estado. Esa estructura psicológica de representaciones colectivas —los mitos, el derecho, la moral, la religión— está presente y ejerce una función tanto a nivel de lo que Antonio Gramsci denominaba la «sociedad civil», como en el plano de la «sociedad política», es decir, el gobierno, sus órganos de defensa y represión, su sistema de sanciones y arbitrio de disputas (jueces y cortes), todos los cuales ejecutan lo que Gramsci llamaba «dominio directo».⁷² En este estudio he identificado la «sociedad política» gramsciana con el concepto de Estado, o, siguiendo a Hobbes, con el de «poder soberano». Por otra parte, la «sociedad civil», en el sentido gramsciano del término, está integrada por todas aquellas organizaciones, tales como escuelas,

⁷² Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*. London: Lawrence & Wishart, 1973, pp. 229-239.

universidades, clubes, asociaciones civiles, medios de comunicación independientes, partidos políticos e iglesias, que constituyen el cuerpo social propiamente dicho.

La distinción gramsciana entre «sociedad civil» y «sociedad política» tiene su origen en su esfuerzo por romper con los dogmas de un marxismo rígido y mecanicista, según el cual la estructura de producción material de la sociedad de clases traduce y sostiene sus divisiones económicas en el terreno político mediante el ejercicio de la fuerza en manos de un Estado que no es otra cosa que «dictadura» de la burguesía dominante. Frente a este esquema, Gramsci reivindicó la importancia de los factores ideológicos y simbólicos, de lo que aquí he definido como los mitos y representaciones colectivas que permean la sociedad. De igual modo, argumentó que la «clase dominante» —en los términos de este estudio, las élites de poder— ejerce su control tanto a nivel de la estructura económica —mediante la división entre patronos y trabajadores—, como en el plano de la «superestructura» ideológica, dentro del cual Gramsci distinguió dos «pisos»: el de la sociedad civil, que es aquel donde la burguesía ejerce su dominio a través del consenso —es decir, del poder de las ideas—, y el de la sociedad política, donde se pone de manifiesto el dominio directo de los grupos hegemónicos mediante el uso o la amenaza de la fuerza.

Según Gramsci, en la medida en que la clase dominante fuese incapaz de penetrar la sociedad civil con sus ideas —es decir, con sus mitos—, y apuntalar en el consenso su dominio, se vería obligada a recurrir crecientemente al empleo de la fuerza, al uso descarnado del aparato coercitivo y, por lo tanto, del miedo, como única opción

restante capaz de asegurar su sobrevivencia en el poder. Para Gramsci, en consecuencia, la noción de hegemonía se define como dominio político basado en el consenso de los dominados.⁷³ A diferencia de las sociedades en las que el dominio es «hegemónico», las que Gramsci denomina como «económico-corporativas» se caracterizan por la fragilidad o ausencia del consenso y el predominio de la fuerza. En estas sociedades no existen mitos ampliamente aceptados, que armonicen con las realidades sociales y económicas; en ellas, la política se convierte en la expresión directa y descarnada del ejercicio del poder en la esfera económica.⁷⁴

A pesar de su distanciamiento con respecto a ciertas visiones más crudas y primitivas del marxismo, el pensamiento de Gramsci siguió moviéndose dentro de las coordenadas ideológicas de su compromiso revolucionario. Si bien Gramsci distinguió entre hegemonía y dictadura, justificó la Revolución Rusa argumentando que, en ocasiones, la dictadura es la única forma de imponer la hegemonía. De hecho, para Gramsci, el dominio económico de la burguesía, es decir — en sus términos— dominio por consenso y no a través del uso directo de la fuerza o su amenaza, no dejaba de ser condenable y de sustentarse en una relación desigual de poder de una clase sobre otra. Su mayor aporte teórico en el propio campo del marxismo y de la teoría política en general, consistió en enfocar —con la necesaria intensidad— el hecho de que los sistemas de dominación política descansan sobre dos pilares, y destacar que la fuerza sin los mitos es intrínsecamente frágil.

⁷³ Thomas R. Bates, «Gramsci and the Theory of Hegemony», *Journal of the History of Ideas*, 36, April-June 1975, p. 352.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 355.

Con este paso teórico, Gramsci contribuyó igualmente a cuestionar las tesis mecanicistas que postulan una relación automática entre crisis económicas y crisis políticas, y a restaurar la autonomía relativa de los diversos componentes de la compleja realidad social, a saber, el cuerpo social propiamente dicho o «sociedad civil» —y su base material—, la estructura psicológica de mitos y representaciones colectivas, y el tejido institucional del Estado. Las relaciones entre estos factores y el proceso causal que les vincula son multidireccionales, y la dinámica de la disolución social puede ponerse de manifiesto en varios terrenos simultáneamente. No obstante, la decisión final sobre quién y cómo detenta el poder hegemónico siempre tiene lugar y se expresa en la esfera de los mitos y el miedo, con este último jugando el papel de garantía final del dominio político.

Hasta ahora, los planteamientos que he venido desarrollando muestran dos ejes principales de coincidencia con el pensamiento gramsciano, que considero útil recapitular: en primer lugar, me he esforzado por conceder toda su debida relevancia a la función de las ideas, de los mitos y representaciones colectivas en la vida de las sociedades y en la preservación de los sistemas de dominación política. En las certeras palabras de Bates,

Un orden social, no importa cuán explotador este sea, no puede entenderse sencillamente como una conspiración de gobernantes malvados y corruptos. Individuos que son capaces de lograr que una sociedad funcione, que millones de otras personas les obedezcan sin que sea necesario el perenne uso del látigo, son competentes en su oficio de mandar. Los

débiles pueden ser benditos, pero no por ello heredarán la tierra. Si los condenados de la tierra siempre han estado del lado equivocado del látigo, ello se debe a que otros han sabido cuál era el mejor lado.⁷⁵

En segundo lugar, he insistido en que la compleja armazón de las sociedades modernas hace posible una significativa, aunque siempre relativa, autonomía de los distintos factores que las componen y que en ellas interactúan. Gramsci comparó la organización cultural – ideológica– y política –estatal– de estas sociedades con un sistema de «trincheras», que aunque sometido a los más severos ataques –por ejemplo, graves crisis económicas– son todavía capaces de oponer una férrea resistencia.⁷⁶ Esta convicción gramsciana acerca de la fortaleza relativa de las estructuras psicológicas y políticas, que muchas veces contrasta con la vulnerabilidad de otros componentes de la existencia colectiva, constituyó la base de sus críticas a otros autores marxistas, como Rosa Luxemburgo, quien sostenía que la crisis económica era un catalizador necesario y suficiente para el éxito de una insurgencia revolucionaria. Gramsci calificó esta tesis como «determinismo economicista» y «misticismo histórico».⁷⁷

He querido enfatizar algunos de los aportes gramscianos, y mi acuerdo general con ellos, para también precisar las diferencias de enfoque que separan planteamientos hechos acá de lo sostenido por el notable pensador italiano, en relación con la naturaleza de los sistemas de dominación política y las razones que explican su fortaleza

⁷⁵ *Ibid.*, p. 365.

⁷⁶ Gramsci, *ob. cit.*, pp. 229-238.

⁷⁷ Citado por Bates, *ob. cit.*, p. 363.

y debilidad. En tal sentido considero, en primer lugar, que existe una dificultad con el uso que Gramsci da al concepto clave de «hegemonía»: él contrasta la hegemonía con la dictadura pura y simple, viendo en esta última un ejercicio descarnado del poder a través de la fuerza, en tanto que el ejercicio «hegemónico» del dominio se basa en el consenso, es decir —en sus propias palabras—, «haciendo aparecer que la fuerza está basada en el consenso de la mayoría».⁷⁸ La dificultad que percibo se encuentra, de un lado, en que pareciera que Gramsci atribuye un papel a las ideas y los mitos solamente a nivel de la denominada «sociedad civil», en tanto que concibe al Estado o «sociedad política» como un territorio abandonado por la ideología y las representaciones colectivas. De otro lado, y en buena medida a consecuencia de lo anterior, cuando Gramsci define la hegemonía como dominio por consenso, elimina al mismo tiempo el miedo del plano de la sociedad civil y lo concentra exclusivamente en el Estado. En realidad, no obstante, el dominio hegemónico se patentiza tanto a través de los mitos como del miedo, y estos dos componentes del cemento social se ponen de manifiesto en ambas esferas: la esfera política —el Estado—, y la de la sociedad civil.

Para Gramsci, por otra parte, es una clase social la que ejerce el dominio político, bien sea a través del uso directo o de la amenaza del uso de la fuerza, o a través de la «hegemonía» o dominio por consenso. A mi modo de ver, el concepto de «clase social» es insuficiente para explicar la compleja interacción de élites que normalmente, en las sociedades modernas, pactan y/o comparten el ejercicio del dominio

⁷⁸ *Ibid.*

político. Finalmente, si bien Gramsci establece que el fin de la hegemonía en la sociedad civil —es decir, desde su perspectiva, el fin del consenso—, no implica de modo necesario la terminación del sistema de dominación política —ya que este último puede sobrevivir como una dictadura—, su postura teórica no permite asimilar aquellas situaciones en que las élites dominantes claudican de su posición de poder, precisamente a raíz del agotamiento de los mitos de una sociedad y su consecuente impacto sobre los que controlan el Estado. Esto fue, para mencionar un ejemplo, lo que ocurrió a las élites comunistas en la URSS. Dicho de otra manera, el hecho de que Gramsci ubica conceptualmente la hegemonía en el plano exclusivo de la sociedad civil, le impide observar que también en la estructura del Estado tiene lugar un proceso ideológico, plasmado en la vigencia, fragilidad o decadencia de los mitos y representaciones colectivas. La muerte de los mitos en la sociedad civil no necesariamente conduce al fin del sistema de dominación, ya que, como Gramsci reconoció, el sistema puede refugiarse en el miedo. Ahora bien, también es posible un escenario en el cual sobreviva la capacidad de sanción por parte del Estado, pero donde las élites dominantes pierdan fe en los mitos, y como resultado también colapse su voluntad de dominio y control social. Fue esto lo que en última instancia decretó el fin del comunismo en la antigua Unión Soviética. Otras posibilidades, como veremos, tienen que ver con la confrontación de mitos, como ocurrió en Irán y Chile. En el primer caso, fue clave la indecisión del sah en cuanto al uso descarnado del miedo como herramienta para sostener su dominio; en cuanto al Chile de Allende, el aspecto crucial del

proceso tuvo que ver con la indefensión de un sector social que enarbolaba y pretendía imponer desde el gobierno un nuevo mito —el mito socialista—, pero no controlaba el poder del Estado.

En resumen, la noción de hegemonía debe ser ampliada para cubrir una situación de efectivo control del poder, a través del miedo y los mitos, ejercido en el marco de un determinado sistema de dominación política. La referida situación de dominio se patentiza tanto a nivel de la sociedad civil, como en la estructura institucional del Estado. La lucha hegemónica por el poder se plantea, con mayor o menor intensidad según al caso concreto de que se trate, en ambas esferas, pero su evolución e impacto varían de acuerdo con las circunstancias y autonomía relativa de los diversos factores que interactúan en la compleja realidad social. Así, lo que Gramsci llamaba «crisis orgánica» de una sociedad, afecta tanto a su base material como a su superestructura —es decir, tanto a la sociedad civil como a la sociedad política—, a lo que Gramsci se refería como «el bloque histórico». Desde la perspectiva gramsciana, la «crisis orgánica» se manifiesta como una crisis de hegemonía, traducida en la definitiva decadencia de la ideología de la clase dominante en el plano de la sociedad civil, y el surgimiento de una nueva visión del mundo —de un nuevo mito—, encarnada en un partido o movimiento con vocación de imponerla sobre el conjunto social. Siguiendo a Gramsci, pero tal vez con un énfasis más focalizado, mi definición de «crisis orgánica» de un sistema de dominación política cubre tanto a la sociedad civil como al Estado, el miedo y los mitos, y solo alcanza su momento decisivo cuando el miedo es superado y vencido por parte

de los dominados, y/o cuando las élites dominantes claudican de su voluntad de poder.

En este orden de ideas, analizaré más adelante cuatro escenarios de conflicto, en dos de los cuales el proceso de disolución social condujo eventualmente a una lucha hegemónica, y otro –Venezuela contemporánea– en el que la dinámica sociopolítica aún no alcanza esa coyuntura decisiva –«crisis orgánica»–, aunque bien podría hacerlo, y finalmente discutiré el colapso comunista. El primero de los escenarios –Irán bajo el sah–, combina la confrontación de dos mitologías, la superación del miedo por parte de las masas y la parálisis de las élites dominantes. El segundo escenario –Chile–, incluye la confrontación de dos mitologías y la exitosa defensa del sistema de dominación política por parte de las élites tradicionales, a través del uso abierto de la fuerza –el miedo–. Estudiaremos igualmente el caso venezolano actual, todavía en plena evolución, en el cual madura un proceso de disolución social que deja abiertas relevantes interrogantes sobre su posible desarrollo. El cuarto escenario –la URSS– patentizará el derrumbe de un mito y de la voluntad de dominio de las élites.

Antes de abordar este análisis, debemos preguntarnos: ¿son las tesis acá expuestas sobre la naturaleza y dinámica de la disolución (e integración) social, útiles para comprender mejor el curso de los eventos y su desarrollo probable? ¿Qué podemos pronosticar, con un nivel aceptable de confiabilidad, acerca del destino de los sistemas de dominación política?

III. TEORÍA DEL PRONÓSTICO POLÍTICO

1. Capacidad de comprensión y capacidad de pronóstico

Uno de los problemas centrales que aborda este estudio es el de determinar de qué modo el aumento de nuestra capacidad de comprensión de la realidad social, puede mejorar nuestra capacidad de pronóstico sobre el curso de cierto tipo de situaciones. En concreto, me ocupo de las situaciones de disolución social y de los procesos de cambio radical, conducentes a la crisis aguda de los sistemas de dominación política.

He intentado articular una idea de las ciencias sociales que tome en cuenta tanto su potencial analítico como sus limitaciones, argumentando que la predicción categórica, concebida como aseveración acerca de la ocurrencia cronológicamente definida y precisa de eventos particulares en el futuro, es tarea que se sitúa fuera de los confines del conocimiento científico de la realidad social. No obstante, los pronósticos condicionales e hipotéticos sí son factibles y pueden ser más o menos acertados, de acuerdo —al menos en cierta medida— a la solidez de su fundamentación, sin que ello elimine el siempre presente papel del azar en la historia. Difiero, por tanto, de quienes sostienen que:

... la función de pronosticar no es un rasgo incidental, sino una función esencial de la ciencia. El propósito de todo esfuerzo científico es producir una más adecuada comprensión del mundo que nos rodea y, por lo tanto, acrecentar nuestra capacidad de influenciarle y en lo posible controlarle. Este objetivo se logra pronosticando las consecuencias probables de

cursos alternativos de acción, y seleccionando aquel que parece más promisorio. La calificación de una actividad como científica depende crucialmente de su capacidad para generar pronósticos [...] [y] la utilidad práctica de un esfuerzo científico se deriva de la confiabilidad de los pronósticos que pueda producir.¹

Esta posición me resulta un tanto dogmática, pues pierde de vista que el propósito fundamental, aunque no el único, del esfuerzo científico es el de comprender la realidad, o, dicho de otra manera, hacer todo lo posible para que el curso de los eventos sociales y naturales nos resulte inteligible y, en ocasiones, pronosticable. Ahora bien, la capacidad de pronóstico puede desarrollarse en alguna medida aun sin comprensión teórica de la realidad; de igual modo, una mejor comprensión teórica no siempre garantiza un aumento en la capacidad de pronóstico si la teoría no se complementa con los métodos adecuados. Los antiguos babilonios, por ejemplo, desarrollaron extraordinarias técnicas aritméticas para pronosticar la ocurrencia de fenómenos naturales, como los eclipses lunares, sin que esa capacidad fuese acompañada de ideas originales sobre la naturaleza física de los cuerpos celestes u otros temas relacionados. Por otra parte, la astronomía de los antiguos griegos consistió casi plenamente de teorías, especulación e interpretación, con escasos intentos «predictivos», prospectivos o retrospectivos.² Los babilonios desarrollaron un gran potencial predictivo, pero carecían de una comprensión cabal de las causas o estructuras racionales de conexión

¹ Olaf Helmer, «The Use of Expert Opinion in International Relations Forecasting», en N. Choucri y T. W. Robinson, eds., *Forecasting in International Relations*, ob. cit., p. 117.

² Stephen Toulmin, *Foresight and Understanding. An Inquiry into the Alms of Science*. Westport, Conn: Greenwood Press, 1981, p. 28-29.

en términos de las cuales podemos entender el flujo de los eventos. Los griegos, por otra parte, concentraron su esfuerzo en comprender.

El ejemplo mencionado es útil para aclarar un punto de vital relevancia en el marco de nuestro estudio. En palabras de Toulmin, «descubrir que eventos de cierto tipo son predecibles, y aun desarrollar técnicas de cierto tipo para pronosticarles, es [...] diferente a poseer una adecuada teoría que nos permita comprenderlos». Y continúa así:

Pronosticar es básicamente una técnica, una aplicación de la ciencia y no el eje mismo de la ciencia. Si una técnica de pronóstico es exitosa, ello constituye un hecho adicional que debe ser explicado por los científicos. Una nueva y exitosa teoría puede no conducir a un incremento de nuestra capacidad pronosticadora, en tanto que una exitosa técnica pronosticadora es capaz de permanecer por siglos sin sustentación científica. En el primer caso, la teoría científica no será *necesariamente* peor, y en el segundo caso, la técnica pronosticadora no se convertirá *necesariamente* en científica, simplemente porque funciona.³

La capacidad de pronóstico es una parte significativa, aunque no la esencial, del esfuerzo científico en algunas de sus manifestaciones y ramas, pero es necesario comprender qué es lo que pronosticamos y por qué lo hacemos. El reto prioritario de este estudio es el de dar cuerpo a una teoría que nos permita comprender mejor determinados aspectos de la realidad sociopolítica, y su desafío complementario

³ *Ibid.*, pp. 30, 36.

consiste en articular una teoría del pronóstico político, que nos haga inteligible su potencial, significado y limitaciones. No es, por tanto, mi objetivo detenerme en la consideración detallada de las diversas técnicas –métodos– que han sido extensamente discutidas en la literatura en torno al problema del pronóstico y la predicción en ciencias sociales.⁴ Mi principal aserto es que es posible identificar la naturaleza y las peculiaridades de los procesos de disolución social, así como la dinámica que hace vulnerables a los sistemas de dominación política, y que este logro nos permite reducir la incertidumbre sobre el cambio social y aumentar, aunque sea parcialmente, nuestra capacidad de pronóstico sobre su destino. Este aserto teórico, a la vez que procura generar conocimiento y señalar los límites del mismo, intenta explicar y pronosticar, pero sin minimizar las diferencias entre uno y otro objetivo, consciente como estoy de que un modelo teórico que nos proporciona herramientas útiles para comprender el pasado no necesariamente nos devela la complejidad del futuro.⁵

La teoría social expuesta en secciones previas de este estudio, basada en la función integradora del miedo y los mitos, es el sustento indispensable de un modelo teórico adicional para el pronóstico, a ser ahora discutido, que encontrará su complemento empírico en el análisis de casos específicos de disolución social y cambio político.

Cabe entonces preguntarse: ¿qué tipo de pronóstico, y para qué?
Citemos tres definiciones:

⁴ Una extensa bibliografía sobre el tema puede consultarse en Choucri y Robinson, *ob. cit.*, pp. 427-453.

⁵ Véase Timur Kuran, «The Inevitability of Future Revolutionary Surprises», *American Journal of Sociology*, vol. 100, 6, May 1995, pp. 1531-1532, 1536.

Un pronóstico puede definirse como la identificación de alternativas en un universo estocástico, la estimación de sus probabilidades, el despliegue de sus consecuencias [...] y el suministro de recomendaciones acerca de cómo llevar a cabo la opción seleccionada.⁶

Los pronósticos no son predicciones. Una predicción asevera con certidumbre la futura ocurrencia de un evento [...] en tanto que un pronóstico es una aseveración probabilística. Una predicción es una especie de caso límite de pronóstico, donde la probabilidad asignada es 1.⁷

Un pronóstico es una aseveración acerca de situaciones posibles, acciones o resultados [...] que aún no han ocurrido, basado en conocimiento de lo que antes ha pasado y en una conexión definida entre hechos conocidos y otras posibilidades.⁸

La primera definición, a diferencia de las otras, otorga al pronóstico una explícita función prescriptiva, lo cual sugiere la importancia de distinguir entre el rango teórico del pronóstico y su utilidad práctica. Desde una perspectiva técnica, la tarea de pronosticar tiene principalmente que ver con el desarrollo de métodos que especifiquen la conexión entre eventos conocidos y un número limitado de posibilidades futuras. Desde el punto de vista de los problemas de toma de decisiones y formulación de políticas públicas, la tarea de pronosticar tiene fundamentalmente que ver con la producción de nueva información capaz de mejorar ambos procesos. Finalmente, desde una perspectiva científica, la tarea de pronosticar se enraiza en la propia sustancia de la investigación.⁹ En este caso,

⁶ Ithiel de Sola Pool, «The Art of the Social Science Soothsayer», en Choucri y Robinson, eds., *ob. cit.*, p. 27.

⁷ Helmer, *ob. cit.*, p. 116.

⁸ Cheryl Christensen, «The Forecasting Potential of International Relations Theories», en Choucri y Robinson, *ob. cit.*, p. 53.

⁹ *Ibid.*, p. 54.

Los pronósticos son a la vez el producto de la investigación y el medio de evaluar la validez de las teorías explicativas. Desde esta perspectiva, los pronósticos se llevan a cabo en general con el propósito de profundizar el conocimiento y de hallar conexiones teóricamente significativas entre eventos conocidos y nuevas posibilidades [...] Los pronósticos se justifican en términos de los resultados que se obtienen al someterles a tests, y de la corroboración que ese proceso pueda suministrar al cuerpo de conocimientos de los cuales los pronósticos se derivan.¹⁰

El tipo de pronóstico que, por ejemplo, requiere la actividad de inteligencia estratégica-militar, con el objeto de conocer las intenciones y capacidades del enemigo, y de esa manera minimizar la posibilidad de la sorpresa, no exige la fundamentación teórica que demanda un pronóstico realizado con fines estrictamente científicos. Por otro lado, los costos que pueden derivarse de introducir cambios en los modelos científicos son menores que cuando se trata de pronósticos dirigidos a la toma de decisiones y formulación de políticas. Un servicio de inteligencia que cambie periódica y sustantivamente sus modelos, aparte de confundir a los decisores, pierde eventualmente credibilidad. En particular, cuando estos pronósticos son utilizados para sustentar programas a largo plazo, que requieren grandes inversiones y esfuerzos —con el argumento de que los mismos son necesarios para evitar futuras desgracias u obtener futuras ganancias—, los constantes cambios en sus proyecciones inducen desconfianza en los decisores y trastocan los planes. Además, en el terreno político no es frecuente que los pronósticos incluyan una

¹⁰ *Ibid.*, p. 55.

suficientemente amplia gama de opciones, debido a los costos en que incurren aquellos que se atreven a señalar posibilidades que resultan desagradables e impopulares para los decisores. Adicionalmente, y por último, una vez que se invierten recursos, prestigio y esfuerzos en una cierta dirección, resulta mucho más difícil alterar el rumbo si nuevos resultados teóricos sugieren que ello debe hacerse.¹¹

Este estudio intenta contribuir al avance científico de la teoría social y del pronóstico político. Ubicado en ese contexto, el objetivo señalado podría orientarse, por un lado, a proyectar futuros alternativos de probabilidad variable, o, por otro lado, a evitar opciones posibles que se consideran indeseables o a contribuir a materializar un futuro que se percibe como deseable. En el primer caso, se habla de «pronóstico exploratorio», y en el segundo de «pronóstico normativo».¹² El tipo de pronóstico al que acá se apunta es exploratorio, y no tiene que ver con la evaluación de futuros alternativos, sino con su análisis riguroso con base en una teoría sobre la dinámica sociopolítica.

Dos interrogantes son obvias en relación con mi objetivo: en primer término, ¿es posible identificar las condiciones que evidencian el desarrollo de procesos de disolución social, así como los indicadores claves que señalan la creciente vulnerabilidad de los sistemas de dominación política?; y en segundo lugar, ¿es factible asignar un rango de probabilidad a su futuro desenlace? La teoría social engranada previamente ha dado pasos en la dirección de articular respuestas

¹¹ *Ibid.*, p. 65.

¹² A. Michael Washburn y Thomas E. Jones, «Anchoring Futures in Preferences», en Choucri y Robinson, *ob. cit.*, p. 95.

afirmativas a las interrogantes planteadas. Cabe, de acuerdo con esa teoría, hacer énfasis en que no me refiero a un cálculo matemático de probabilidades —que a mi modo de ver constituye una aspiración absurda en relación con el tipo de procesos sociopolíticos que acá nos ocupan—, sino a una estimación cualitativa en las líneas de lo que Max Weber denominaba «posibilidad objetiva» de ocurrencia de determinados eventos, como consecuencia del avance de tendencias objetivamente constatables.¹³ Adopto, por tanto, a plenitud estas frases de Keynes, citadas como uno de los epígrafes al comienzo de este estudio: «El pronóstico de nuestro análisis no es construir una especie de máquina o instrumento de ciega manipulación, que proporciona respuestas infalibles, sino darnos un esquema conceptual que nos permita pensar ordenada y organizadamente sobre los problemas que acá nos interesan».¹⁴

Mi propósito, quiero insistir en ello, es analítico y no normativo. El pronóstico que creo de interés no es aquel que presume señalar cómo deben, sino cómo pueden ser las cosas. De allí que la teoría social desarrollada hace explícitos supuestos fundamentales sobre los factores que hacen posible la integración de las sociedades, su disolución, y la estabilidad y vulnerabilidad de los sistemas de dominación política. Sin una teoría que le sustente, un pronóstico no pasa de ser cruda profecía o simple extrapolación empírica. Con una teoría que le dé basamento, un pronóstico puede alcanzar el rango de

¹³ Véase Max Weber, *The Methodology of the Social Sciences*. New York: The Free Press, 1949, pp. 164-188.

¹⁴ John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money. The Collected Writings*, vol. 7. London: Mac-Millan, 1973, p. 297.

conjetura científicamente fundamentada, y dar paso adecuadamente a la interrogante metodológica acerca de cómo pronosticar.¹⁵

2. El método de análisis situacional y la anatomía del desorden

La brecha entre el intento de comprender y el esfuerzo de pronosticar se palpa con especial claridad a la hora de hacer el tránsito desde la teoría al método. Como veremos, la articulación de un modelo metodológico enfocado hacia el pronóstico político, al mismo tiempo que señala caminos, pone crudamente de manifiesto el amplio territorio del azar que rodea los asuntos humanos, cubriendo de incertidumbre el horizonte sociopolítico y obstaculizando los intentos de desentrañar su destino.

Es posible que el tema que nos ocupa en este estudio sea uno de los más acabados ejemplos del acierto de Popper, cuando argumenta que el conocimiento científico comienza y termina con problemas. Dicho en otras palabras, el estudio de la realidad social y su evolución se plantea inicialmente en forma de un problema o de un conjunto de problemas, y los hallazgos en que culmina el proceso de análisis se traducen en nuevos y muchas veces más complejos problemas.¹⁶ Popper propone como método idóneo para el estudio de la realidad social –tanto en el campo de la explicación como del pronóstico– el denominado «análisis situacional», dirigido a reconstruir la situación social en la cual los actores políticos se encuentran inmersos, para mostrar de qué modo y por qué sus acciones constituyen «soluciones» a

¹⁵ Nazli Choucri, «Key Issues in International Relations Fore-casting», en Choucri y Robinson, *ob. cit.*, p. 6.

¹⁶ Véase Karl Popper, *The Myth of the Framework*, *ob. cit.*, p. 155.

los problemas que enfrentan.¹⁷ Es obvia la analogía que establece Popper entre la investigación científica y los conflictos sociales, y no hace falta ir muy hondo para constatar que una limitación inicial de la analogía se encuentra en el hecho de que, con frecuencia, los actores del drama social no se plantean sus acciones en términos de «soluciones» a problemas, ni siquiera de respuestas ante desafíos, sino simplemente de afirmaciones de la ambición y del poder. No obstante, antes de discutir las dificultades y el potencial del «análisis situacional» es necesario aclarar en qué consiste.

De acuerdo con Popper, quizás la diferencia más importante entre los métodos de las ciencias sociales y las naturales se encuentra en lo que puede llamarse el método de construcción lógica o racional, o en otras palabras el método cero. Se trata de construir un modelo sobre la base de asumir una completa racionalidad —y tal vez también una información completa— por parte de todos los individuos considerados, y luego estimar las desviaciones en el comportamiento real de los sujetos con respecto al comportamiento prescrito por el modelo, utilizando este último parámetro como una especie de «coordenada cero».¹⁸ El uso de modelos que presumen la racionalidad, como el de la «coordenada cero», no debería conducir a subestimar las limitaciones de la racionalidad humana. El comportamiento real —y no teórico— de los actores políticos pocas veces alcanza la racionalidad objetiva —comportamiento correcto para maximizar unos valores dados en una situación dada—, por lo menos de tres maneras: a) La racionalidad exige un conocimiento y una anticipación completa de las

¹⁷ *Ibid.*, p. 147.

¹⁸ Karl Popper, *The Poverty of Historicism*. London: Routledge & Kegan Paul, 1972, p. 141.

consecuencias que seguirán cada elección de un curso de acción determinado, pero en realidad el conocimiento de las consecuencias es siempre fragmentario; b) En vista de que estas consecuencias pertenecen al futuro, la imaginación debe suplir la falta de experiencia al asignarles valores, pero solo es posible anticipar de manera imperfecta esos valores; c) La racionalidad exige una elección entre todos los posibles comportamientos alternativos, pero en el curso del comportamiento real solo se nos ocurren unas pocas de estas alternativas.¹⁹ Popper, sin embargo, insiste en que la «coordinada cero» o «principio de racionalidad» es un principio regulador «casi vacío», que funciona en el modelo «situacional» de esta manera: una vez construido el modelo de la situación social bajo estudio —por ejemplo, un proceso de disolución social caracterizado por la decadencia de los mitos, unido a un proceso de vulneración del orden signado por la fractura del miedo—, asumimos entonces que los actores en la trama «actúan dentro de los términos del modelo, es decir, que “tramitan” (*work out*) lo que está implícito en la situación». Se trata, expresado en otras palabras, de asumir que nuestras acciones se adecuan (o deben adecuarse) a las situaciones-problemas «tales como las vemos».²⁰

Según Popper, el concepto de «racionalidad» —y en consecuencia, el «principio de racionalidad»— aplicado a la acción social pasada —la que estudia el historiador—, tiene tres sentidos, que difieren en relación con la objetividad de la situación en la cual tiene lugar el desempeño de los actores sociales. En cuanto a este segundo

¹⁹ Herbert Simón, *El comportamiento administrativo*. Madrid: Aguilar, 1970, pp. 76, 89.

²⁰ Popper, *The Myth...*, pp. 169, 181.

punto, tenemos: (I) La situación tal como de hecho ocurrió, es decir, la situación objetiva que el historiador trata de reconstruir; (II) La situación tal y como el actor —o actores— social la percibió; (III) La situación tal y como el actor social podría —dentro de la situación objetiva— haberla percibido, y tal vez debería haberla percibido. De aquí se desprenden tres sentidos del «principio de racionalidad», correspondientes a los tres sentidos de la «situación». Es claro, argumenta Popper, que:

... la diferencia entre (I) y las dos otras versiones del principio de racionalidad juegan un papel en nuestra comprensión de la acción social, en especial en el intento de explicar el fracaso, así como la diferencia entre (II) y (III). Estos dos últimos sentidos del principio de racionalidad forman a su vez parte de un más o menos elaborado análisis de la situación objetiva (I). Más aún, si existiese una brecha entre (II) y (III), podríamos sostener que el actor social no actuó racionalmente [...] (III) puede bien incluir una apreciación de las dificultades que pueden presentarse para percibir ciertos aspectos de la situación tal y como eran [...] Considero que en ocasiones actuamos de modo tal que no nos adecuamos a ninguna de las versiones del principio de racionalidad, (I), (II), y (III), lo cual indica que el principio de racionalidad no es universalmente válido como descripción de nuestra manera de actuar.²¹

La relevancia de estas reflexiones de Popper, para los efectos de este estudio, consiste en que, si bien proporcionan herramientas útiles para

²¹ *Ibid.*, pp. 183-184.

centrar el análisis de situaciones específicas ocurridas en el pasado, revelan al mismo tiempo las dificultades que se plantean al esfuerzo de aplicar esos mismos instrumentos a situaciones que todavía no han tenido lugar, pero cuyos contornos podrían estar madurando en el seno del presente. En concreto, para labores de pronóstico, las versiones (I) y (II) del principio de racionalidad —la situación tal y como supuestamente será, y la situación tal y como el actor social podía verla—, tienen sentido como interrogantes en relación con el futuro; no obstante, la versión (III) no pareciera tener aplicabilidad excepto hacia el pasado.

Rod Aya ha formulado una versión simplificada del modelo popperiano sobre el postulado —eje de la teoría de la acción racional— de que la gente actúa de modo de lograr sus objetivos dentro de un determinado marco de posibilidades y limitaciones. En consecuencia, para explicar la acción social a través del método situacional es necesario, primero, acumular evidencia empírica sobre los objetivos del actor —o actores— social, el potencial y las limitaciones que plantean sus circunstancias; a partir de allí —en segundo lugar— imaginarse a *uno mismo* —el analista social— en esa situación, y sacar conclusiones acerca de lo que uno —el analista— haría si estuviese en el lugar de ese otro actor social bajo estudio.²² Aya se concentra en la discusión de las «situaciones revolucionarias», de los momentos culminantes de la disolución social y su traducción en violencia colectiva conducente a la extrema vulnerabilidad de los sistemas de dominación política. Dentro de ese esquema propone un modelo

²² Rod Aya, *Rethinking Revolutions and Collective Violence*. Amsterdam: Het Spinhuis, 1990, p. 147.

situacional con énfasis en lo político, argumentando que la violencia colectiva en situaciones revolucionarias tiene sentido, vista como «acción racional», solo con base en ciertas premisas sobre la «situación de escogencia» –horizonte de opciones– de los actores sociales: que su intención es, no propiamente «hacer una revolución» sino obtener –o preservar– cosas a las que se siente con derecho; que tienen capacidad de actuar en concierto gracias a su organización, habilidad y recursos, y que tienen la oportunidad de salirse con la suya debido al poder de sus medios y los de sus aliados, al colapso de las élites hasta ese momento dominantes, o a la conjunción de ambos factores.²³ Sus recomendaciones son estas:

En lugar de fijar la atención en la frustración generalizada que pueda existir en la sociedad como fuente de irritación política, considérese primero la estructura establecida de derechos y obligaciones –el contrato social prevaleciente–, al cual se adscriben los distintos actores sociales y cuya violencia genera las crisis. Nótese igualmente la presencia o ausencia de recursos materiales, organización y habilidad estratégica en manos de aquellos que se sienten agraviados, sus conexiones con aliados externos, y (de gran importancia) las fisuras que puedan abrirse entre las élites dominantes. El producto combinado de estas prioridades analíticas consiste en focalizar la mirada en los objetivos políticos y opciones tácticas de poder de los contendientes en el marco de la crisis, incluyendo la existencia de luchas de poder entre las élites dominantes que, sin aviso, pueden abrir las puertas de la arena política a la intervención directa de las masas (confirmando así la observación de Platón, según la cual las revoluciones no tienen

²³ *Ibid.*, p. 53.

lugar a menos que se rompa la unidad de las élites dominantes, comprometiendo así la lealtad de sus mecanismos represivos).²⁴

El énfasis que Aya coloca sobre lo político coincide con nuestra insistencia acerca de la importancia del miedo hobbesiano como barrera decisiva para detener la desintegración final de los sistemas de dominación. El quiebre del miedo hobbesiano de parte de las masas, o de específicos grupos desafectos, así como el colapso de la voluntad de resistencia de las élites dominantes, son factores cruciales en la decisión del poder.

Por otra parte, y frente a las críticas que señalan las limitaciones de la racionalidad, Aya argumenta, siguiendo a Herbert Simon, que los actores sociales buscan satisfacer algún deseo o aspiración cuando toman decisiones y que, para lograr este objetivo en cada coyuntura, exploran las opciones hasta hallar aquella cuyo resultado satisface —o excede— su «nivel de aspiración». Los actores sociales, en otras palabras, no maximizan, sino que satisfacen; no contemplan todo el abanico de opciones posibles simultáneamente y eligen la mejor, sino que consideran algunas opciones en serie y escogen la primera que parece satisfactoria.²⁵

A autores como Simon y Aya —conviene insistir en ello— no se les escapan las limitaciones del principio de racionalidad, y del modelo situacional que en el mismo se fundamenta, como mecanismos evaluadores de situaciones que acontecen en la confusa y muchas veces irracional vida real y concreta de los seres humanos. El hecho es

²⁴ *Ibid.*, p. 65.

²⁵ Véase Herbert Simon, *Models of Bounded Rationality*, vol 2. Cambridge: MIT Press, 1982, pp. 244-248, 250-253, 412-418, 431, 440, 453, 469; Aya, *ob. cit.*, p. 97.

que los modelos basados en la normativa racional solo funcionan con respecto a situaciones relativamente simples en las que los actores enfrentan un limitado número de opciones y consecuencias definidas con precisión y transparencia. Aun admitiendo la idea según la cual los actores sociales buscan «satisfacer» y no «maximizar» sus aspiraciones, la complejidad de la realidad sociopolítica impone severos límites a modelos que intentan simular el curso probable de los eventos, bajo la premisa de que los actores se comportarán «racionalmente». Esto es particularmente cierto cuando se trata de confrontaciones de poder que están desarrollándose, y cuyo desenlace futuro pretendemos vislumbrar desde el presente. En tales casos, el modelo tendría que determinar los objetivos de los diversos actores, sus criterios de «satisfacción» de los mismos, las alternativas de acción que toma en cuenta y las consecuencias que de ellas esperan. De este modo, «desde la perspectiva de buscar y satisfacer plasmada en el principio de racionalidad, aplicada a los objetivos y restricciones contenidos en el modelo, puede deducirse y explicarse lo que la gente haría (y de hecho hizo) en la situación que describe el modelo».²⁶

Me pregunto, sin embargo, ¿es acaso factible descubrir estos objetivos, definir esas opciones, y develar esos criterios, especialmente cuando se trata no ya de situaciones que ocurrieron en el pasado —sobre las cuales puede existir evidencia documental—, sino sobre situaciones que se hallan en plena progresión, que encierran casi siempre un inmenso potencial de indefinición e incertidumbre?

²⁶ *Ibid.*, p. 98.

Cuando se abordan situaciones que pertenecen al pasado — como, por ejemplo, el derrocamiento de Salvador Allende o la revolución iraní—, es factible en mayor o menor medida indagar el curso de los eventos y extraer su significado. Cuando se trata de lo presente y lo posible, no obstante, las dificultades necesariamente se agudizan ya que —entre otros problemas— los actores muchas veces no saben exactamente qué es lo que quieren, son capaces de cambiar de parecer de un momento a otro, y también de ocultar lo que verdaderamente piensan y escindirse entre una «verdad privada» y una «mentira pública».²⁷

Semejantes barreras, tal y como se ha dicho previamente en este estudio, asemejan el análisis de la realidad social y el pronóstico sobre su desarrollo a la meteorología, en el sentido de que, en ambos campos, la multiplicidad de variables a ser consideradas, así como la imbricación de sus interrelaciones, conforman un panorama excesivamente complejo, cuya evolución no puede predecirse ni siquiera saturando de datos adicionales a los más poderosos computadores imaginables, pues el número de variables se acerca al infinito y simular la situación equivaldría a crear la situación como tal. Lo que es posible hacer, y ese objetivo me ha guiado hasta ahora, es articular una teoría social que, a su vez, nos haga factible la identificación y el análisis de procesos de disolución y desestabilización, así como su posible desenlace. Ello se une a la admisión de que las ciencias sociales son incapaces de pronosticar esos «momentos únicos» y específicos de ruptura y transición, cuando

²⁷ Este es el título del libro, ya varias veces citado, de Timur Kuran.

la madurez y conjunción de una serie de variables alcanzan su punto decisivo,²⁸ aunque sí pueden arriesgarse a pronosticar su probable proximidad.

Ninguna teoría o combinación de teorías será jamás capaz de poner en nuestras manos una especie de «bola de cristal», en la cual observar el futuro con igual claridad con la que pretendemos mirar el pasado; no obstante, ya que en todo caso nuestras aproximaciones a la realidad, pasada o futura, son y serán imperfectas, la solidez, coherencia y rigurosidad de la teoría que manejemos proporcionará mayor seguridad sobre el acierto de nuestras explicaciones.²⁹ Se trata, entonces, de producir un «mapa» que trace los contornos fundamentales del terreno en que se desenvuelven los procesos sociales, que constituyen el foco de atención en cada caso (en la nuestra, los procesos de disolución social conducentes al debilitamiento y ruptura de los sistemas de dominación política). Ese «mapa» tiene que dar cuenta de la naturaleza y las principales causas de estos procesos, de la conexión entre los mismos, de los signos que señalan la proximidad de los cambios, adelantando finalmente pronósticos en términos de «posibilidades objetivas» en el sentido weberiano —ya mencionado— del término.

Un aspecto clave de ese «mapa» teórico, que ha sido enfatizado en varios lugares, exige distinguir entre, por un lado, las condiciones del cambio sociopolítico, conducentes al debilitamiento de los sistemas de dominación, y por otro lado las circunstancias concretas que son

²⁸ Véase Daniel Bell, «Ten Theories in Search of Reality: The Prediction of Soviet Behaviour in the Social Sciences», *World Politics*, 10, April 1958, p. 358.

²⁹ John Lewis Gaddis, *The United States and the End of the Cold War*. New York & Oxford: Oxford University Press, 1992, p. 191.

capaces de producir la ruptura. Si bien el descontento, el resentimiento, las ansias de cambio y –crucialmente– el deterioro de los mitos de la sociedad son indispensables para que un sistema de dominación se vulnere, estos ingredientes por sí mismos no son suficientes para generar el quiebre decisivo a través o bien de una abierta lucha hegemónica, o bien del colapso en la voluntad de dominio de las élites. Estos últimos desenlaces implican igualmente la superación del miedo por parte de los dominados. La visión «volcánica» de las revoluciones, que postula que el descontento de las masas causa los estallidos revolucionarios es o trivial o falsa: «Trivial si sostiene que cuando hay revolución es porque hay descontento; falsa si sostiene que cuando hay descontento hay necesariamente revolución. Como con claridad lo muestra la más superficial mirada a la historia, el más intenso descontento usualmente tiene lugar en circunstancias que hacen imposible o suicida para las víctimas luchar y resistir».³⁰

De hecho, los débiles y dominados son normalmente fáciles víctimas del miedo y la represión; superar las barreras que se interponen entre el descontento y la protesta abierta, en particular la protesta violenta, no es nunca fácil, y determinar por qué, finalmente, unos pueblos se rebelan en determinados momentos y circunstancias, y otros no lo hacen, es precisamente uno de los enigmas que en muchas ocasiones solo podemos desentrañar –si acaso– retrospectivamente.

El análisis del cambio sociopolítico acá presentado, postula que los factores capaces de producirle son múltiples –endógenos y

³⁰ Aya, *ob. cit.*, pp. 8-9.

exógenos a las sociedades, económico-tecnológicos, sociales, políticos e ideológico-culturales—. El cambio, además, nunca es «históricamente inevitable», y se concreta en coyunturas en las que convergen procesos complejos y graduales, cuya trayectoria, impacto y significado son objeto de nuestro estudio.³¹ Nuestro «mapa» teórico es una anatomía del desorden, que paradójicamente no es sino la contrapartida de una teoría del orden político, o, dicho de otra manera, de los factores cruciales que hacen posible la supervivencia y reproducción de los sistemas de dominación política. El papel del miedo y los mitos como promotores de la estabilidad nos permite comprender los efectos de su erosión. Además de definir estos factores y clarificar su relevancia, ese «mapa» requiere igualmente desarrollar una explicación, es decir, una teoría que muestre los lazos entre los procesos que se analizan —la disolución social y vulnerabilidad creciente de los sistemas de dominación política—, y los resultados que a esos procesos se atribuyen —revoluciones, colapso de estructuras de dominio, golpes de Estado—. ³²

Es bien sabido que, en palabras del historiador Lawrence Stone, «La causa más importante y principal síntoma de la decadencia de cualquier gobierno es su pérdida de prestigio y respeto entre el público, acompañada de la pérdida de autoconfianza por parte de la élite en su capacidad de mandar». ³³ De modo más específico, el «mapa» analítico demanda: 1) La identificación de los procesos de

³¹ Véase Ivan Szelenyi y Balazs Szelenyi, «Why Socialism Failed: Toward a Theory of System Breakdown», *Theory and Society*, 23, 1994, p. 221.

³² Véase Andrew G. Walder, «The Decline of Communist Power. Element of a Theory of Institutional Change», *Theory and Society*, 23, 1994, pp. 298, 303.

³³ Lawrence Stone, *The Causes of the English Revolution: 1529-1642*. London: Ark Paperbacks, 1986, p. 79.

erosión de los mitos y «representaciones colectivas» de la sociedad. 2) La aparición o no en el escenario político de actores –contendientes– que enarbolan mitos alternativos. 3) La identificación de potencial de movilización para la protesta de las masas –tarea que en la mayoría de los casos resulta imposible, y solo se concreta cuando la protesta ya ha estallado–. 4) La determinación de la unidad de propósito y cohesión de las élites dominantes. 5) Por último, retrospectiva y prospectivamente un reto clave consiste en indagar la concreción –en el pasado– o probable proximidad –en el futuro– del momento decisivo de lucha hegemónica y/o colapso, cuando las barreras del miedo son superadas y las precondiciones precipitantes, y «gatillos» de los cambios políticos radicales abren las puertas a una nueva realidad social. Esa concreción del cambio es siempre el resultado de la yuxtaposición de fuerzas y tendencias que evolucionan gradualmente en el seno de las sociedades, algunos de cuyos síntomas fundamentales –en particular, la ruptura de la barrera del miedo–, así como su direccionalidad probable, podemos percibir y analizar antes de que su maduración y conjunción se exprese con los efectos traumáticos de una sacudida radical.

3. Impacto del conflicto y de la falsificación de preferencias

Las consideraciones hechas en este capítulo, en particular el uso de la frase «anatomía del desorden», podrían suscitar un equívoco: me refiero a la presunción según la cual el «orden» político significa ausencia de conflictos. Semejante impresión, no obstante, está lejos de mi propósito. El conflicto, como lo he discutido extensamente en

otra parte,³⁴ es una dimensión esencial y permanente de la política. De hecho, como lo expresa Sabater, «la democracia nació entre conflictos y sirvió para aumentarlos en lugar de resolverlos. Desde un comienzo, se vio que cuanta más libertad, menos tranquilidad». Aunque parezca paradójico, las sociedades democráticas, basadas en la libertad «y no en la unanimidad coactiva, son por tanto las más conflictivas que nunca hubo en la historia de la humanidad».³⁵

Esto último es cierto, pero solo parcialmente. Los conflictos tienen diversa naturaleza de acuerdo con su génesis y tipo de impacto sobre los sistemas de dominación política. Para nuestros efectos, podemos distinguir entre conflictos «existenciales» y conflictos «moderados». Los primeros tienen su origen en antagonismos radicales en torno a los cuales es muy difícil, en ocasiones imposible, hallar áreas de compromiso y acuerdo entre los sectores en pugna; los segundos, al contrario —como típicamente ocurre en las democracias liberales—, son normalmente susceptibles de tramitaciones y transiciones pacíficas y consensuales, en un marco de reglas comunes admitidas por todos.

Al hablar acá de la «anatomía del desorden» no me refiero, pues, a los conflictos moderados propios de sistemas de dominación estables, sino al proceso de erosión de esa estabilidad a través de la decadencia de los mitos y del miedo como factores integradores de la sociedad. No se trata de sostener, lo cual sería absurdo, que para ser considerada «estable» una sociedad deba estar paralizada o «anestesiada», ya que aun en aquellas sociedades —como los sistemas

³⁴ Véase Aníbal Romero, *Aproximación a la política, ob cit.*, pp. 11-16.

³⁵ Fernando Sabater, *Política para Amador*. Barcelona: Ariel, 1993, pp. 41, 87, 216-217.

totalitarios de nuestra era— que aparentan mayor estabilidad, están de un modo u otro presentes los antagonismos y conflictos, solo que los canales por los que se manifiestan presentan peculiaridades propias de cada situación. De hecho, como argumenta Hirschman,³⁶ es probable que una de las principales razones que explican la pérdida de vitalidad de los sistemas comunistas haya sido el «éxito» con que sus élites lograron, por décadas, suprimir y asfixiar los conflictos, colocándolos, por así decir, en el subsuelo de la sociedad.

Los conflictos pueden ciertamente jugar un papel constructivo en las relaciones sociales, y la aparente paradoja de que esto sea así ha llevado a algunos a hablar del «milagro democrático», es decir, la alquimia del conflicto que se traduce en mayor, y no menor, estabilidad e integración social.³⁷ El «milagro», cabe enfatizarlo, consiste en que usualmente en las democracias los individuos y los grupos entran en confrontación y de ello extraen nuevos elementos para fortalecer el orden. Esto es lo que ocurre normalmente, y lo que ha llevado a algunos a sostener que «en general, la democracia pareciera excluir las revoluciones».³⁸ Ahora bien, no siempre es así, como con elocuencia lo demostró el proceso que condujo al derrocamiento de Salvador Allende en Chile en 1973, y numerosos otros casos, no solamente en América Latina. También la República de Weimar era una democracia, y ello no impidió la llegada de Hitler al poder.

³⁶ Albert O. Hirschman, «Social Conflicts as Pillars of Democratic Market Society», *Political Theory*, 22, 2, May 1994, pp. 203-218.

³⁷ Marcel Gauchet, «Tocqueville, l'Amérique et nous. Sur la genèse des sociétés démocratiques», *Libre*, 7, 1980, pp. 116-117.

³⁸ Nikki Keddie, ed., *Debating Revolutions, ob. cit.*, p. XI.

Los conflictos, dentro de ciertos límites, pueden hacer más sólido el cemento de las sociedades, pero también pueden actuar como el solvente de los sistemas de dominación política. La constatación de este punto es importante para mis objetivos, en la medida en que su discusión se ubique en el contexto específico del debate politológico en torno a las denominadas «precondiciones» de la democracia. En síntesis, este debate tiene que ver con la noción según la cual el establecimiento de una democracia perdurable requiere de la existencia de ciertas «precondiciones» básicas —de tipo socioeconómico, político y cultural—, entre las cuales ocupa lugar privilegiado la presencia en el seno de la sociedad de un consenso fundamental en torno a un conjunto de valores claves, como, por ejemplo, la libertad, la tolerancia, el respeto al Estado de derecho, etc. Autores como Hirschman, Crick y Gerschenkron, entre otros, sostienen que esta idea seguramente proviene del campo de la economía, en el que también se ha hablado de los «prerrequisitos» del desarrollo económico.³⁹

Según estos autores, en lo que tiene que ver con la economía, el concepto de «prerrequisito» del desarrollo no es más que una «evasión de la necesaria práctica del desarrollo»;⁴⁰ en cuanto a la política, Crick afirma que,

... diversos grupos se mantienen juntos porque practican la política, no porque estén de acuerdo en torno a unos

³⁹ Véase la crítica de Alexander Gerschenkron en su conocido estudio «Reflections on the Concept of Prerequisites' of Modern Industrialization», en su libro *Economic Backwardness in Historical Perspective*. Cambridge: Harvard University Press, 1962, pp. 31-51.

⁴⁰ Hirschman, «Social Conflicts...», *ob. cit.*, p. 208.

«principios fundamentales» o algún otro concepto demasiado vago, personal o divinizado para ser capaz de llevar a cabo la tarea concreta de la vida política. El consenso moral de una sociedad libre no es algo que se coloca por encima o un paso previo a la política: es la actividad misma (civilizadora) de la política.⁴¹

Lo que estos autores rechazan, a veces con vehemencia, es la posibilidad —y hasta deseabilidad— de que las sociedades modernas puedan sustentarse sobre un consenso acerca de lo que es la «vida buena» o el «bien común», es decir, sobre una serie de principios basados en valores éticos sustantivos y ampliamente compartidos. La integración de las sociedades modernas, argumentan los autores mencionados, surge de la experiencia de atravesar, gerenciar, tramitar y contener conflictos:

Generalmente —escribe Hirschman— los conflictos han sido percibidos como corrosivos, potencialmente destructivos del orden social y en consecuencia los mismos tienen que tramitarse dentro de un contexto de limitaciones y espíritu comunitario. Sin embargo, al mismo tiempo, los conflictos producen los lazos valederos que mantienen unidas a las modernas sociedades democráticas, y les proporcionan la fuerza y cohesión que necesitan.⁴²

A mi modo de ver, este debate no puede avanzar en una dirección razonable a menos que preservemos con toda claridad la distinción, antes hecha, entre conflictos «existenciales» y «moderados». Los

⁴¹ Bernard Crick, *In Defence of Politics*. Harmondsworth: Penguin Books, 1962, p. 24.

⁴² Hirschman, «Social Conflicts...», *ob. cit.*, p. 206.

segundos pueden eventualmente cohesionar; los primeros dividen y destruyen. Por otra parte, es indispensable también diferenciar entre los factores y condiciones que pueden dar origen a una democracia y aquellos que fortalecen su capacidad de perdurar. Autores como Rustow han argumentado que la democracia generalmente es establecida no a consecuencia de que la gente haya alcanzado de modo explícito un consenso sobre valores fundamentales, sino porque determinados agrupamientos de élites, que han estado en pugna por años, llegan a la conclusión de que no son capaces de imponer un dominio unilateral sobre el conjunto de la sociedad, y de que es preferible un acomodo para compartirse el poder.⁴³

Si bien puede ocurrir —como pasó en Venezuela en 1958—, que el mecanismo democrático (gobiernos surgidos de, y legitimados por, elecciones libres, con ejercicio temporalmente limitado del poder), se establezca como resultado de un acuerdo de élites,⁴⁴ semejantes compromisos normalmente vienen acompañados de un basamento institucional o constitucional. Esta estructura institucional encarna las representaciones colectivas de la sociedad, y como mínimo esboza la existencia de un mito democrático, concebido como instrumento legitimador de un sistema de dominación, sistema que, presuntamente, garantiza la soberanía popular. Las democracias que perduran, como la estadounidense y la británica, se fundamentan en poderosas representaciones colectivas y mitos de origen, heroicos, y mesiánicos con larga historia y profundo enraizamiento en el ánimo

⁴³ Dankwart A. Rustow, «Transitions to Democracy: Toward a Dynamic Model», *Comparative Politics*, 2, April 1970, pp. 337-363.

⁴⁴ Sobre los pactos de élites, véase Michael G. Burton y John Higley, «Elite Settlements», *American Sociological Review*, 52, June 1987, pp. 295-307.

popular. La progresiva erosión de esos mitos en nuestro tiempo, debido a factores tales como —entre otros— los cambios demográficos y étnicos en la composición interna de esas sociedades, y su consecuente impacto cultural —patentizado en un «multiculturalismo» fragmentador—, tienen el potencial, a mediano y largo plazo, para transformar conflictos que hasta el presente han sido «moderados» en enfrentamientos «existenciales», ante los cuales ninguna sociedad se halla plenamente inmune.

De allí que no nos sea en caso alguno razonable minimizar la relevancia de los mitos y representaciones colectivas en general, como ingredientes claves del cemento social y de los sistemas de dominación política. Aun sociedades industrial tecnocráticas de gran avance y complejidad, como la estadounidense actual, sumidas en el culto de un individualismo pragmático, siguen sustentándose sobre una mitología que les suministra unidad y sentido de dirección, y que posibilita su permanencia. No es un acuerdo pragmático el que contiene las fuerzas centrífugas generadas por múltiples intereses contrapuestos en un marco social lleno de tensiones; son los mitos —y el miedo— los que unen a las sociedades, a pesar de que, con frecuencia, las élites manipulan con cinismo los mitos para su propio beneficio. Esa manipulación, cuando tiene lugar, debe ser ocultada de la mirada escudriñadora de las masas, pues se corre el riesgo de que la pérdida de fe en los mitos —que no es un fenómeno totalmente racional— dé al traste con el siempre precario orden social.

No cabe duda de que el miedo hobbesiano se manifiesta de manera diversa bajo sistemas de dominación democráticos o

autoritarios —y totalitarios—. Sin embargo, el miedo está también presente en las democracias, tanto como miedo a la sanción violenta como a la sanción «moral» de una opinión pública que puede ser —o parecer— abrumadoramente adversa a las opiniones reales del individuo. Todos los sistemas de dominación, democráticos y autoritarios, responden en mayor o menor medida a la opinión pública, y le toman en cuenta así sea para manipularla o controlarla. Las democracias sostienen, en principio, el derecho de todos a expresar sus opiniones libremente; no obstante, muchas veces, individuos cuyas verdaderas opiniones, sostenidas en privado, no coinciden con las que parece sostener la mayoría, ocultan sus verdades y pretenden sumarse al consenso predominante. Lo hacen así por miedo.

Desde luego, existen importantes y significativas diferencias entre los sistemas de dominación democráticos y autoritarios en cuanto a su manejo del tema de la opinión y el miedo. Sin embargo, el fenómeno conocido como «falsificación de preferencias» no solamente no es desconocido en las democracias —y, desde luego, usualmente es mucho más intenso en regímenes no-democráticos—, sino que con demasiada frecuencia juega un papel relevante en la conformación de la opinión pública. La falsificación de preferencias no es otra cosa que el acto de encubrir, distorsionar u ocultar lo que genuina y verdaderamente creemos y pensamos en torno a determinados asuntos de interés colectivo, debido al miedo que generan percibidas presiones sociales y políticas. A través de la falsificación de preferencias pretendemos manipular lo que los demás creen que son nuestras opiniones, ocultando o distorsionando nuestras «verdades privadas»

para expresar una «mentira pública», plegándonos a ella por temor, conveniencia, o ambas cosas a la vez.⁴⁵

Las personas, en democracia o bajo sistemas de dominación autoritarios, varían en cuanto a su disposición y capacidad para expresar sus «verdades privadas» en público, y correr con las consecuencias de ese curso de acción. Bajo Stalin, manifestar una opinión crítica del «Líder Supremo» acarrearía el exilio a Siberia o la inmediata ejecución a manos de la policía política. En Estados Unidos, actualmente, expresar una opinión contraria a la convivencia pacífica entre las razas, o —en ciertos ambientes— manifiesta oposición a los programas de «acción afirmativa» que favorecen a ciertos grupos minoritarios frente a la mayoría blanca, es posible, y no lleva al exilio o al fusilamiento, pero sí al oprobio y al ostracismo social. La capacidad de un individuo para resistir presiones, superar el miedo y expresar sus verdades privadas en público es, ya lo vimos, variable, y el nivel de incentivos necesario para abandonar una preferencia pública y asumir otra define el «umbral de riesgo» de cada cual.⁴⁶

Las implicaciones del fenómeno de la «falsificación de preferencias» en relación con el pronóstico político no deben subestimarse, ya que si las verdaderas preferencias de la gente son, potencialmente, observables solo de modo imperfecto, parcial, y en ocasiones abiertamente distorsionado, es factible que una sociedad que se encuentre al borde de un estallido revolucionario «no aparezca como más revolucionaria que otras sociedades que lucen igualmente

⁴⁵ Timur Kuran, *Private Truths, Public Lies*, ob. cit., pp. 3-5.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 17.

estables».⁴⁷ Esto es, sostiene Kuran, lo que ocurrió en relación con la «sorpresa» del colapso de los regímenes comunistas en Europa oriental, y luego en la URSS, a partir de 1989. Según este autor, esos regímenes eran mucho más vulnerables que lo sugerido a través de la actitud pasiva y resignada por mucho tiempo predominante entre la población. Millones estaban dispuestos a alzar su voz de protesta una vez que captasen que era «suficientemente seguro» hacerlo. Adicionalmente, argumenta Kuran, aun el apoyo de aquellos que efectivamente respaldaban el *statu quo* imperante era de hecho bastante frágil. Lo que pasaba era que, por años, en algunos casos décadas, se había producido en esos sistemas de dominación política un masivo fenómeno de falsificación de preferencias, inducido por el miedo.⁴⁸

Como veremos al analizar más en detalle el colapso de comunismo en la URSS, existía evidencia que indicaba hasta cierto punto el rechazo creciente hacia el régimen —y los demás sistemas marxistas en Europa oriental—; no obstante, Kuran tiene razón cuando señala que la intensidad y magnitud del rechazo eran mayores de lo que la mayoría de los estudiosos y observadores había supuesto. Ahora bien, la falsificación de preferencia suscita dos problemas de interés para nuestros efectos: Primero, ¿es posible identificar cuándo, bajo qué condiciones, individuos hasta ese momento sujetos al miedo se atreverán a superarlo, dejar de lado el engaño y la manipulación de sus preferencias, y ajustar sus «verdades privadas» y sus «mentiras

⁴⁷ Nikkie Keddie, «Can Revolutions be Predicted...?», en N. Keddie, ed., *Debating Revolutions*, ob. cit., p. 5.

⁴⁸ Véase Timur Kuran, «Now Out of Never», en N. Bermeo, ed., *Liberalization and Democratization*, ob. cit., p. 33.

públicas» en una sola «verdad pública»? Segundo, ¿es posible identificar y medir la falsificación de preferencias existente en una sociedad dada en un momento determinado?

Kuran aborda la primera interrogante así:

En la presencia de una realidad caracterizada por la falsificación de preferencias, la oposición privada al régimen puede expandirse e intensificarse indefinidamente sin que, al menos en apariencia, se transforme el apoyo al *statu quo*. Ahora bien, una coyuntura, un evento, aun uno intrínsecamente de menor relevancia, puede empujar a algunos individuos lo suficientemente irritados y decididos a alzar su voz de protesta. Su acción es capaz entonces de estimular a otros a hacer lo mismo, y la oposición pública crecer a través de un efecto como el de una bola de nieve descendiendo de una montaña, con cada nueva voz sumando otra hasta que buena parte de la sociedad se coloca, públicamente, contra el orden de cosas imperante [...]

La posibilidad de un estallido político no anticipado descansa sobre dos factores: por una parte, las dificultades para observar los criterios que sustentan las preferencias públicas de las personas, y por otra parte la interdependencia de esas preferencias públicas. En combinación estos dos factores hacen posible que cambios pequeños y no observados en variables privadas sean de pronto capaces de galvanizar cambios explosivos de la opinión pública. De igual modo, esos factores hacen posible que se generen importantes cambios en variables privadas sin que los mismos se manifiesten en el dominio público. Es

decir, enormes transformaciones pueden ocurrir, y grandes tensiones acumularse, en sociedades que parecen dormidas o anestesiadas. De tal forma que una estabilidad engañosa y el cambio súbito y explosivo son dos rostros de una misma moneda.⁴⁹

El modelo de Kuran contiene varios elementos, que vale la pena distinguir de nuevo: 1) La realidad de la falsificación de preferencias; 2) La diferencia entre distintos «umbrales de riesgo» de los individuos. 3) La interdependencia entre las preferencias públicas de la gente —lo privado puede mantenerse aislado; lo público se interconecta e influye mutuamente—. 4) La posibilidad del efecto «bola de nieve», a partir de un evento, de un momento coyuntural, de la acción de uno, de pocos, de un grupo de individuos tal vez, que empujan al resto. Se trata, como vemos, de un modelo que describe al individuo a la vez como impotente en su «verdad privada», y potencialmente muy poderoso —si, al traspasar su «umbral de riesgo», logra generar un efecto «bola de nieve»—: «El individuo es por sí solo impotente, ya que la revolución requiere la movilización de las masas; pero es también muy poderoso potencialmente ya que, con sus acciones, puede detonar una reacción en cadena que desata la necesaria movilización».⁵⁰

Desde luego, ese poder potencial de los individuos solo puede probarse en los hechos, y muchos de los que atraviesan el «umbral de riesgo» no sobreviven para contarlo. De allí que una sociedad, como dije antes, puede acercarse al borde de un estallido revolucionario sin

⁴⁹ Kuran, *Private Truths...*, *ob. cit.*, pp. 20-21.

⁵⁰ Kuran, «Now Out of Never...», p. 25.

que nadie caiga en cuenta de ello, ni siquiera aquellos con la capacidad potencial de desatarla. El destino final de los sistemas de dominación política depende, pues, de un complejo conjunto de variables, algunas de las cuales, como las opiniones privadas y los «umbrales de riesgo» de la gente son solo imperfectamente observables, lo cual complica las posibilidades de un ejercicio sensato y acertado del pronóstico político. Lo complica, pero no lo obstaculiza por completo. Existen técnicas —por ejemplo, encuestas «en profundidad»— que permiten, hasta cierto punto, penetrar más allá de las «mentiras públicas» hasta las «verdades privadas», pero, como con frecuencia ocurre en el terreno de las ciencias sociales, tienen limitaciones y no son plenamente confiables.⁵¹ La densidad del miedo imperante en una sociedad es un obstáculo crucial. Se presume que bajo la democracia el miedo es menor, y en general ello es así, pero no siempre, y la presión que sobre la opinión pública ejerce el mito democrático puede llevar a numerosos individuos a ocultar su decepción y rechazo ante el mismo, por temor a las consecuencias sociales —y aun al castigo político, aunque este último sea limitado— de su heterodoxia. También la democracia es susceptible al impacto del miedo hobbesiano, y sus mitos no son indestructibles.

⁵¹ Kuran, *Private Truths...*, pp. 337-343.

IV. LA REVOLUCIÓN IRANÍ: FIN DE UN MITO, NACIMIENTO DE OTRO

1. Paradojas de la modernización

Pocos eventos han caído tan de sorpresa sobre las conciencias contemporáneas como la evolución islámica en Irán, y pocas figuras políticas han contrastado de manera tan radical con el estereotipo occidental de lo que presuntamente es y debería ser un líder «progresista», como el ayatolá Jomeini. No es de extrañarse, pues, que uno de los más agudos analistas del proceso que condujo al derrocamiento de lo que para la inmensa mayoría de los observadores parecía la inexpugnable autocracia del sah, haya calificado la revolución que le derrocó como «la sorpresa del siglo».¹

La revolución iraní tiene especial interés dentro del marco de un estudio como este, pues se trata de un proceso que combinó, con las peculiaridades del caso, la disolución social, la erosión de un mito político y el surgimiento de otro, así como una ruptura masiva del miedo hobbesiano, y la confrontación decisiva por la hegemonía en medio de la turbulencia y el caos, dando nacimiento a un nuevo sistema de dominación política que choca de modo directo, como ya sugerí, con los esquemas dominantes sobre la filosofía de la historia, el cambio social «progresista», el papel de la religión y la ideología, y otros prejuicios firmemente establecidos en la perspectiva analítica del Occidente contemporáneo. Por todo esto, desentrañar las raíces y el curso de esa revolución tiene particular relevancia para mis objetivos.

¹ Said Amir Arjomand, *The Turban for the Crown: The Islamic Revolution in Iran*. New York & Oxford: Oxford University Press, 1989, p. 3.

Es imperativo comenzar constatando en qué medida la revolución tomó por sorpresa a muchos, para luego intentar explicar por qué, y finalmente indagar si el análisis retrospectivo nos permite identificar tendencias y hechos capaces de alimentar una más robusta teoría social y, tal vez, acrecentar nuestra capacidad de pronóstico político.

Un buen punto de partida lo ofrecen los párrafos introductorios de un Informe especial preparado por un equipo de especialistas, por encargo del Comité Permanente de Inteligencia de la Cámara de Representantes del Congreso de los Estados Unidos. Allí se lee lo siguiente:

A finales de 1977 y principios de 1978, violentas manifestaciones tuvieron lugar en Irán contra la autoridad del sah. La violencia se reanudó durante el verano y otoño, poniendo en peligro la monarquía y con ello el sustancial interés norteamericano en la estabilidad de Irán. En noviembre [de 1978], una evaluación de las opciones existentes realizada por el gobierno de los Estados Unidos ratificó el apoyo de la Casa Blanca a los esfuerzos del sah para restaurar el orden [...] Poco más tarde, el presidente Carter manifestó su insatisfacción con la calidad de la inteligencia política recibida, que había confundido y limitado las opciones norteamericanas ante los eventos en Irán [...] Desde entonces, el debate en torno al fracaso del análisis y la evaluación de los organismos de inteligencia norteamericanos en relación con Irán ha continuado.²

El asombro no se limitó al universo de las agencias de inteligencia de diversos países. También en el ambiente de los especialistas académicos, la revolución iraní dejó un sabor amargo, al trastocar teorías cuidadosamente elaboradas acerca de la naturaleza

² U.S. House of Representatives, Permanent Select Committee on Intelligence, Sub-Committee on Evaluation, Staff Report, *Iran: Evaluation of U. S. Intelligence Performance Prior to November 1978*. Washington, D. C.: U.S. Government Printing Office, January 1979, p. 1.

y causas de las revoluciones contemporáneas. Este fue, entre otros, el caso de Theda Skocpol, reconocida experta de la Universidad de Harvard cuyos estudios sobre las revoluciones sociales modernas han ejercido amplia influencia en nuestros días. A pesar de su intento, posterior al triunfo de Jomeini, de ajustar sus tesis a los nuevos eventos generados por la revolución islámica,³ lo cierto es que este proceso dejó muy mal parada una teoría sobre las revoluciones según la cual estas últimas se vinculan a derrotas en guerras externas, insurrecciones campesinas y crisis financieras del Estado.⁴ El sah cayó a pesar de que su poderoso ejército seguía en pie, no había experimentado ninguna derrota ni externa ni interna, el petróleo continuaba llenando de dólares los cofres del Estado iraní —y del sah y sus favoritos en el esquema patrimonial predominante—, y el campesinado había seguido tan pasivo como siempre mientras duró el mando del sah.

El propio sah fue uno de lo más sorprendidos con lo que pasó. Si bien es verdad que, como monarca absoluto, rodeado de adulantes profesionales y aislado de la realidad, el sah era propenso a engañarse sobre los orígenes, la magnitud y el impacto de los acontecimientos que eventualmente llevaron a su derrocamiento, es necesario insistir en que él no fue el único equivocado.

Ya en el exilio, rememoraba la situación en estos términos:

³ Véase Theda Skocpol, «Rentier State and Shi'a Islam in the Iranian Revolution», en *Social Revolutions in the Modern World*. Cambridge: Cambridge University Press, 1994, pp. 240-257.

⁴ Skocpol ha expuesto su teoría de las revoluciones en su libro, *State and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia, and China*. Cambridge, Cambridge University Press, 1979.

Cuando visité la ciudad de Meshed y la recorrí en un automóvil descubierto, solo cuatro meses antes de que la situación se hiciese desesperada, fui aclamado por 300.000 personas. Poco después de los problemas en Tabriz [febrero de 1978], mi Primer Ministro visitó el sitio y, de nuevo, tuvo una fervorosa recepción popular. No puedo imaginar nada igual en la historia del mundo, ni siquiera la Revolución Francesa, que pueda compararse con lo que ocurrió posteriormente.⁵

Es probable que, como lo afirmara el almirante norteamericano Stansfield Turner, el propio ayatolá Jomeini no se percatara adecuadamente, sino hasta los momentos finales y decisivos de la marcha exitosa del movimiento por él liderado. Esto también lo sugiere Keddie, cuando apunta que no existe evidencia de que la oposición clerical, incluyendo a Jomeini, confiase en su capacidad de derrocar al sah, sin que mediase un período de preparación bastante más prolongado de lo que resultó necesario.⁶

De hecho, hacía más de una década que la oposición religiosa al sah mantenía un muy bajo perfil; por años, Irán había disfrutado de un gran *boom* económico; las fuerzas armadas del sah, que alcanzaban alrededor de 350.000 hombres hacia 1977, se hallaban entre las mejor equipadas del mundo y parecían más que suficientes para controlar cualquier tipo de desorden interno. El sah había empeñado enormes recursos materiales y simbólicos para levantar un mito en torno a su autoridad, dinastía y gloria, tanto la suya personal como la de su país, al que había lanzado a un acelerado proceso de modernización alimentado por los vastos recursos financieros derivados del petróleo. El sah lucía espléndidamente seguro y su régimen era percibido en

⁵ Citado por Barry Rubin, *Paved with Good Intentions: The American Experience in Iran*. New York & Oxford: Oxford University Press, 1980, p. 203.

⁶ N. Keddie, «Can Revolutions be Predicted...?», *ob. cit.*, p. 4.

Washington y otras capitales, incluyendo Moscú, como un «baluarte» de estabilidad en el Medio Oriente ¿Qué pasó? ¿Por qué se derrumbó?

Si los mitos y el miedo, tal y como lo hemos argumentado en estas páginas, son los ingredientes que conforman el «cemento» de las sociedades, tenemos en primer término que preguntarnos: ¿Qué mitos sostenían el sistema de dominación política imperante en Irán, y por qué y cuándo se rompió la barrera del miedo frente al mismo? Como veremos, la revolución iraní vino a demostrar, una vez más, que los órdenes políticos no solo viven gracias al miedo, y que la legitimidad —o su ausencia— es un factor de singular relevancia en su supervivencia a largo plazo. El sah Mohammad Reza Pahleví había intentado construir y sostener la legitimidad de su mando autocrático, en una sociedad tradicionalmente apegada a los patrones éticos-religiosos de un influyente y rígido islamismo, con base en dos proyectos: la secularización de la sociedad a través de la educación, y la modernización económica, impulsada por el Estado y financiada por la renta petrolera. Estos programas, a su vez, respondían al mito imperial que el sah procuró levantar en torno a su figura, mito que lo identificaba con el fortalecimiento de su autoridad personal y con la creación de una dictadura patrimonial, en la cual él ocupaba lugar primordial y central, a manera de eje alrededor del cual se movía la totalidad del Estado y del cual derivaban todos los beneficios. Este proceso secularizador y modernizador no solamente chocaba con privilegios ancestralmente disfrutados por una extensa y poderosa hierocracia chiita —rama del islamismo—, que por siglos había estado presente en el manejo de los asuntos públicos en Irán, sino que a su

vez generaba cambios acelerados y perturbadores que en pocas décadas, al menos en apariencia, llevarían a Irán desde el «oscurantismo» y «atraso» de una sociedad cerrada y predominantemente rural, a nivel de una sociedad moderna, urbanizada, caracterizada por una amplia y educada clase media culturalmente vinculada a los valores del Occidente democrático y capitalista.

Las tensiones de un proceso semejante eran muchas. Para empezar, existía una profunda contradicción entre, por un lado, el mito imperial labrado sobre el mando autocrático y patrimonial de un solo hombre, y por otro lado, las implicaciones inevitablemente democratizadoras de un proyecto modernizador que pretendía «liberar» a los iraníes de las ataduras del pasado y educarles para competir en igualdad de condiciones con sociedades del capitalismo avanzado. El sah se dedicó a construir un mito usando para ello instrumentos que inevitablemente desataban fuerzas contrarias a su supervivencia. Un proyecto modernizador, promovido «desde arriba», quemando etapas en el seno de una sociedad profundamente permeada por las instituciones, las representaciones colectivas y los mitos de una rígida e influyente cosmovisión religiosa, se hallaba en radical antagonismo con una concepción dictatorial de la autoridad política, que cerraba todos los caminos de participación a aquellos que presuntamente debían ser los portaestandartes del nuevo mito, un mito secular e imperial a la vez moderno y autocrático, desarrollado y servil.

El proyecto modernizador del sah fue enfrentado, desde los propios inicios de su reinado, por la hierocracia chiita, cuya oposición se intensificó a partir de los años 1960 bajo el liderazgo de Jomeini, para quien la creciente autoridad real y los planes modernizadores del sah Reza Pahleví constituían amenazas directas al modelo teocrático del mando temporal que su chiismo reivindica. En 1962, Jomeini surgió como uno de los principales abanderados de importantes protestas anti-sah. El movimiento rebelde denunciaba el secularismo, la creciente incorporación de las mujeres a la vida pública, así como la cada día más estrecha alianza entre el régimen del sah y los intereses geopolíticos de los Estados Unidos en la región. Por su parte, el sah describió a la oposición religiosa como la «reacción del oscurantismo»,⁷ y a partir de 1964, y hasta su regreso en 1979, Jomeini vivió en el exilio, focalizando en su persona fuerzas que, en un momento dado, darían al traste con un régimen que a muchos lucía inexpugnable.

La primera paradoja del proceso de modernización «desde arriba», impulsado por el sah, se encontraba en que —como hemos visto— al mismo tiempo que impulsaba el surgimiento de una clase media educada y con valores «modernos», le cerraba el camino a cualquier forma efectiva de participación política, en el contexto asfixiante de una dictadura patrimonial. La segunda paradoja tiene que ver con los efectos dislocadores que los procesos de cambio social acelerado pueden ejercer sobre los individuos, al vulnerar mitos y poner en cuestión esquemas vitales tradicionales, sin ofrecerles a la

⁷ Arjomand, *ob. cit.*, pp. 80-87.

vez sustitutos con la rapidez y eficiencia necesarias para contrarrestar la inseguridad, pérdida de identidad y sensación de vacío existencial que los cambios violentos pueden suscitar. ¿Cómo es posible, se pregunta Arjomand, que la clase media iraní, la misma que había salido al exterior masivamente, financiada por el Estado, a estudiar en las mejores universidades del mundo occidental «desarrollado», haya sido capaz de autoengañarse del modo en que lo hizo en relación con los verdaderos propósitos y contenido de la revolución islámica?

¿Cómo es posible que esta clase media, urbana y secular, haya dado su respaldo a un movimiento liderado por clérigos empeñados en establecer un régimen teocrático en pleno siglo XX? ¿Cómo es posible que las mujeres iraníes, que serían forzadas a retornar a los esquemas de sumisión estipulados por una versión rígida del islamismo, estuviesen, sin embargo, en muchas ocasiones a la vanguardia de las protestas contra el sah y de la paralela mitologización del liderazgo carismático del ayatolá?⁸

Parte de la respuesta a esas interrogantes se encuentra en la reacción de individuos confundidos y angustiados, a raíz del impacto desestabilizador de procesos de cambio que dislocan y destruyen estructuras tradicionales, dejando a las personas a la deriva en medio de lo que se percibe como un proceso progresivo de disolución social, con severas repercusiones sobre los mitos y otras representaciones colectivas de la sociedad. Durante tan solo unas cinco décadas –corto tiempo en la vida de un pueblo– se concentró la casi totalidad de los cambios modernizadores experimentados por la sociedad iraní.

⁸ *Ibid.*, pp. 108-109.

Millones se movieron de sus hogares tradicionales y vieron trastocadas sus costumbres; toda la industrialización del país tuvo lugar entre 1927 y 1977, así como la creación de su infraestructura de transporte y educativa; se reformaron numerosas leyes, incluyendo reglas sobre instituciones tan delicadas como el matrimonio y la familia; las mujeres ingresaron a la vida pública y muchas abandonaron los velos que antes las cubrían; creció exponencialmente la población y la urbanización del país, y se crearon, casi desde cero, una burocracia y un ejército modernos. Los efectos de todo esto fueron complejos y contradictorios, generando graves tensiones en una sociedad conmocionada. En resumen, no cabe duda de que la revolución iraní ofrece un ejemplo particularmente ilustrativo del choque dislocador de la modernización acelerada en sociedades en las cuales las transformaciones, al mismo tiempo que producen avances en ciertas áreas, despiertan hondos desequilibrios en otras.

Esto último ocurrió en Irán bajo el sah. El millonario flujo financiero, controlado patrimonialmente a través de un Estado centralizado, favoreció de forma desproporcionada a ciertos sectores, que de la noche a la mañana se convirtieron en súper ricos con hábitos y patrones calcados de los grupos más conspicuamente consumistas del Occidente capitalista. Frente a estos grupos, es cierto, creció también una clase media, que por un tiempo disfrutó al menos una parte de los beneficios del *boom*, pero que pronto sintió igualmente sus efectos negativos en términos de inflación y frustración de previas expectativas. Finalmente, una masa importante quedaba fuera del reparto del botín petrolero, una masa

marginalizada y todavía por muchos canales vinculada a estructuras de control religioso que el sah procuró debilitar, pero que nunca pudo destruir.

Si bien la desigualdad social y la sensación muy generalizada de deterioro económico relativo en amplias capas de la sociedad ayudan a explicar la erosión que eventualmente se convirtió en protesta abierta, el fenómeno a mi modo de ver más relevante y de mayor trascendencia política se materializó en el terreno cultural-ideológico, y tuvo que ver con la fragilidad del mito imperial y la fuerza extraordinaria del mito de la revolución islámica. En una sociedad golpeada por cambios sucesivos y muy veloces, que trastocaron estructuras materiales y mentales que por largo tiempo habían sostenido su unidad, se puso de manifiesto una creciente anomia, una pérdida de patrones de conducta, de reglas de convivencia, de creencias compartidas y de mitos solidarios, que tiene mayor poder explicativo en cuanto al estallido de odio frente al sah que la simple sensación de empobrecimiento material relativo de un gran número de iraníes. Como lo apuntó Durkheim, las «crisis de prosperidad» en sociedades que súbitamente reciben riqueza que no resultan de un esfuerzo ordenado de la gente, son capaces de generar una aguda desorientación moral, perturbando gravemente el orden normativo que sostiene a la colectividad.⁹ En palabras de Arjomand,

Es evidente que el masivo influjo de petrodólares creó enorme confusión y desorden, como de igual modo ha pasado en Nigeria y México [y, podríamos añadir, Venezuela, AR]. Ello originó una fuerte reacción de la

⁹ Véase Emile Durkheim, *Suicide: A Study in Sociology*. Glencoe, N.Y.: The Free Press, 1951.

sociedad contra el desorden moral imperante, así como una ardiente aspiración dirigida a la restauración de criterios morales firmes. Surgió en la sociedad una enfermedad cultural, que abarcaba desde la generalizada confusión y desorientación de los *nouveaux riches* hasta el rechazo intenso de las influencias culturales extranjeras y antirreligiosas por parte de extensos sectores sociales.¹⁰

La anomia predominante se sumó a las restricciones impuestas por un sistema de dominación político-autocrático que, como apuntábamos antes, pretendía modernizar el país. Los sectores medios modernizados que apoyaron a Jomeini no lo hicieron porque creyesen en los beneficios de una teocracia; lo que buscaban era una república democrática basada en la soberanía popular y la independencia nacional; no obstante, respaldaron a Jomeini con una ingenuidad que hallaba su justificación en el deseo de cambio, y en el impulso a participar en la vida pública dentro de un marco de apertura y democracia. La autocracia del sah cerraba los canales de participación y favorecía en forma desproporcionada a pequeños grupos privilegiados, vinculados a la realeza y a sectores de la burocracia que monopolizaban los grandes negocios del Estado rentista basado en el petróleo. En medio de la irritación, la incertidumbre y la dislocación moral e ideológico-cultural, el frágil mito imperial dio paso a un nuevo mito, el de una revolución y un líder que representaban el rechazo a lo existente y la esperanza del cambio. La reacción contra lo que significaba el sah, y la búsqueda de una alternativa, fueron más fuertes que los riesgos que implicaba, para los sectores modernizados de la sociedad, cobijarse bajo un nuevo mito de carácter religioso y

¹⁰ Arjomand, *ob. cit.*, p. 198.

vinculado al pasado. Este mito, sin embargo, respondía a una aspiración social de unidad, pureza, seguridad e identidad. Como lo expresa Arjomand: «Al igual que el resto de la nueva clase media iraní, las mujeres con altos niveles de educación también se embriagaron con el descubrimiento de la comunión nacional que ofrecía el mito jomeinista, y permitieron que el mito de la revolución las sedujese, impidiéndoles percibir lo que ello implicaba», y cita a Monnerot: «En su nostalgia por la unidad y el consenso social, la psicología de los individuos es capaz de alimentarse de los más burdos engaños: la edad de oro, el día de gloria, etc.». ¹¹

No pocos de los que siguieron a Jomeini y contribuyeron a su victoria estaban motivados por los principios del partido clerical y el objetivo de construir una sociedad regida por los mandatos de la rígida versión del islamismo que se impuso; no obstante, como recuerda Dunn, «Todas las revoluciones reciben el apoyo de personas que no lo habrían dado si hubiesen comprendido con claridad lo que el proceso probablemente traería consigo». ¹²

Los petrodólares trastocaron las estructuras materiales y mentales de una sociedad que se vio inundada por una riqueza súbita y mágica, riqueza que a su vez dislocó normas y criterios de convivencia y orden por mucho tiempo madurados, desatando desigualdades, desorientación, confusión, en fin, anomia generalizada, acompañada de un deseo de cambio que se estrellaba ante la muralla de una autocracia rígida y complaciente. Ahora bien, esa anomia, enraizada

¹¹ *Ibid.*, p. 10.

¹² John Dunn, *Modern Revolutions. An Introduction to the Analysis of a Political Phenomenon*. New York: Cambridge University Press, 1972, p. 236.

en la fragilidad de un mito, encontró un poderoso canal para transformarse en protesta: la presencia de un mito alternativo, y de un liderazgo capaz de llevarle a prevalecer, factores ambos que determinaron la ruptura del miedo.

2. La revolución islámica como mito político

Las consideraciones que hemos hecho nos conducen, por los momentos, a tres conclusiones principales: 1) El reinado del sah pretendió sustentarse sobre un mito integrado por la imagen imperial y el poderío de la nación, sometida a un vertiginoso proceso de modernización «desde arriba». 2) El mito era frágil, ya que no solamente generaba una intrínseca contradicción entre el método de dominio autocrático del sah y el carácter moderno de las fuerzas sociales que presuntamente habrían de apoyarle, sino que a la vez enfrentaba un conjunto de poderosas estructuras de influencia religiosa, portadoras de un mito alternativo, que fueron debilitadas, pero nunca del todo sometidas por el sah. 3) Si bien la crisis económica posterior al *boom* petrolero, y la consiguiente frustración de expectativas, contribuyen en cierta medida a explicar el intenso resentimiento que se suscitó contra el sah hacia finales de los años 1970, las raíces de la irritación popular se hundían fundamentalmente en la anomia producida por el cambio social acelerado en el contexto del Estado rentista, patrimonial y autocrático, con su secuela de desigualdades, corrupción, anomia, desorientación y pérdida de referentes colectivos.

Esta situación de creciente disolución social seguramente hubiese podido prolongarse, y las barreras del miedo sostenerse, si no hubiesen existido un mito y un liderazgo alternativos capaces de ofrecer una salida y una esperanza, y de conducir las energías populares, por un tiempo reprimidas, en una dirección clara, focalizando el odio en la figura del sah. El carácter «no-racional» de los mitos políticos se puso de manifiesto con particular intensidad durante el proceso iraní, y uno de los grandes aciertos políticos del movimiento liderado por Jomeini estuvo en combinar el elemento islámico, de honda raigambre y sólida tradición espiritual como factor de la existencia colectiva, con la idea moderna de la revolución como instrumento de redención social. Como apunta Sorel, en sus *Reflexiones sobre la violencia*:

La movilización revolucionaria de las masas no puede tener lugar con el mero uso del lenguaje ordinario; es además necesario un cuerpo de imágenes que, por *intuición solamente*, y antes de cualquier análisis reflexivo, sea capaz de evocar y dar unidad al complejo conjunto de sentimientos [...] No puede haber lugar para la reconciliación de los contrarios y las ambigüedades académicas; todo debe estar claramente definido, de modo que una sola interpretación de la verdad sea posible. Este método posee todas las ventajas que el conocimiento «integral» tiene sobre el análisis.¹³

El mito moderno de la revolución redentora ya había sido apropiado, en Egipto, India y Paquistán, por sectores del universo religioso islámico de la rama sunita. Jomeini y sus seguidores en Irán hicieron lo

¹³ George Sorel, *Reflections on Violence*. New York: The Free Press, 1950, pp. 122-123.

mismo, ayudados por dos factores cruciales: el primero, la masiva presencia extranjera en el país, estimulada por el sah como uno de los instrumentos de la modernización —en el mundo militar y universitario, por ejemplo—. Esta notoria e influyente presencia extranjera, en especial norteamericana y europea, con su secuela de importación de costumbres y estilos culturales contrastantes, despertó fuertes resistencias y resentimientos, y permitió a Jomeini enarbolar el nacionalismo como ingrediente fundamental de su confrontación contra el orden de cosas imperante. Jomeini para muchos llegó a encarnar la auténtica identidad de la nación, frente a la nociva e «inmoral» influencia occidentalizante abrazada por el sah y los grupos privilegiados de la sociedad. En segundo lugar, la naturaleza del sistema de dominación político, centrado en la figura del sah, hizo de igual modo posible para la oposición focalizar en el «Rey de Reyes», en torno al cual se había levantado un culto personalista, la culpa de todos los males. Ello facilitó el surgimiento de ese «cuerpo de imágenes» del que hablaba Sorel, en el que cumplían una función decisiva las figuras contrastantes de un gobernante «contaminado» moralmente y un líder revolucionario que representaba la «pureza», la semilla de la reconquista de la verdadera identidad de la nación.¹⁴

Hacia mediados de los años 1970, el aparentemente muy sólido régimen de Reza Pahleví se hallaba en realidad carcomido en su mito esencial, aunque esta era una realidad difícil de percibir, que contrastaba radicalmente con la imagen de estabilidad y poderío que en el plano internacional proyectaba un mandatario autocrático, cuyo

¹⁴ Véase Arjomand, *ob. cit.*, pp. 103-105, 110-111.

país era visto como «rico» por el resto, debido a sus enormes recursos financieros. Los obstáculos que se interponían a una percepción más adecuada de las tensiones que corroían al régimen se acrecentaban debido a la marcada tendencia en las ciencias sociales contemporáneas a restar relevancia al papel de la ideología, de los mitos y símbolos en general, y de la religión en particular, como factores claves del acontecer político, sobre todo en sociedades sujetas a acelerados cambios modernizadores. La apropiación del mito de la revolución como redención, unido a un basamento religioso preexistente y de singular importancia como ingrediente del «cemento» social tradicional, dio forma a una mezcla extraordinariamente disolvente de los precarios pilares en que intentaba sustentarse el mito imperial. Sin embargo, el sistema de dominación establecido hubiese podido prolongar su existencia y sobrevivir si las barreras del miedo se hubiesen sostenido. Ello no ocurrió de ese modo, y si bien es cierto que era difícil —al menos hasta 1978— apreciar claramente el nivel de deterioro a que había conducido a la sociedad iraní el peculiar proceso de disolución que experimentó, alimentado por la dislocación petrolera, una vez roto el miedo era al menos posible sustentar mejores pronósticos políticos de los que en general fueron planteados. La ruptura del miedo y el obvio surgimiento de un liderazgo revolucionario alternativo fueron indicios claves, que algunos —pocos— captaron en su verdadera dimensión.

Por qué y cómo cayeron las aparentemente infranqueables barreras del miedo en un sistema de dominación en apariencia tan estable, es el tema que nos toca abordar seguidamente.

3. El derrumbe del sah

Así como la imagen de solidez que proyectaba hacia afuera el régimen no se correspondía con su fragilidad interna, del mismo modo la figura imperial de sah, cuidadosamente presentada al mundo exterior y a su propio pueblo como portadora de gran firmeza, seguridad en sí mismo e implacable voluntad, tampoco se correspondía con la verdadera situación de un hombre fundamentalmente débil e indeciso, que no se hallaba «ni mental ni organizacionalmente preparado»¹⁵ para afrontar el desafío de la revolución. Personas que le conocían, y habían sido testigos directos e indirectos de su actuación poco decidida en momentos críticos del pasado, sabían que tras la imagen imperial se escondía una personalidad compleja, alejada de la realidad, adicta a la adulación y propensa a las depresiones.¹⁶

El sah, como ocurre casi sin excepción con los gobernantes absolutos, recibía normalmente solo aquella información que los responsables de suministrarla suponían era la que le complacería escuchar. Ciertamente, es muy improbable que el sah haya tenido, a tiempo, noticias de sus órganos policiales y de inteligencia que le indicasen que el descontento existente en la sociedad, lejos de ser subestimable, era intenso y representaba una amenaza cierta. A este cuadro debe añadirse otro aspecto: médicos franceses que examinaron al sah a comienzos de 1978 le hicieron saber que se encontraba gravemente enfermo de cáncer, y que problemas de irrigación

¹⁵ Keddie, «Can Revolutions be Predicted...?», *ob. cit.*, p. 16.

¹⁶ B. Rubin, *ob. cit.*, p. 204; Arjomand, *ob. cit.*, p. 118.

sanguínea hacia el cerebro podían restar velocidad a sus reacciones y reducir su capacidad decisora.¹⁷

Es imposible evaluar en qué medida la enfermedad del sah jugó un papel adicional a los ya anotados rasgos de su personalidad. Lo que sí es bastante obvio es que la actitud del sah, el personaje clave de un gobierno autocrático, ante la crisis se caracterizó por la ambigüedad y la indecisión, por la incapacidad de tomar un camino claro y único, que fuese percibido así por las masas rebeldes y sus líderes, y de igual manera por los poderosos factores —empezando por las Fuerzas Armadas— que se mantuvieron junto al sah casi hasta el final, pero que no recibieron un mensaje firme e inequívoco acerca del camino a tomar, y acabaron por desintegrarse una vez que Reza Pahleví abandonó el país. A diferencia, por ejemplo, del colapso de la voluntad de dominio de las élites en la URSS, colapso que afectó a un grupo y no meramente a un individuo, en Irán el sah ocupaba una posición tan central de poder que su incapacidad para reaccionar con fuerza determinó la estampida o parálisis de todo el resto de los sectores dominantes —incluyendo los altos mandos de las Fuerzas Armadas—, que fueron incapaces, sin la guía de su jefe, de montar una defensa coherente del sistema de dominación establecido: «La simple verdad es que fue el propio sah quien retiró, con resultados decisivos, su compromiso de preservar el Estado. Una vez que abandonó la voluntad de luchar por su supervivencia política [...] el Estado se derrumbó desde dentro».¹⁸ Tampoco es posible determinar con precisión en qué momento el sah se «rindió» porque el hecho es que su actitud fue

¹⁷ Arjomand, *ob. cit.*, p. 118.

¹⁸ *Ibid.*, p. 114.

constantemente ambigua y vacilante, pero con seguridad las decisiones finales se tomaron a fines de 1978. En definitiva, el sah optó por irse del país en enero de 1979, sin dejar siquiera instrucciones a sus jefes militares para contactarle en el exterior.

El error fundamental del sah, desde la perspectiva de lo que convenía hacer para sostenerse en el poder —no de lo que era ética y políticamente deseable, tema que no es el que nos ocupa—, fue el de admitir fisuras a su propio mito aceptando elementos del mito democrático y haciendo concesiones —pero nunca las suficientes— a sus adversarios con el ánimo de apaciguarles de esa manera. Ya en octubre de 1978, el director de la policía secreta del sah —llamada por sus siglas Savak—, se quejaba ante un representante de la CIA de que el sah, con sus medidas «liberalizadoras», sus medias tintas, sus inconsistencias y ambigüedades, estaba enviando un mensaje confuso y desmoralizador a las Fuerzas Armadas, que no podían comprender por qué un gobernante imperial caía en el «juego» de la política democratizadora y de defensa de los derechos humanos entonces de moda en Washington bajo Jimmy Carter. Lo más sorprendente del asunto es que, aun después de declarar la ley marcial e instalar, en noviembre, un gabinete militar, el sah prosiguió con sus medidas liberalizadoras, rehusó ordenar arrestos masivos, obstaculizó la acción represiva de la policía y las Fuerzas Armadas, y declaró —en referencia a los que protestaban en las calles—: «He escuchado el mensaje de su revolución», continuando con su línea democratizadora y liberando a decenas de prisioneros políticos.¹⁹ La ceguera del sah acerca de la

¹⁹ *Ibid.*, pp. 116-117.

verdadera naturaleza de lo que iba a sucederle se reflejaba también en Washington y Londres, por ejemplo. Cuando, a mediados de octubre, altos jefes militares del ejército del sah se aproximaron a estos aliados extranjeros para sondear su opinión acerca de un posible golpe de Estado militar como salida a la crisis, ambos respondieron, a través de sus respectivos embajadores, que preferían una salida «democratizadora».²⁰

La inconsistencia del sah hundía sus raíces en una fatal inseguridad personal, que agrietaba su mito, así como también, en alguna medida, en los mensajes contradictorios de Washington, el aliado clave del sah, cuyo gobierno por una parte le alababa como «bastión de la estabilidad», y por otra, aunque sin proponérselo explícitamente, le debilitaba criticando su mando autocrático y el maltrato de los derechos humanos que del mismo se derivaba. Esa inconsistencia se puso de manifiesto desde el propio comienzo de la crisis, y se extendió hasta su culminación, con el abandono del poder por parte del «Rey de Reyes», y esa inconsistencia y vacilación fueron claves en el derrumbamiento de la última y crucial barrera de protección del sistema político de dominación: la barrera del miedo. Una vez que el sah optó por no usar la represión abierta y decididamente, la protesta se extendió como reguero de pólvora, sin encontrar muro alguno de contención a su paso.

El sah cayó a pesar de que su enorme y poderoso ejército se mantuvo hasta el final fundamentalmente unido y disciplinado, a la espera de una dirección clara y firme. Si bien es cierto que la

²⁰ Véase Anthony Parsons, *The Pride and the Fall. Iran 1974-1979*. London: Jonathan Cape, 1984, p. 84.

agitación jomeinista había tenido algún efecto en sectores de las Fuerzas Armadas, hasta la hora en que el sah dejó el país los incidentes de indisciplina fueron pocos y aislados, y las deserciones mínimas. El ejército no había sido diseñado para actuar sin la guía del sah, y el quiebre del mito, su rendición y abyecto abandono del poder, hicieron posible la victoria de las masas sobre el miedo, sellando el destino del régimen. El puntillazo se produjo cuando Jimmy Carter, el 7 de diciembre de 1978, declaró que, si bien él sentía simpatía personal por el sah, le correspondía al pueblo iraní tomar en sus manos su propio destino. Con ese planteamiento, interpretado por la oposición como un síntoma inequívoco de que los Estados Unidos estaba cortando sus amarras con Reza Pahleví, se removi6 el temor restante a una posible intervención directa norteamericana en la crisis. Washington fue tomado por sorpresa, y sus reacciones se caracterizaron también por la ambigüedad y la vacilación, por la incapacidad de reconocer en Jomeini a un verdadero revolucionario —lo mismo que, décadas antes, había ocurrido con Fidel Castro—, y la vana esperanza de «apaciguar», mediante sucesivas concesiones, a los fundamentalistas islámicos.

Cabe entonces preguntarse: ¿Qué habría pasado si el sah se hubiese decidido a sostener a toda costa la barrera del miedo? La respuesta sensata es, por supuesto: no podemos estar seguros. Es interesante constatar que uno de los más destacados estudiosos del proceso se contradice al enfrentar el punto: ¿era posible para el sah superar la crisis usando la represión sin vacilaciones? Por un lado, Arjomand sostiene que «Si no hubiese sido por los errores del sah, su

debilidad, confusión e indecisión, el colapso del régimen no habría ocurrido tan pronto». Por otro lado, sin embargo, el mismo autor, en el mismo libro, argumenta que la masiva campaña de desobediencia civil desatada por Jomeini y sus seguidores era de una naturaleza tal que el poder del ejército «hubiese sido de escasa utilidad» para contenerla.²¹ ¿Qué conclusión podemos entonces extraer? Nikki Keddie, por su parte, afirma que «si el sah hubiese usado la represión durante las etapas iniciales del desarrollo de la revolución, en la primavera de 1978, el proceso podría haber sido contenido, al menos por unos años».²² Lo cierto es que no podemos saberlo. Lo que sí podemos decir con certidumbre es que, a diferencia de lo que, por ejemplo, ocurrió con el ejército zarista de 1917 en Rusia, el ejército iraní preservó su integridad y disciplina básicas hasta el momento en que el sah dejó el suelo patrio. Las naturales tensiones derivadas de los enfrentamientos callejeros con las masas sublevadas seguramente eran significativas, pero fue solo después de la salida del sah que la indisciplina y las deserciones acabaron con la unidad y cohesión operacional de las Fuerzas Armadas. No podemos aseverar, porque sencillamente no lo sabemos, que un uso brutal e indiscriminado de la fuerza represiva por parte del sah hubiese salvado su régimen, o al menos hubiese superado esa crisis, bien prolongando por algún tiempo la agonía o bien abriendo puertas para cambios en otra dirección. Lo que sí podemos decir es que el sah se derrumbó, llevándose consigo su mito, y no puso a prueba su capacidad para defender la barrera del miedo.

²¹ Arjomand, *ob. cit.*, pp. 117, 119.

²² Keddie, «Can Revolutions be Predicted...?», *ob. cit.*, p. 15.

Hobbes se había hecho la pregunta, en relación con la caída de Carlos I de Inglaterra: ¿Cómo fue posible que un monarca con tantos soldados y pertrechos bajo su mando cayese ante sus enemigos?²³ En el caso de sah de Irán, la respuesta se encuentra en su irresolución, que contribuyó de modo decisivo a desvanecer el miedo en los corazones y las mentes de los que luchaban por su derrocamiento.

4. ¿La antihistoria? poder del mito y fragilidad del pronóstico político

El desempeño De los analistas, académicos, periodistas, miembros de los servicios de inteligencia —en particular norteamericanos—, y en general expertos y otros estudiosos de la sociedad iraní previamente a la revolución jomeinista, dejó mucho que desear en lo que se refiere al pronóstico de lo que venía. La sorpresa fue mayúscula, y no resulta fácil hallar casos que se separen de la tendencia general a la ceguera política. Uno de ellos, que surgió en marzo de 1978 —cuando la movilización popular contra el sah comenzaba a acentuarse— fue el de la presentación hecha por un académico estadounidense, James Bill, en un seminario realizado en el Departamento de Estado norteamericano para discutir los eventos en Irán. Bill señaló entonces que la violencia proseguiría y cada día más sectores se sumarían a la ola opositora: «A medida que esto ocurra, el sah perderá la voluntad y la capacidad para usar los métodos normales de control político [...] las perspectivas del actual drama político iraní se agravarán, así como las del futuro de la influencia de Estados Unidos

²³ Thomas Hobbes, *Behemoth*, *ob. cit.*, p. 4.

en la zona». ²⁴ Esta visión anticipatoria fue, sin embargo, muy excepcional.

Las dificultades que la casi totalidad de los observadores enfrentaban en relación con Irán, eran quizás aún mayores que los usuales obstáculos que se interponen en el camino de vislumbrar los cambios que puede deparar el futuro. Para empezar, los esquemas conceptuales e ideológicos predominantes, tanto en el universo de la teoría social como en la dimensión, menos especializada, del cotidiano análisis político en los medios de comunicación y los organismos de inteligencia, dejaban muy poco espacio abierto para la inédita posibilidad de que, ya culminando el siglo XX, un personaje con las características carismático-religiosas del ayatolá Jomeini, enarbolando un programa político teocrático, fuese capaz no solo de derribar un régimen «modernizador» y aparentemente sólido, sino también de, en efecto, llevar a cabo su revolución, estableciendo un régimen islámico. La subestimación a la que ciertas tendencias de la teoría social contemporánea han sujeto tanto el papel de la ideología en general, como de la religión en particular, en el terreno político, obstaculizó la percepción de un fenómeno al que, ni la experiencia reciente ni los esquemas conceptuales predominantes admitían con comodidad.

En un sentido, el triunfo de la revolución iraní arrojó el saldo positivo de, hasta cierto punto, contribuir a focalizar la atención sobre la relevancia de factores «no racionales» en la vida política. Las acciones de muchos de los revolucionarios islámicos no respondían a

²⁴ Citado por Rubin, *ob. cit.*, p. 208.

cálculos sobre opciones probables, sino a convicciones y motivaciones no-negociables, capaces por sí mismas de suscitar los mayores sacrificios. Tampoco ha sido fácil para la teoría social, y para el análisis de políticos, politólogos y periodistas por igual, identificar a tiempo a los verdaderos revolucionarios de nuestra era, y distinguirlos de aquellos que se disfrazan de radicales con propósitos meramente manipulativos, para luego despojarse de la vestimenta y adoptar el traje de nuevas conveniencias cuando las circunstancias así lo sugieren. Esta miopía, que también tiene sus orígenes en la incapacidad para atribuir a otros una «irracionalidad» que nos resulta inaceptable, se ha puesto de manifiesto en nuestros tiempos modernos con relación, por ejemplo, a Hitler, Fidel Castro y, desde luego, Jomeini. En lo que respecta a Jomeini, el líder islámico nunca ocultó sus ideas y objetivos; al contrario, su extensa carrera se caracterizó precisamente por su constante insistencia en que la transformación que proponía sería todo lo radical que anunciaba.

Hay que enfatizar una vez más que lo que se busca en el terreno del pronóstico no es predecir eventos específicos, sino definir tendencias y clarificar su significado, a partir del contexto conceptual de una teoría sobre lo que sostiene y fragmenta las sociedades y sistemas de dominación política. Desde esta perspectiva, el análisis en torno al Irán del sah, los efectos de su mandato, el impacto de las transformaciones socioeconómicas acaecidas bajo el régimen autocrático, las tensiones y dificultades que existían en el seno de la sociedad, la fuerza potencial de la oposición islámica, la fragilidad cultural del mito imperial y el ansia de un nuevo mito unificador y

restaurador de un sentido de identidad y de un universo normativo, el análisis —repito— de estos y otros factores, y de sus posibles consecuencias, fue pobre y poco imaginativo. En descargo de los que se ocuparon del tema, es necesario recordar, por un lado, que las características represivas del régimen dificultaban el estudio de las tendencias de opinión pública, a lo cual hay que añadir, por otro lado, que las encuestas existentes estaban seguramente contaminadas de una intensa «falsificación de preferencias».²⁵

La dinámica revolucionaria propiamente dicha, que se extendió entre comienzos de 1978 y enero de 1979, generó la normal combinación entre la erupción de tendencias que venían madurando en el seno de la sociedad, y acciones múltiples de diversos actores en relación con una amplia variedad de situaciones. Es esta mezcla de la influencia de un sustrato fundamental de condiciones históricas, y de las respuestas concretas de individuos y grupos actuando dentro de un marco de incertidumbre, lo que constituye el escenario histórico y define sus resultados. No podemos pronosticar infaliblemente de qué modo actores particulares responderán ante determinados eventos, pero sí podemos hacer conjeturas razonablemente sustentadas sobre ello, así como también en referencia a la evolución probable de tendencias capaces de preservar o erosionar la estabilidad de los sistemas de dominación política. Muy poco de esto, sin embargo —por las razones antes expuestas— se llevó a cabo en el caso de Irán.

El Informe del Congreso norteamericano, mencionado al comienzo de este capítulo, acusa a los organismos de inteligencia de

²⁵ Keddie, «Can Revolutions be Predicted...?», *ob. cit.*, p. 37.

Estados Unidos —la CIA en particular—, así como a las agencias especializadas en el Departamento de Estado y otros órganos de la burocracia, de «carencia de empatía» (*insensitivity*) hacia los «problemas de fondo» de Irán.²⁶ El Informe atribuye también parte del problema a los decisores en el gobierno, quienes nunca se formularon la pregunta: ¿Sobrevivirá a largo plazo el sah?, ya que toda su política se basaba en esa premisa. Este Informe es un buen ejemplo de lo que es y no es razonable esperar del análisis y el pronóstico políticos. En ocasiones, los autores tienden a pedir demasiado, considerando las limitaciones que imponían tanto la naturaleza del régimen como de la estrecha alianza Washington-Teherán. Esto se percibe, por ejemplo, cuando sostienen que «Lo que faltó [...] fue una adecuada comprensión de la meta y las expectativas de la oposición, así como de las actitudes populares hacia ella».²⁷ Paradójicamente, el Informe indica que el logro de ese objetivo habría requerido «amplios contactos con la población», lo cual era muy difícil en las circunstancias imperantes, y habría resultado inaceptable para el sah y su policía política. Por otra parte, sin embargo, el Informe acierta cuando señala que la CIA «fracasó por completo en preparar a los consumidores [de sus análisis, AR] respecto a la gravedad de los disturbios populares».²⁸ Todavía en agosto de 1978, cuando ya las masas populares tenían varios meses desbordando las barreras del miedo, la CIA distribuyó un reporte en el cual se afirmaba que «Irán

²⁶ U.S. House of Representatives, *Iran...*, *ob. cit.*, p. 1.

²⁷ *Ibid.*, p. 3.

²⁸ *Ibid.*, p. 6.

no se encuentra en una situación revolucionaria o siquiera prerrevolucionaria». ²⁹

En suma, el Informe hace explícito el problema de fondo para el análisis de complejos procesos sociales:

Las tensiones que venían intensificándose por años en Irán, al ser examinadas a lo largo de su camino de maduración y desde una ventajosa visión retrospectiva, muestran una clara y consistente tendencia. Sin embargo, mientras tenían lugar, la mezcla y confusión de datos, ciertos y falsos, prejuicios y miopía, oscurecían el significado de los hechos a ojos de analistas que, atrapados en medio de un huracán de situaciones cambiantes, tendían a perder de vista el pasado inmediato en su esfuerzo por comprender el presente. ³⁰

En el caso de Irán no solo fallaron los pronósticos, sino que también se pusieron de manifiesto severas deficiencias en el análisis teórico de la evolución sociopolítica del país a lo largo del mandato del sah. Sin un adecuado análisis de esa realidad, mal podía formularse un pronóstico razonablemente sustentado acerca del futuro probable del régimen.

En síntesis, en este caso particular, la crítica más severa que debe hacerse, en especial en relación con los organismos de inteligencia de los Estados Unidos —que son aquellos acerca de cuyo desempeño poseemos información—, tiene que ver con su incapacidad —una vez que se hizo evidente que la barrera del miedo estaba derrumbándose y que el sah no se decidía a defenderla—, para advertir

²⁹ *Ibid.*, pp. 6-7.

³⁰ *Ibid.*, p. 4.

que el destino final del régimen estaba jugándose, desfavorablemente, en las calles de Teherán y otras ciudades, pues las masas se habían despojado del miedo hobbesiano y habían hallado un nuevo mito.

V. EL DERROCAMIENTO DE ALLENDE: LA DECISIÓN HEGEMÓNICA

1. ¿Era inevitable la caída de Allende?

El paso de los años, así como el acentuado desprestigio experimentado por el ideal socialista, han disminuido un tanto el carácter de infame leyenda que rodeó por mucho tiempo el golpe militar contra Salvador Allende, sobre todo en el universo de la izquierda latinoamericana y mundial. Sin embargo, en su momento, la acción de los militares chilenos contra un mandatario electo democráticamente, quien afirmaba estar construyendo un «socialismo con rostro humano», mereció un generalizado oprobio, y marcó de modo profundo el debate ideológico a nivel internacional, colocando durante meses el proceso chileno a la cabeza de la siempre competida pugna por la atención de los medios de comunicación de Europa, Estados Unidos y América Latina.

Cuando se estudia con algún cuidado ese proceso, y se analizan los eventos que culminaron en el golpe de Estado militar del 11 de septiembre de 1973, se respira una atmósfera de fatalidad, como si todo aquello hubiese sido parte de una especie de libreto previamente elaborado, y actuado por personajes movidos por directrices y fuerzas que les controlaban y guiaban hacia un destino prefijado. Los pasos en falso de la coalición socialista, la a ratos ilimitada y suicida arrogancia de ciertos dirigentes de la izquierda chilena, los errores y vacilaciones del propio Allende, adquieren en ocasiones una relevancia tan obvia que uno se siente tentado a dictar un veredicto de inevitabilidad histórica en torno a lo ocurrido. No obstante, como he argumentado

en páginas anteriores, nada es «inevitable» en la historia. Lo que hoy luce como el desenlace fatal de las fallas humanas y el empuje de las fuerzas sociales, ayer fue un territorio de incertidumbre en el que seguramente sobrevivían opciones distintas a las que se escogieron y tomaron.

Como lo expresa Joan Garcés, uno de los más agudos analistas del proceso chileno bajo Allende y asesor personal del presidente durante los tres años de su mandato:

Lo que hoy es una certeza, antes de esa fecha [11 de septiembre de 1973] era sólo una probabilidad cuyo desenlace no aparecía como fatal ni a la UP [Unidad Popular] ni a los propios putschistas. Ni las causas del desenlace estaban dadas desde un comienzo, ni las opciones y combinaciones sucesivas que fueron configurando la estructura de la acción colectiva estaban predeterminadas de antemano, ni la posición y suerte de cada grupo o persona iba a ser independiente del papel que voluntariamente había venido asumiendo.³¹

Otro de los más destacados estudiosos del tema lo expresa de este modo:

Las limitaciones que definían el espacio para la acción de los distintos participantes eran formidables, y se hicieron más severas a medida que se desarrollaba el drama. Pero hubo también espacio suficiente para salvar el sistema democrático en las diversas coyunturas críticas. No es cierto sostener que el resultado habría sido distinto si Allende hubiese admitido el consejo de los maximalistas en la coalición de izquierda, que le recomendaban buscar aceleradamente una confrontación social violenta. Semejante estrategia sólo habría

³¹ Joan E. Garcés, *Allende y la experiencia chilena*. Barcelona: Ariel, 1976, pp. 172, 358.

adelantado el golpe de Estado mediante la erosión temprana del sistema tradicional. Es también incierto sostener que el cambio social progresista no era factible en el marco de las instituciones existentes. Es verdad que algunas transformaciones radicales que ciertos sectores deseaban no eran posibles dentro del sistema tradicional, pero las mismas hubiesen sido difíciles de lograr bajo cualquier régimen en tan corto tiempo, por progresista que fuese.³²

¿Qué produjo entonces la caída de Allende? Para Valenzuela, el fin del drama encuentra explicación en la miopía de las fuerzas del centro político —en las que ubica a importantes sectores de la democracia cristiana chilena y también, aparentemente, de las coaliciones de izquierda y derecha—, miopía que les impidió percibir en su verdadera dimensión el destino al que les empujaba la lógica de la crisis política y las terribles consecuencias que eventualmente traería consigo. Los intereses particulares de grupos e individuos se impusieron, reduciendo el espacio de maniobra para todos, polarizando cada vez más las posiciones y haciéndolas más y más inflexibles, llevándoles finalmente al desenlace que todos, secretamente, temían, pero se rehusaban a enfrentar con absoluta e implacable claridad.³³

No cabe duda de que la miopía a la que se refiere Valenzuela constituyó un relevante ingrediente del proceso. Sin embargo, considero necesario ubicarla conceptualmente como parte de un esquema teórico más amplio, dentro del cual lo verdaderamente crucial fue la decisión de Allende y la Unidad Popular chilena de

³² Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile*. Baltimore & London: The Johns Hopkins University Press, 1978, pp. XIII-XIV.

³³ *Ibid.*, pp. XIII, 60.

plantear la lucha por la hegemonía desde una posición de marcada debilidad y vulnerabilidad propias, sobre una base de recursos materiales y espirituales (ideológico-psicológicos) minoritaria y frágil, base que era evidentemente insuficiente para imponer un nuevo mito y al mismo tiempo sostener las barreras del miedo.

El nuevo mito que Allende y la izquierda chilena pretendían imponer era el mito socialista, eso sí, un socialismo «democrático». Paradójicamente (hay que recordar que la situación bajo estudio ocurrió a principios de la década de 1970), el mito socialista era reivindicado por sus proponentes como una vía de superación material para la mayoría, así como de creación de un «hombre nuevo». En palabras de Garcés: «Transformar la revolución de la minoría en revolución de la mayoría exige un nivel de desarrollo económico suficientemente alto para que la mayor parte de la sociedad sienta necesidad de suprimir el modo de producción capitalista».³⁴ Obviamente, ni estaba claro aún para muchos el fracaso económico de los sistemas colectivistas, ni era Chile para entonces un país económicamente avanzado. El mito socialista, no obstante, continuaba en esa época ejerciendo un poderoso atractivo ideológico alrededor del mundo, y en Chile fue convertido en punta de lanza de una importante ofensiva política, dirigida a sustituir un orden «burgués» adornado de una «falsa democracia».

Esa ofensiva política, que abiertamente proclamaba la superioridad de un nuevo mito, así como el menosprecio hacia un conjunto de representaciones colectivas de larga tradición —principal

³⁴ Garcés, *ob. cit.*, p. 34.

entre ellas, el mito de la democracia como compromiso—, enarbolaba el mito alternativo de una «verdadera democracia», de una «democracia social», y deliberadamente erosionaba los cimientos de la «falsa democracia» existente. Paradójicamente, de nuevo, la ofensiva se desató con base en la premisa, no siempre claramente admitida o siquiera percibida, de que aquellos cuya oposición al mito socialista podía darse por descontada —la derecha chilena, importantes sectores de la clase media y las Fuerzas Armadas, y los Estados Unidos—, de algún modo iban a aceptar pasivamente, o al menos con cierta resignación, acciones como la «intensa y vigorosa movilización de masas» por parte de la izquierda, y la «estrecha coordinación entre la oficialidad leal —al gobierno de la UP— y las organizaciones obreras». Semejante ilusión, que discutiré con mayor detenimiento más tarde, se plasma con patética ingenuidad en frases como las siguientes, de una analista norteamericana: «La organización de masas por la izquierda chilena no tenía por qué implicar acciones inconstitucionales, disturbios del orden público, o la *inmediata* entrega de armas a los trabajadores» [itálicas AR]³⁵. Dicho en otros términos, la presunción era que los sectores opuestos a la Unidad Popular eran ciegos, y quizá un poco idiotas, hasta el punto de no ser capaces de caer en cuenta de nada si no cuando sus enemigos acordasen que había llegado el momento de «armar a los trabajadores».

En el segundo capítulo de este estudio se discutió la noción gramsciana de «hegemonía». Dije entonces que, a mi manera de ver,

³⁵ Véase Lisa North, «The Military in Chilean Politics», *Studies in Comparative International Development*, vol. 2, 2, Summer 1976, pp. 98-99.

el aporte clave de Gramsci, en el contexto marxista y en el de la teoría política como un todo, estuvo en destacar la relevancia para la vida social en general, y para la estabilidad de los sistemas de dominación política en particular, de las ideas, percepciones, creencias y compromisos simbólicos de las personas concretas que integran la sociedad. Gramsci sostuvo también —en ocasiones implícitamente— que la fuerza sin la legitimidad es frágil. He argumentado, por mi parte, que el miedo constituye la garantía final del dominio político, y su disolución progresiva señala el comienzo del fin. Cabe recordar, finalmente que, de acuerdo con Gramsci, el ejercicio de la hegemonía social significa dominio por consenso, con la fuerza jugando un papel relativamente secundario, de —preferiblemente— distante disuasión.³⁶

Ahora bien, un aspecto fundamental de la reflexión gramsciana se refiere a su convicción según la cual en las sociedades modernas, caracterizadas por una sociedad civil desarrollada y un Estado constituido —como era el caso de Chile en la etapa que nos ocupa—, un sector social debe primero penetrar la sociedad con su mito —convertirse en sector ideológicamente «dirigente», en términos del propio Gramsci—, antes de la conquista del poder político —de hecho, la condición de sector «dirigente» en el campo del mito es una de las condiciones para la conquista de ese poder—.³⁷ Desde luego, puede ocurrir, como fue el caso en Rusia en 1917, que un sector minoritario, en medio de una grave crisis, se haga del poder del Estado y lo ejerza con decisión implacable. Los procesos históricos son complejos y

³⁶ Véase Gwyn A. Williams, «The Concept of “Egemonia” in the Thought of Antonio Gramsci: Some Notes on Interpretation», *Journal of the History of Ideas*, 21, 4, October-December 1960, pp. 586-599.

³⁷ *Ibid.*, pp. 595-596.

difíciles de ceñir a reglas inflexibles. No obstante, conviene tener presente que los bolcheviques eran portadores de un mito poderoso, que con gran rapidez se expandió entre masas crecientes, decepcionadas frente al mito imperial. Interpreto a Gramsci en el sentido de sostener, no exactamente que sea imposible la toma del poder político por parte de un sector que no se haya aún convertido en «dirigente» en el terreno del mito, sino que ello es indeseable y, en todo caso, políticamente mucho más costoso.

Según Gramsci, la «crisis orgánica» de una sociedad afecta tanto a su base material como a su «superestructura» —la sociedad civil y política—, todo lo cual Gramsci cubría bajo el concepto de «bloque histórico». La «crisis orgánica» se manifiesta como una crisis de hegemonía, entendida como la decadencia decisiva de la ideología — los mitos— de la clase dominante en el plano de la sociedad civil, y el surgimiento de un nuevo mito enarbolado por un grupo o sector con la voluntad de imponerlo. Toca preguntarse: ¿Estaba en esa condición la sociedad chilena en 1970, cuando se produjo la victoria electoral de Allende? Como discutiremos en la sección siguiente, el sistema de dominación política en Chile tenía la salud quebrantada para el momento en que se concreta el triunfo electoral de la Unidad Popular. Sin embargo, fue este un triunfo minoritario en el marco de un electorado que se dividió en tres partes: Allende obtuvo 36.2% de los votos, el candidato de la derecha, 34.9%, y el abanderado de la democracia cristiana, 27.8%. No obstante, si bien no podemos con certeza afirmar que ya para entonces el mito de la democracia de compromiso —la «democracia burguesa» que cuestionaba la

izquierda—, mantuviese el atractivo y preeminencia de otros tiempos, lo que sí creo razonable sostener es que el mito socialista era *virulentamente rechazado por sectores muy importantes, numérica y cualitativamente*, de la sociedad chilena. No se trataba, como en la Rusia de 1917, de un mito novedoso, sino de un mito herido en las mil batallas de una guerra fría —y de muchas guerras calientes— que habían tenido y seguían teniendo lugar en el transcurso de las pasadas décadas, y que definía una clara y firme línea divisoria a nivel internacional y local. Dicho de otra forma, si bien el mito democrático tradicional había perdido parte de su atractivo, el mito con el cual la izquierda chilena pretendía sustituirlo despertaba una férrea e implacable resistencia de parte de un bloque social posiblemente mayoritario, y en todo caso en extremo poderoso. Plantear, por tanto, el imperativo de la decisión hegemónica, es decir, la decisión sobre qué sectores de la sociedad iban a ejercer el dominio político-ideológico, en las condiciones en que ello fue planteado en Chile por la Unidad Popular, era una receta para el enfrentamiento radical, y *no otra cosa cabía esperar de las realidades de la situación*.

Quisiera despejar posibles dudas en torno al punto previo. Lo que intento argumentar no es que esas realidades hacían inevitable la caída eventual de Allende; lo que sí resultaba muy probable, dadas las circunstancias, era la radicalización de los antagonismos, en condiciones que colocaban a un gobierno de minorías, geopolítica y económicamente muy vulnerable, en una situación muy difícil y precaria. Ante este panorama, los supuestos del «modelo situacional» y sus recetas de racionalidad indicarían que una opción válida para el

gobierno socialista era la de abandonar sus fines políticos, o al menos moderarlos para ajustarlos a un contexto que evidentemente generaba obstáculos fundamentales a su implantación. Como veremos, no obstante, la escalada de los enfrentamientos, alimentados por los crecientes compromisos simbólicos de los distintos bandos y líderes en pugna en relación con sus propios mitos, dio lugar a una espiral de violencia que, cuando se intentó detenerla, ya había avanzado más allá del borde del abismo.

No me cabe duda de que Allende fue particularmente desafortunado, desde su perspectiva, por la coincidencia entre su período de mando y la presencia en la Casa Blanca de Nixon y Kissinger, en particular de este último. La formación intelectual de Kissinger, sus concepciones geopolíticas —prototípicas de los «halcones» en la Guerra Fría—, y su firme anticomunismo le convertían en un enemigo declarado del experimento chileno.³⁸ Bajo la dirección personal de Kissinger, Washington desplegó una ofensiva prácticamente total contra Allende, ofensiva que ha sido cuidadosamente documentada a través de informes elaborados por las propias agencias gubernamentales norteamericanas, los cuales ponen de manifiesto el abanico de acciones —incluyendo sanciones económicas, presiones políticas, y estímulo y respaldo a golpes militares—, apoyadas desde la Casa Blanca.³⁹ Este era, sin embargo, no

³⁸ En torno a la figura de Henry Kissinger, su visión del mundo y las peculiaridades de su pensamiento político, puede consultarse mi tesis doctoral, *The Conservative Challenge: Henry Kissinger and The Ideological Crisis of American Foreign Policy*. King's College, University of London, PhD Dissertation, 1985.

³⁹ Los documentos claves son: U.S. Senate, LXXXIII Congress, *Hearings before the Subcommittee on Multinational Corporations*. Washington, DC: U.S. Government Printing Office, 1973, Vols. I y II; *Alleged Assassination Plots Involving Foreign Leaders*. Washington, DC: U.S. Government Printing Office, 1975; *Covert Action in Chile, 1963-1973*. Staff Report of the Select Committee to Study

otra cosa que un elemento adicional del complejo ajedrez que los socialistas chilenos hallaron sobre el tablero, y ante el cual se veían forzados a responder. El hecho de haber respondido del modo que lo hicieron no estaba predeterminado por un destino irrevocable.

De la misma manera que, creo, es razonable sostener que Allende tuvo particular mala fortuna con la naturaleza específica de sus adversarios en Washington, quienes jamás estuvieron dispuestos a hallar fórmulas de compromiso, también es necesario decir que la situación fue distinta en relación con las Fuerzas Armadas chilenas, *que sí mostraron, por buen tiempo, una mayoritaria propensión a mantenerse dentro del marco institucional encarnado por el sistema político tradicional*, es decir, precisamente de aquel marco que Allende y sus seguidores aspiraban cambiar. Los militares chilenos, al igual que la mayoría de las instituciones castrenses en América Latina, eran para entonces —y siguen siéndolo— ferozmente antimarxistas. Su compromiso institucionalista con la democracia y los gobiernos civiles, por otra parte, siempre ha sido predominantemente adjetivo y no sustantivo, condicional y no permanente, situado al nivel de las conveniencias y circunstancias más que en el plano de las convicciones profundas. Este no es ningún secreto para quienes conocen la realidad de esas instituciones, su historia, y la naturaleza de sus intereses, objetivos y posturas ideológicas. Chile, sin embargo, se había distinguido por décadas precisamente por la fortaleza de sus gobiernos civiles y del compromiso institucionalista de los militares. Fue ese punto el que el gobierno socialista puso a prueba, y la evidencia indica

Governmental Operations with respect to Intelligence Activities. U. S. Senate. Washington, DC: U.S. Government Printing Office, 1975.

que solamente hacia finales de 1972, en medio de un creciente caos frente a la amenaza cada vez más patente de una guerra civil, que los militares chilenos intervinieron directamente en el curso de los eventos políticos. Esa intervención, de paso, se produjo a través de la incorporación, por parte de Allende, del comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats, al gabinete ejecutivo como ministro del Interior, acompañado de otros dos oficiales en los ministerios de Minas y de Obras Públicas. Ciertamente, la evidencia también indica que, desde el propio comienzo de la gestión socialista, existió una facción golpista –minoritaria inicialmente– en el seno de las Fuerzas Armadas chilenas, que solo fue capaz de imponerse finalmente después de tres años de desaciertos por parte de Allende y muchos de sus seguidores.⁴⁰

El intento de golpe de Estado del 29 de junio de 1973 tuvo especial importancia, debido a que la reacción de los sectores más radicalizados de la Unidad Popular, con sus llamados a «armar a los trabajadores» y sus esfuerzos para movilizar los cordones obreros en varias ciudades, persuadió definitivamente a los militares chilenos acerca de la mortal amenaza, para las Fuerzas Armadas, del surgimiento de un ejército paralelo en Chile.⁴¹ Este intento de golpe de Estado no respondió, como fue el caso pocos meses más tarde, a una acción concertada por parte de los altos mandos, sino a la acción individual de un oficial extremista que confiaba en que su gesto suscitaría rápido y amplio apoyo por parte del resto de la oficialidad. De hecho, fueron Prats y los altos comandantes de las distintas ramas castrenses los que derrotaron la intentona, con relativamente pocas

⁴⁰ Véase Valenzuela, *ob. cit.*, pp. 21, 82, 100-101, 108-109.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 98-102, 196.

bajas. Es significativo que los militares muertos a raíz de ese evento, tanto los «constitucionalistas como los golpistas, fueron enterrados con honores y en igualdad de condiciones, al mismo tiempo que partidarios de la Unidad Popular gritaban “paredón” “paredón”». ⁴² Merece la pena resaltar este suceso, que considero altamente revelador del espíritu de cuerpo que caracteriza a la institución castrense en Chile, la cual seguramente no ignoraba la historia y conocía muy bien lo que ocurrió a los ejércitos ruso, chino y cubano luego del triunfo marxista en esos países. Lo digno de tener en cuenta es que, a pesar de todo esto, por tres años los militares chilenos sostuvieron a Allende. Como veremos, si bien es cierto que este último hizo serios esfuerzos por mantenerse dentro del marco de la institucionalidad establecida, y no admitió en forma explícita el empuje radicalizante de los sectores más extremistas de la Unidad Popular, también es verdad que sus vacilaciones, su retórica, su sobrestimación del potencial manipulador de la táctica política, y su incapacidad —hasta muy tarde— para detener la espiral conflictiva, le arrojaron al abismo.

En un notable y también muchas veces desacertado estudio, Joan Garcés muestra una clara comprensión del tema de la crisis hegemónica y su significado. ⁴³

Los sectores sociales —escribe— de la alta y mediana burguesía se han encontrado tradicionalmente resguardados por la autoridad del Estado, así como por sistemas normativos de dirección y resolución de los conflictos — propiedad, influencia política directa, grupos de presión, etc.—. Un

⁴² *Ibid.*, p. 99.

⁴³ Véase Garcés, *ob. cit.*, p. 70.

gobierno como el de la UP invertía la situación radicalmente, poniendo la autoridad del Estado al servicio de las clases populares y de la *desarticulación de los sistemas normativos de la alta burguesía*.⁴⁴

El problema del análisis clasista es que pierde de vista que un mito como el de la democracia no es necesariamente patrimonio exclusivo de un solo sector, y puede cumplir, como en efecto por mucho tiempo cumplió en Chile, el papel de cemento social del conjunto. La erosión de ese mito no guardaba relación con el intento de sustituirle por el mito socialista, cuya precariedad no era capaz de sostener el peso al que se trataba de someterle. Lo paradójico del asunto reside en que Garcés no se percata de la contradicción entre, por una parte, su adecuada comprensión de que «La transición al socialismo [...] no puede ser la obra de una minoría, por más que sea mayoritaria en el seno de la clase obrera, sino de la mayoría de la sociedad —por más que existan contradicciones en su seno—»,⁴⁵ y, por otra parte, su persistencia en suponer que esa transición podía llevarse a cabo sin el uso de una masiva coerción desde el seno mismo del Estado —a través de miedo—, lo cual a su vez requería, como paso previo, el control de los aparatos coercitivos de ese Estado, en especial de las Fuerzas Armadas.

Para precisar mejor lo que ahora trato de plantear, debo citar de nuevo y extensamente a Garcés:

En Chile —escribe— el conflicto con la mayoría de la pequeña y mediana burguesía se produce antes de que la clase obrera haya conquistado y consolidado su

⁴⁴ *Ibid.*, p. 57.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 53.

hegemonía social. De este hecho se deriva una consecuencia decisiva: el bloque social de la UP todavía no ha podido cambiar el aparato del Estado – en sus dimensiones civiles y militares– cuando el enfrentamiento social alcanza niveles inmediatos antagónicos.

Y continúa así:

... para alcanzar la dirección del Estado sin previa guerra civil, se requiere [...] que el movimiento popular anticapitalista haya logrado imbricarse en la estructura social de tal modo que su bloque social alcance una situación de predominio relativo. En otros términos, que las relaciones entre la clase obrera y los sectores sociales agrupados en torno a ella provean a esta alianza de fuerza bastante para pretender controlar al conjunto del sistema social [...]

Reunido este conjunto de circunstancias, se plantea en forma abierta el problema central: la pugna en torno de los mecanismos de control interno de la sociedad. Mantener o implantar la hegemonía de un bloque social requiere dominar los cuatro principales instrumentos de control: político, económico, cultural, coercitivo.⁴⁶

Las preguntas que es necesario responder, con base en los propios supuestos de Garcés, son estas: ¿Cómo conquistar el poder coercitivo en una «democracia burguesa», sin emplear primero y eficientemente una coerción superior? ¿Cómo cambiar el aparato militar del Estado sin antes destruirlo? Estas interrogantes estuvieron en el centro del proceso chileno y la dilucidación de sus implicaciones es la tarea que ahora acometeré.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 126, 138-139.

2. Naturaleza del sistema político y su crisis

El primer punto que resulta imperativo destacar, cuando se analiza el proceso de disolución social y desestabilización política en Chile, es que el sistema de dominación política que llega a su fin bajo Allende *había puesto de manifiesto significativa fortaleza y durabilidad durante décadas*. Interesa, por tanto, preguntarse ¿qué lo mantenía, y por qué lo que le sostuvo a través de ese tiempo perdió eventualmente su eficacia?

El sistema que muere con Allende respondía a las características típicas del compromiso populista, sobre el cual se levantaron buen número de regímenes latinoamericanos entre las décadas de 1930 y 1970. Ese compromiso entre los diversos sectores de la sociedad se fundamentaba en la industrialización, la participación y el arreglo democrático como mecanismo de cambio legítimo de los gobiernos. Su mito era la democracia distributivista, montada sobre un Estado intervencionista orientado hacia la modernización de la sociedad. Tironi describe la versión chilena de este esquema, en términos que ponen de manifiesto sus semejanzas con experiencias similares en otros países de la región, como para citar los casos de Brasil y Venezuela:

El proceso de modernización e integración que experimentó la sociedad entre los años veinte y sesenta fue espectacular. Inmensas masas excluidas fueron incorporadas a la ciudadanía social y política con la creación de empleos urbanos (especialmente industriales) y el acceso al sistema político, a la educación, a los medios

de comunicación masivos y a los beneficios de la salud, vivienda y seguridad social. Pero el mismo proceso de incorporación incrementó las presiones sobre el sistema. Al conflicto secular entre trabajadores y capitalistas se le superpuso otro más explosivo: aquél entre esos dos actores integrados al sistema y la masa que permanecía excluida o que se incorporaba recién a la periferia de la estructura social. La satisfacción de la demanda de los diferentes grupos pasaba por la obtención de una cuota de poder político que permitiera inclinar en su favor el gobierno, lo que llevó a la injerencia cada vez mayor de este último en la sociedad, con la hipertrofia consiguiente de la administración pública.⁴⁷

El enfoque de Tironi, muy común en las ciencias sociales latinoamericanas, enfatiza el aspecto económico y el papel redistribuidor del Estado como una dimensión clave del pacto populista y el compromiso democrático. Si bien considero que se trata de un enfoque parcialmente válido, creo que es también incompleto, y que el mismo requiere ser complementado con un énfasis paralelo en el papel de los mitos y representaciones colectivas. En Chile, el mito democrático iba más allá de lo puramente económico; tenía que ver igualmente con un modo de vida, con una conquista civilizatoria, con la forma cómo una sociedad se percibía a sí misma y aspiraba a ser percibida por el resto del mundo. No era Chile una nación «común» en el contexto latinoamericano, y esa diferencia no se hallaba precisamente en el terreno socioeconómico, sino más bien en el campo político. Y una paradoja adicional de la crisis chilena tuvo que ver con el hecho de que no fue el deterioro de la economía lo que condujo a la

⁴⁷ Eugenio Tironi, *Autoritarismo, modernización y marginalidad*, ob. cit., p. 119.

crisis política, sino más bien la conflictividad política, la radicalización y el choque de mitos políticos contrapuestos, la que estimuló la erosión acelerada de la economía después del ascenso de Allende al poder. Para citar de nuevo a Tironi, en el Chile de los años inmediatamente anteriores a la llegada de Allende a la presidencia, «la inflación político-ideológica llegó a ser mayor que la inflación económico-financiera; esto es, la imagen de crisis llegó a ser mayor que la crisis real».⁴⁸ ¿Qué ocurrió?, ¿cómo fue posible?

El origen de esa radicalización de los mitos tiene mucho que ver con el impacto del mito socialista en general, y de la Revolución Cubana en particular, sobre el proceso político chileno en la década de 1960. Ciertamente, los partidos de izquierda existían en Chile antes de esa fecha, y su presencia social era importante. No obstante, es en los años 1960 cuando el mito socialista impregna con verdadera fuerza la política en Chile y adquiere influencia más allá de los confines de la izquierda tradicional, invadiendo también la esfera ideológica demócrata cristiana a través del gobierno de Eduardo Frei Montalba y su llamada «Revolución en Libertad».

La fuerte tendencia —de indudable raigambre marxista— por parte de las ciencias sociales contemporáneas a dar prioridad a los factores económicos, ha dificultado la adecuada comprensión de dos realidades de vital relevancia para explicar lo que ocurrió en Chile. En primer lugar, es imperativo tener claro que la gran movilización popular, de amplios sectores hasta entonces relativamente marginados del sistema y que en los años 1960 sumaron sus demandas

⁴⁸ *Ibid.*, p. 129.

al resto, no estuvo motivada por cambios económicos significativos, sino por el impulso *político* de los partidos dentro y fuera del gobierno. En particular, destacan los programas denominados de «promoción popular», ejecutados con enorme intensidad por el gobierno demócrata cristiano de Frei, bajo premisas que mezclaban el «cristianismo social» con versiones más o menos atenuadas del marxismo; todo ello, desde luego, hondamente influenciado por la experiencia revolucionaria entonces avanzando en Cuba. Fueron factores político-ideológicos, y no económicos, los que dieron lugar a los cambios en las estructuras tradicionales de movilización.

Y aunque resulte sorprendente, los programas de «promoción popular» que contribuyeron a generar estos cambios contaron, en buena medida, con el apoyo de Washington a través de su embajada en Chile,⁴⁹ bajo el supuesto de que se trataba de crear un «antídoto» al impacto de la Revolución Cubana, copiando de algún modo algunos de sus métodos, lo que inevitablemente conllevaba una intensificación de la lucha ideológica y una ampliación del espacio cultural para el mito socialista. En tal sentido, los demócratacristianos, reforzados por su victoria electoral —presidencial y parlamentaria— de 1964 y 1965, procedieron a gobernar a la manera de un «partido único», erosionando significativamente los mecanismos de acomodo «centrista» que hasta entonces habían distinguido el sistema político vigente.

⁴⁹ Véase Valenzuela, *ob. cit.*, p. 36.

Una segunda realidad, que es indispensable aclarar, tiene que ver con la situación de la economía chilena inmediatamente antes del triunfo electoral de la izquierda en 1970. En palabras de Valenzuela:

Un examen de los principales indicadores económicos durante los seis años previos a la elección de Allende, arroja escasos indicios de un serio deterioro de la economía ni de un crecimiento económico explosivo, con sus potenciales consecuencias perturbadoras [...] [el] período inmediatamente anterior a la llegada al poder de la Unidad Popular no se caracterizó por una crisis creciente y sin precedentes de la economía chilena.⁵⁰

Este señalamiento es propicio para considerar de nuevo las dos posiciones dominantes en relación con el impacto del factor económico en los procesos políticos.

Por un lado, como hemos visto en otras secciones de este estudio, la teoría del empobrecimiento o deterioro relativo (*relative deprivation*), sostiene que la caída en los niveles de vida de la gente puede contribuir a la desestabilización de los sistemas políticos.⁵¹ Por otro lado —y esta es, con sus propios matices, la postura de Durkheim, así como de algunos teóricos de la modernización—, se argumenta que los cambios positivos y acelerados en un determinado entorno socioeconómico son causantes de desestabilización política, por su destructivo impacto sobre las normas, los valores y las relaciones sociales tradicionales, y su estímulo a nuevas oleadas de movilización

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 23, 25.

⁵¹ En torno a la teoría sobre el impacto del empobrecimiento relativo, puede igualmente consultarse la obra de Ted Robert Gurr, *Why Men Rebel*. Princeton: Princeton University Press, 1970.

que a su vez generan mayores y más complejas demandas sociales, saturando la capacidad de respuesta del sistema político.⁵²

Como con acierto señala Valenzuela, la dificultad de ambas teorías reside en que «los factores económicos pueden mostrarse lo suficientemente intensos como para causar una crisis política solo una vez que la crisis de hecho ha tenido lugar».⁵³ En otros términos, ¿cuáles son los criterios que permiten medir en qué momento el cambio en determinados indicadores económicos actúa como catalizador de la crisis política? ¿Por qué sociedades llenas de pobreza se mantienen muchas veces tranquilas, y otras que lucen prósperas estallan? ¿No puede ser que otras variables, distintas a las económicas, expliquen las crisis?

El caso chileno presenta el rasgo, particularmente interesante para este estudio, de una economía que se mantuvo básicamente «estable» durante los años claves que nos ocupan. No hubo movimientos extremos, en uno u otro sentido, de los indicadores económicos. Sin embargo, sí tuvo lugar una «explosión» de las confrontaciones ideológicas, que terminaron resumiéndose en la decisiva pugna entre el mito democrático tradicional y el mito socialista, reforzado este último no solamente por el natural apoyo de la izquierda, sino también por la radicalización de importantes sectores de la democracia cristiana.

El sistema de dominación política chileno existente durante las décadas previas al ascenso de Allende se sustentaba entonces en un

⁵² Una obra clave, escrita desde esta óptica, es la de Samuel Huntington, *Political Order in Changing Societies*. New Haven: Yale University Press, 1968.

⁵³ Valenzuela, *ob. cit.*, p. 23.

arreglo democrático que solo permitía cambios parciales y reformas graduales. Resultaba, por tanto, una aberración el propósito del gobierno de izquierda al comprometerse con una transformación revolucionaria de la sociedad chilena, y una fatal ilusión la reiterada prédica del propio Allende, acerca de un cambio fundamental a ser llevado a cabo por medios institucionales, y sin perturbar radicalmente los procedimientos típicos de una democracia de compromisos y acomodados. En Chile, la polarización política precedió y de hecho estimuló la crisis económica y el conflicto social entre diversos sectores y grupos.⁵⁴ Las élites políticas, sobre todo en la izquierda y sectores de la democracia cristiana, jugaron un papel crucial, a partir de los años 1960, en el camino de producir esa «inflación ideológica», un verdadero torrente de propuestas de «solución radical» para la sociedad, de proyectos de «recuperación» y «reconstrucción» totales del país,⁵⁵ intensificando la lucha en el plano de los mitos y dejando de lado el pragmatismo de los compromisos limitados, característicos de una democracia. Una vez en la presidencia, Allende y el gobierno de izquierda no perdieron tiempo en proclamar que su experimento tenía una importancia histórica no menor a la Revolución Rusa.⁵⁶ La atención internacional se focalizó en Chile, y los combatientes en la Guerra Fría también centraron sus cañones sobre la nación latinoamericana, convulsionada por las exigencias de un mito político, el mito socialista, que necesariamente asfixiaba el espacio de la despreciada «democracia burguesa». Esta

⁵⁴ *Ibid.*, p. XIII.

⁵⁵ Véase Tironi, *ob. cit.*, pp. 128-129.

⁵⁶ Valenzuela, *ob. cit.*, p. 43.

era una efervescencia que el gobierno de Allende logró producir, pero no pudo «ritualizar»:

La efervescencia, la desestabilización de la vida ordinaria, el desvanecimiento del límite entre individuo y colectividad, no pueden ser sino transitorios; a la larga producen agotamiento, hastío y, después de un tiempo, una reacción imprevisible; en Chile, hacia 1973, en vastos sectores de la sociedad cundió un incontenible cansancio. Ante la falta de canales capaces de ritualizar la efervescencia, para que así la sociedad recuperara la unidad y la rutina, ella se trastocó abruptamente en una fuerte demanda autoritaria.⁵⁷

Una sociedad sobrepolitizada e ideologizada, colocada ante el choque entre mitos políticos incompatibles, dejó de ver al Estado como representación colectiva de la unidad nacional,⁵⁸ y al mito democrático como factor de cohesión social, dando así origen a un proceso de decisión hegemónica en condiciones francamente desfavorables para aquel sector (los partidos y movimientos de la izquierda chilena) que mayor responsabilidad tuvo en conducir las cosas hasta ese punto.

3. La «vía chilena» al socialismo y sus contradicciones

Ya he indicado anteriormente que, a mi modo de ver, la obra de Joan Garcés –asesor político personal de Allende durante el período 1970-1973–, constituye el aporte analítico más lúcido y significativo del proceso acá bajo estudio, desde una perspectiva de izquierda. Precisamente por ello, las tensiones y contradicciones que caracterizaron la llamada «vía chilena al socialismo» se evidencian

⁵⁷ Tironi, p. 15.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 124.

con particular fuerza en el siempre interesante estudio de Garcés, y es ahora mi propósito discutirle en profundidad.

Garcés sustenta toda su argumentación acerca de la viabilidad, en principio, del experimento allendista en la distinción entre dos tácticas de lucha sociopolítica. En primer lugar, la llamada «táctica insurreccional», que «presupone la inevitabilidad de una guerra civil en el camino al poder», y en segundo lugar, la «táctica político-institucional», que «reposa sobre fundamentos muy distintos, tiene una lógica de desarrollo diferente y la toma del poder por los trabajadores tiene unas consecuencias políticas igualmente contrapuestas a las de la vía insurreccional».⁵⁹ Si bien Garcés es bastante explícito en cuanto a su discusión de ambas tácticas, así como en relación con su definida preferencia por la táctica «político-institucional», no ocurre lo mismo —con escasas excepciones— cuando aborda el tema del objetivo estratégico del proyecto allendista. Dicho de otro modo, Garcés enfrenta claramente la cuestión táctica, y argumenta que, dadas las condiciones internas e internacionales entonces vigentes, la Unidad Popular tenía que adelantar su experimento de transición al socialismo por un rumbo distinto al de, por ejemplo, los bolcheviques en Rusia, Mao en China y Castro en Cuba. No obstante, lo que no queda plenamente claro en la obra de Garcés, aunque sí desde luego sugerido o implícito en el contexto de la argumentación, es cuál era el objetivo estratégico y fin político de todo el ejercicio.

⁵⁹ Garcés, pp. 39-40.

Se trata de un asunto clave, pues, volviendo a lo dicho en la primera sección de este capítulo, el experimento allendista pretendió basarse en un engaño, que surtió escaso efecto y que eventualmente le condujo a un fin trágico. El engaño consistía en suponer que un camino táctico serviría simplemente para ganar tiempo y crear las condiciones necesarias para lograr el objetivo estratégico, que no era otro que el de llevar a cabo una revolución de contenido marxista. Por ello, Garcés no puede en ocasiones evitar que la verdad de este punto emerja de su análisis. Por ejemplo: «Allende sigue una política que busca asegurar a los trabajadores una base militar sólida antes de que la lucha social ingrese en la fase de solución estratégica. Es decir, aquélla en que se decide directamente la hegemonía de un bloque social sobre el otro en términos excluyentes y absolutos».⁶⁰ Esto no puede significar otra cosa que lo que claramente expresa: la táctica político-institucional daría paso en el momento oportuno a un enfrentamiento violento y la «vía pacífica» al socialismo se convertiría en algo distinto.

En diversas ocasiones, Garcés habla de la «estrategia político-militar de la Unidad Popular», y caracteriza el proceso sociopolítico chileno bajo Allende como un «proceso revolucionario».⁶¹ La pregunta clave: ¿qué hizo suponer a la coalición de izquierda, a Allende, y al propio Garcés, que las fuerzas antagónicas al proyecto marxista iban a permitir que la «táctica-político institucional» crease las condiciones para una «solución estratégica» favorable a la Unidad Popular?, es respondida por Garcés así: La tarea de la «táctica político-

⁶⁰ *Ibid.*, p. 153.

⁶¹ *Ibid.*, pp. 121.

institucional» consistía, primero, en llevar del lado de los «trabajadores» a los denominados «sectores-medios» —que supuestamente incluían a los militares, y eran mayoritariamente representados por la democracia cristiana—, y mantenerles allí. Segundo, ganar tiempo para consolidar mecanismos de disuasión que impidiesen a los adversarios del gobierno desatar la violencia, antes de que la correlación de fuerzas virase claramente a favor de los «trabajadores». Tercero, acumular fuerzas para alcanzar la hegemonía militar e imponer el cambio revolucionario. Veamos:

Evitar la contraposición Fuerzas Armadas-gobierno, exige que no haya contradicción social antagónica entre ellos ni conflicto de legitimidad. El gobierno necesita evitar la confrontación directa con los sectores medios—predominantes dentro de la Fuerzas Armadas—, así como la estructura legal del Estado —fundamento ideológico de la subordinación del aparato militar del gobierno UP—. A su vez, el gobierno necesita una base social superior a la de la contrarrevolución para que el aparato coercitivo actúe en contra de esta última.⁶²

[...] el desarrollo del proceso revolucionario [...] requiere que el bloque social anticapitalista combine sus acciones en relación con los controles económicos, políticos y culturales de tal manera que el aparato coercitivo del sistema capitalista continúe neutralizado. ¿Cuánto tiempo? El necesario para que se consoliden los mecanismos de control propiamente populares sobre la sociedad, haciendo durante este tiempo inviable la insurrección armada de la burguesía.

⁶² *Ibid.*, p. 169.

Esto será posible si el movimiento popular es capaz de reunir los medios suficientes de disuasión.⁶³

La estrategia indirecta de Allende reposaba en las condiciones necesarias para neutralizar los sectores conservadores de las Fuerzas Armadas y postergar el enfrentamiento, mientras la UP acumulaba los elementos de distinta naturaleza que le permitieran tener hegemonía también en el terreno militar.⁶⁴

El pensamiento de Garcés, y al menos en buena medida el de Allende casi hasta el fin, descansaba, como trataré de mostrar seguidamente, sobre supuestos endebles en extremo. Aspectos relativos a las relaciones del gobierno socialista con la democracia cristiana serán discutidos en la sección siguiente. Por ahora voy a concentrarme en el tema militar y las ilusiones de Garcés sobre la política «anti-insurreccional».

Según Garcés, si bien la preparación de los diversos sectores de la izquierda chilena y del gobierno de la UP para el enfrentamiento armado, «siempre estuvo condicionada por la existencia de unas Fuerzas Armadas profesionales con un sentido corporativo altamente desarrollado», existía no obstante una alternativa: la de prepararse «contra la insurrección», objetivo que a su modo de ver podía lograrse en colaboración entre el gobierno y un «vasto sector de las Fuerzas Armadas». Esta «política» o «táctica anti-insurreccional» debía buscar la «articulación de las instituciones estatales con las organizaciones populares», de las «organizaciones obreras con el aparato armado del

⁶³ *Ibid.*, p. 141.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 301.

Estado», con miras a «incrementar el poder de disuasión contra las acciones insurreccionales de la contrarrevolución». ⁶⁵

Ahora bien, esta fórmula se fundamentaba sobre la premisa, totalmente ilusoria, de que las Fuerzas Armadas chilenas, con su elevado *esprit de corps*, o «sentido corporativo» —en términos del propio Garcés—, iban a permitir la creación de un ejército paralelo, o siquiera una incipiente organización armada independiente de los «trabajadores». La idea de que en las Fuerzas Armadas chilenas existía un «vasto sector» que estaba dispuesto «a ser articulado en cualquier momento [...] con fuerzas civiles dotadas de la organización material y de la preparación teórico-ideológica indispensable para ofrecer una resistencia operacional de masas a la subversión burguesa», ⁶⁶ no era más que una ficción, como los hechos se encargaron de demostrar más allá de cualquier duda. Si restaban al respecto ilusiones en el seno de la izquierda, las mismas hubiesen debido disiparse con ocasión del intento de golpe de junio de 1973. En esa oportunidad, la respuesta de los sectores organizados de la clase obrera en Santiago y otras partes fue débil y confusa; los partidos de izquierda, por su lado, prácticamente se limitaron a observar pasivamente al general Prats y el resto de la estructura jerárquica castrense doblegar a los alzados con sus propios medios. A raíz de estos eventos, los sectores más radicales de la Unidad Popular intensificaron su presión para «armar a los trabajadores», lo cual produjo una decisiva reacción de parte de la institución militar, que se aseguró legalmente de monopolizar la autoridad para controlar

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 341, 170, 179.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 277.

armamentos, exorcizando de manera inequívoca el fantasma de un «ejército popular» paralelo.⁶⁷

El razonamiento de Garcés presenta serias fallas, la más grave de las cuales consiste en suponer que una táctica política iba a ser capaz de neutralizar a los adversarios del mito socialista, y de postergar la decisión hegemónica hasta tanto la coalición de izquierda se colocase en una posición predominante. De hecho, para lograr este último objetivo habría sido primeramente necesario quebrar «en frío» —por decirlo así— a la institución militar chilena, bien minándola desde adentro o bien creando un poder armado paralelo y con suficiente capacidad operativa para triunfar en el momento clave. Pero, ¿qué sentido tenía esperar que las Fuerzas Armadas chilenas admitiesen, sin dar la cara de frente, un proceso semejante, que amenazaba con su destrucción?

4. El destino trágico de Salvador Allende

A pesar de las muchas advertencias que se hicieron, y de las voces de alarma que se elevaron en relación con el peligroso rumbo del experimento allendista, nadie se atrevió a pronosticar un desenlace tan sangriento y traumático como el que en efecto tuvo lugar.

Seguramente, buen número de los individuos que jugaron papeles decisivos durante esos tres años fatídicos, y cuyas acciones y omisiones incidieron de un modo u otro en el resultado final del proceso, habrían actuado de manera muy diferente si hubiesen podido, mediante algún

⁶⁷ Valenzuela, *ob. cit.*, p. 101; North, *ob. cit.*, pp. 96-97.

milagro, vislumbrar a plenitud las consecuencias que todo aquello iba a tener.

El proceso político chileno bajo Allende arroja lecciones de utilidad, en referencia a la disolución social, el papel de los mitos, el miedo, y las realidades de la lucha hegemónica; por tanto, su estudio también es útil en lo que tiene que ver con el potencial y las limitaciones del pronóstico político. En particular, la experiencia chilena contribuye a iluminar de qué forma una sociedad puede verse sometida a una rápida y traumatizante politización a través de la confrontación entre mitos políticos irreconciliables, lo cual a su vez acelera los procesos conducentes a la ruptura de la barrera del miedo.

¿Tenía Allende alguna alternativa? Pienso que sí, en el sentido de que hubiese podido actuar de otra forma que, si bien no le habría permitido lograr sus objetivos máximos y concretar una transformación revolucionaria de la sociedad chilena, tal vez le hubiese posibilitado sobrevivir en el gobierno hasta la conclusión de su período constitucional. Para ello, por supuesto, habría sido necesaria una conducta que mostrase, sin ambigüedades, que la «táctica político-institucional», es decir, el ajuste del gobierno a los mecanismos constitucionales existentes no era una mera maniobra política destinada a ganar tiempo, fortalecerse, y luego alcanzar la «solución estratégica» que exigía el mito socialista, sino una genuina adhesión, que no se vería comprometida en manos de la izquierda radical.

Desafortunadamente para Allende, su conducta personal, y la de la Unidad Popular, fueron siempre ambiguas, vacilantes y

amenazantes. Todavía en mayo de 1973, luego de más de dos años de aguda crisis que si algo había puesto de manifiesto era que existía un masivo miedo y oposición ante el mito socialista. Allende hablaba públicamente en términos de cambiar la Constitución y darle al aparato estatal «un carácter popular».⁶⁸ Ciertamente, para el gobierno socialista la crisis económica se había convertido en el principal «problema insoluble», y la misma estaba sumando su peso para resquebrajar —en palabras de Garcés— «la estructura sociopolítica sobre la que había reposado la táctica político-institucional de conquista del poder del Estado».⁶⁹ No obstante, esa crisis económica no era sino el síntoma de otra más profunda, de naturaleza político-ideológica. Allende sencillamente fue incapaz, o bien de asumir con firmeza la lógica de los sectores radicalizados de la alianza de izquierda, y moverse sin ambigüedades hacia una confrontación decisiva, o bien de adoptar una línea clara de moderación, que arrancase el detonador de la bomba de una posible decisión hegemónica.

En honor a la verdad, es imperativo reconocer que Allende argumentó en incontables ocasiones contra varios de sus compañeros de coalición que le pedían «acelerar el enfrentamiento con la burguesía». Se dice que, en una oportunidad, airado y molesto frente a la exigencia extremista del dirigente socialista Carlos Altamirano, Allende le increpó con esta pregunta: «¿Cuántas masas populares se requieren para detener un tanque de guerra?».⁷⁰ Por otra parte, sin

⁶⁸ Citado por Garcés, *ob. cit.*, p. 251.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 54.

⁷⁰ Citado por Valenzuela, *ob. cit.*, p. 94.

embargo, Allende se deslizaba de un día para otro, desde la espada que significaba incorporar a los militares al gobierno, a la pared que implicaba, para citar un caso, enfrentarse con la Corte Suprema de Justicia y acusar a sus miembros de aliarse con el «orden» a expensas de la «justicia social».⁷¹

Garcés coloca buena parte del peso de su argumentación a favor de los chances de la «táctica político-institucional» sobre los hombros de su posible acuerdo de la alianza socialista con el sector «progresista» de la democracia cristiana chilena, y llega a sostener que tal «modalidad» debió «encontrarse en los primeros doce meses de gobierno».⁷² La democracia cristiana, no obstante, estaba dividida, y la agudización de la influencia del mito socialista contribuyó a cohesionar en su seno a los sectores conservadores y moderados, que estaban en mayoría y que no tardaron en dejar de lado las veleidades izquierdizantes que habían caracterizado su retórica bajo el gobierno de Frei. Los intentos que se realizaron en las últimas fases del drama, con el objeto de hallar una salida política y evitar un golpe, incluyeron negociaciones entre Allende y los democratacristianos. Todos estos esfuerzos llegaron demasiado tarde y no cuajaron en nada. La desconfianza había germinado en el espíritu de la totalidad de los participantes, y la disolución social había carcomido los cimientos del sistema de dominación política tradicional. El mito socialista había contaminado a la sociedad chilena, pero sin lograr penetrarle lo suficientemente como para imponerse en el terreno de la fuerza. Cuando llegó la hora de la decisión hegemónica, el miedo de los

⁷¹ *Ibid.*, p. 91.

⁷² Garcés, p. 251.

adversarios del mito socialista se convirtió en ilimitada crueldad. Salvador Allende pagó con su vida los trágicos errores de su experimento político.

VI. VENEZUELA CONTEMPORÁNEA: OCASO DE LOS MITOS, PERSISTENCIA DEL MIEDO HOBBSIANO

1. El mito democrático y la leyenda de El Dorado

Desde hace años, numerosos autores y comentaristas han venido hablando acerca de la «crisis» del sistema político venezolano. La convicción de que el orden político democrático creado en 1958 está gravemente enfermo, se acentuó a partir de los eventos acaecidos durante el segundo mandato de Carlos Andrés Pérez, cuyo período constitucional se inició en febrero de 1989 con un levantamiento de masas, que arrojó un saldo de centenares de muertos. Luego vinieron dos serios intentos de golpe de Estado militar (en 1992), la salida forzada de Pérez de la Presidencia (1993), un interinato de varios meses bajo un presidente provisional —Ramón J. Velásquez—, y a principios de 1994, una crisis financiera de inusitada severidad, que ahogó buena parte de la banca privada del país.

Ya desde fines de los años 1970 y comienzos de la década de 1980 y hasta el presente, los estudios de opinión pública han venido revelando un obvio y creciente proceso de anomia en amplios sectores de la población. Ese proceso ciertamente ha coincidido con el deterioro de las condiciones de vida de la mayoría, y está vinculado también con la difundida percepción de que buena parte de los individuos y organizaciones que han gobernado a Venezuela durante la etapa democrática han sido y siguen siendo básicamente corruptos e incompetentes, y han dilapidado y robado una riqueza que pertenece a todos los ciudadanos.

Los planteamientos anteriores sobre la evolución y crisis del sistema político venezolano forman parte de un análisis más amplio, que he realizado en otras obras, y cuyos detalles no creo necesario repetir acá.¹ Son muy numerosos los estudios dedicados a discutir las causas de la enfermedad de la democracia venezolana, y las raíces del mal han sido atribuidas, con variado énfasis, a factores económicos, político-institucionales y culturales.² Ahora bien, las preguntas que acá deseo formular, e intentar responder, son estas: Primero, si admitimos que los mitos y el miedo constituyen el cemento de los sistemas de dominación política, ¿qué da cuenta de la erosión del sistema político venezolano? Segundo: ¿Por qué se mantiene aún un orden democrático en Venezuela? ¿Gracias a qué ha sido posible que, a pesar de la crisis, de los severos embates que ese orden político ha experimentado en tiempos recientes, de la evidente irritación, desencanto, frustración, anomia y marginalidad de gran parte de la población, sobrevive aún la democracia? Tercero: ¿Qué destino puede esperarle a este sistema político?; ¿qué puede indicarnos la teoría social acá desarrollada en relación con la perspectiva del sistema de dominación política que rige en Venezuela? Lo sorprendente, ya a estas alturas del proceso, no es que la democracia venezolana enfrente serios problemas; lo verdaderamente sorprendente es que su crisis no haya conducido aún a una ruptura decisiva del orden establecido. ¿Qué ha pasado? ¿Qué permite al sistema político sostenerse y dónde puede ir en el mediano plazo?

¹ Al respecto, pueden consultarse mis libros: *La miseria del populismo*, 3.^a ed. Caracas: Panapo, 1996, y *Decadencia y crisis de la democracia*, 2.^a ed. Caracas: Panapo, 1994.

² Para una síntesis de esta literatura, véase mi estudio «Rearranging the Deck Chairs on the Titanic: The Agony of Democracy in Venezuela», *Latin America Research Review*, 32, 1, 1997.

En síntesis, argumentaré lo siguiente: uno de los mitos fundamentales que ha servido de cemento al sistema político venezolano durante aproximadamente cuatro décadas está extinguiéndose en los corazones y las mentes de la mayoría. Ese mito no es otro que el de la democracia como «poder del pueblo». La democracia como tal, y no este o aquel gobierno democrático, ha dejado de actuar como mito cohesionador; la anomia se ha apoderado de vastos sectores, que están en busca de un nuevo mito, pues se han convencido de que el actual orden de las cosas, lejos de instaurar el poder del pueblo reproduce el dominio de élites corruptas e incompetentes. Si bien es cierto que las encuestas aún sugieren que la gente prefiere la «democracia» en abstracto, las realidades del apoyo popular a los golpes de Estado, el elevado abstencionismo electoral y la convicción predominante entre la gente de que los mejores gobiernos que ha tenido el país este siglo son las dictaduras militares, apuntan hacia una situación mucho más ambigua en el ánimo de la ciudadanía.³ Mi conjetura en relación con este punto, que he explicado en otro estudio,⁴ es que en la Venezuela contemporánea se presenta un importante fenómeno de «falsificación de preferencias», y que el rechazo a lo existente por parte de una vasta masa de la población es todavía más intenso de lo que sugieren las encuestas, así como la disposición a dar apoyo a situaciones o personajes que susciten la expectativa de cambios sustanciales en el entorno sociopolítico establecido.

³ Sustento estas afirmaciones en los datos que vienen suministrando numerosos estudios de opinión pública, realizados estos pasados años en Venezuela. Véase, para solo mencionar un ejemplo, Consultores 21-Veneconomía, *Percepción 21. Informe analítico*, vol. 1, 5. Caracas, septiembre 1996, pp. 3-15.

⁴ Véase mi estudio, «Rearranging...».

Por otro lado, persiste entre una aplastante mayoría de venezolanos la convicción de que Venezuela es un país inmensamente rico, dotado y prácticamente predestinado por la naturaleza para asegurar a todos sus habitantes un elevado bienestar material, si tan solo les toca la suerte de tener gobernantes honestos y justos. La importancia política de la persistencia en el ánimo popular de versiones renovadas de la leyenda indígena de El Dorado, la ciudad de oro, reside en que la misma separa la idea de riqueza y bienestar de la idea de trabajo y productividad. De esta manera, se abre un extenso espacio para la creación de mitos políticos con un muy alto contenido de irracionalidad, mitos que se originan en la generalizada aspiración de acceder a esa riqueza mágica, y en la voluntad de hacerlo rápidamente. Tenemos entonces que el proceso de disolución social que se patentiza en Venezuela estos pasados años, pone de manifiesto el ya varias veces discutido componente de la disolución de un mito, a lo que se suma un ingrediente peculiar a la situación venezolana: la fuerza motriz representada por un poderoso espejismo de prosperidad súbita, que genera fértiles condiciones para la siembra y el crecimiento de la irracionalidad política en el cuerpo social, y también para el surgimiento de figuras carismáticas que encarnen las frustraciones colectivas.

Las afirmaciones del párrafo anterior, colocadas en el contexto de la teoría social desarrollada en este estudio, nos conducen directamente a concluir que la persistencia del miedo hobbesiano es el factor clave que permite a una democracia sin pueblo como la venezolana, cuyos mitos se encuentran severamente erosionados,

sostenerse todavía. Nos corresponde ahora analizar el complejo panorama de la decadencia de este sistema político y tratar de vislumbrar sus perspectivas.

2. Disolución social y vacío de liderazgo

La supervivencia de una democracia puede en ocasiones ser el resultado de una serie de paradojas. Ese es el caso de Venezuela. De un lado, el acelerado proceso de disolución social experimentado estos pasados años contribuye a erosionar las bases del sistema de dominación político. De otro lado, sin embargo, ese mismo proceso se traduce en una acentuada apatía popular, en el marginamiento de las masas y de los sectores medios de la población, lo cual estabiliza el escenario al restar energías a varios sectores claves.

Como se recordará, en otras secciones de esta obra se analizó la disolución social como un proceso de involución o estancamiento a gran escala, que puede sobrevenir en una sociedad tras un período de grandes cambios estructurales de signo modernizador, es decir, procesos rápidos y forzados de racionalización y urbanización, migraciones masivas y expansión económica prolongada.⁵ Emile Durkheim, por su parte, señaló que periódicamente las sociedades atraviesan por momentos de «efervescencia creadora», en que las relaciones sociales se intensifican agudamente y los cambios ocurren sin descanso. No obstante, estas son situaciones excepcionales que no pueden prolongarse indefinidamente. Los períodos en que se ha sobrepasado el límite del cambio social posible son, por tanto, con

⁵ Eugenio Tirón, «Para una sociología de la decadencia», *ob. cit.*, pp. 12-16.

frecuencia seguidos por una significativa y en oportunidades duradera contracorriente regresiva.⁶

La historia venezolana de las pasadas seis décadas, pero en particular la historia del país bajo la democracia a partir de 1958, es una historia de profundas transformaciones socioeconómicas y político-culturales, que en conjunto trastocaron una sociedad rural y cerrada convirtiéndola, en relativamente muy corto tiempo, en una sociedad en muchos sentidos moderna, pero también traumatizada por el choque entre las expectativas generadas por la riqueza «mágica» de origen petrolero y las realidades de pobreza y atraso de las mayorías. Ese proceso de cambio traumatizador ha desembocado en nuestros días en una situación de anomia aguda, caracterizada por la fragmentación del orden colectivo y la carencia de reglas que regulen el comportamiento de los actores sociales. En estas condiciones se produce una disociación y un marginamiento de los individuos respecto a la sociedad, y ello se traduce en apatía política, y en un notorio distanciamiento crítico en relación con las instituciones del sistema de dominación política imperante.

Esta realidad de masivo cuestionamiento de las instituciones democráticas, así como de pasividad y apatía, es revelada por todas las encuestas hechas en Venezuela en tiempos recientes, así como por un muy elevado y siempre creciente —sobre todo a partir de 1993— abstencionismo electoral.⁷ En Venezuela, a diferencia de lo que ocurre

⁶ Emile Durkheim, *Sociology and Philosophy*, *ob. cit.*, pp. 90-95.

⁷ En las más recientes elecciones realizadas en Venezuela, los comicios locales de diciembre de 1995, la abstención alcanzó —de acuerdo con cifras oficiales— más del 50% del electorado. Las estimaciones independientes, no obstante, indican que la cifra fue bastante más alta. Véase R. Bottome y J. Timmons, «December Elections: Nothing to Celebrate», *Veneconomy Monthly*, 13, December 1995, pp. 10-12.

en democracias más avanzadas y consolidadas, el abstencionismo electoral, lejos de ser una prueba de aceptación del sistema político, es un claro síntoma de alienación del mismo por parte de un electorado que rechaza los referentes simbólicos del régimen, incluyendo su principal rito: las elecciones. Esta apatía popular, rota de modo significativo solo en contadas ocasiones por explosiones de protesta social —como, por ejemplo, en los motines de febrero de 1989—, contribuye a que el orden constitucional prosiga su rumbo, el rumbo de una democracia cada vez más vacía de contenidos.

A la apatía y retraimiento populares se añade otro factor de gran relevancia: la ausencia de alternativas políticas a lo existente. Este vacío de liderazgo permite que los partidos políticos, y otros grupos privilegiados, mantengan su control del sistema político, aunque muy disminuidos y desprestigiados. Es de hacer notar que ninguno de los partidos existentes, ni los tradicionales como Acción Democrática y Copei, ni los presuntamente «contestatarios» como la Causa Radical, han sido capaces de sostener una base social de respaldo amplia y sólida, o de presentar a la sociedad un proyecto político capaz de dar forma a la esperanza de una renovación democrática dentro del marco de instituciones hoy vigente. Precisamente, el mero hecho de ser un partido político que actúa en el marco de reglas del sistema existente ha deteriorado decisivamente el apoyo del que una vez gozó el movimiento Causa Radical, que ahora pareciera haber sido ubicado junto al resto en el esquema de percepciones populares dominante.

En el desolado espacio de la política venezolana contemporánea, muy escasas figuras asoman su rostro —aunque en ocasiones no más

que tenuemente—, por encima del generalizado desdén y la apatía que caracterizan el horizonte de la mayoría. Este escenario de vacío político favorece en el corto plazo la estabilidad del sistema, ya que en un espacio abandonado nada ocurre; sin embargo, a mediano plazo no solamente se agudiza la decadencia del orden existente, sino que se acentúa la posibilidad de la irrupción de liderazgos carismáticos, impulsados por la poderosa reserva de irracionalidad subyacente en el seno de una sociedad ansiosa de mitos, y persuadida de su derecho al instantáneo bienestar material. ¿Puede prolongarse por mucho tiempo esta situación de equilibrio inestable? ¿Qué podría producir su ruptura?

3. El factor económico en la crisis política

Mucho se ha discutido sobre las causas que pueden producir el fin de los sistemas políticos democráticos. Menos estudiado ha sido el tema de su supervivencia en medio de la crisis. Un reciente estudio en torno a estos asuntos contribuye a mostrar que las crisis económicas son una amenaza real para las democracias, en tanto que el crecimiento económico es positivo para su salud.⁸ El caso venezolano actual sugiere que, si bien el deterioro de la economía ha jugado un papel significativo en el aumento de las percepciones negativas acerca del régimen político, la crisis económica no es en sí misma suficiente para acabar con la democracia. Dicho de otro modo, la enfermedad económica no es mortal para la democracia; en cambio, la enfermedad política sí puede serlo.

⁸ Adam Przeworski, Michael Alvarez, José A. Cheibub, F. Limongi, «What Makes Democracies Endure?», *The Journal of Democracy*, 7, January 1996, p. 39.

Enfatizar este último punto es importante al menos por tres razones: En primer término, si la reducción en los niveles de vida de las mayorías —que es la forma en que la crisis económica se traduce para la gente—, no es suficiente para destruir la democracia, conviene tener claro que existe un margen para la acción política, dirigida a contener en lo posible el deterioro, minimizar sus efectos y, en todo caso, evitar que la economía tenga la última palabra sobre el destino de la sociedad. En segundo lugar, la constatación de que es posible utilizar ese margen de acción permite igualmente comprender que la ausencia de una respuesta política adecuada ante la crisis económica puede agravar esta última, y de ese modo contribuir a que las dificultades económicas se transformen en un acelerador del malestar político. Este fenómeno ha sido analizado por Youssef Cohen en su estudio sobre el fin de la democracia en Brasil en 1964.

En esa coyuntura, «la crisis económica tuvo importancia porque contribuyó a agravar una crisis política precedente, que causó la crisis económica. Al final, fue la dinámica política la que condujo al golpe de Estado militar».⁹

No existe, en otras palabras, una traducción directa entre crisis económica y crisis política; la primera puede, sin duda, contribuir a intensificar la segunda, pero el destino de la democracia —y en general de los sistemas de dominación— se decide en el espacio de la política. Esto no significa subestimar el papel del factor económico en la decadencia o el fortalecimiento de los regímenes democráticos y de otra naturaleza. Mi argumentación se dirige a sostener que al factor

⁹ Youssef Cohen, «Democracy from Above: The Political Origins of military Dictatorship in Brazil», *World Politics*, 10, 1, Winter 1967-1968, pp. 35-47.

económico no debe atribuírsele un carácter decisivo independientemente de su conexión con la política. Por ello, en tercer lugar, considero errado suponer que tan solo la recuperación económica puede ser suficiente para restaurar la salud y viabilidad de un régimen democrático, en particular cuando el proceso de disolución social y erosión político-institucional ha avanzado severamente, tal y como ocurre en la Venezuela de hoy.

Existe amplio consenso en torno a que, en buena medida, las dificultades que experimentó el expresidente venezolano Carlos Andrés Pérez para la ejecución, en su segundo mandato (1989-1993), de un programa de ajustes económicos, se debieron a la carencia de adecuados preparativos políticos para un cambio de tales dimensiones.¹⁰ La intensificación de la crisis política a partir de los motines de 1989, crisis agudizada por la oposición implacable de los adversarios del gobierno y por la protesta activa de importantes sectores sociales, condujo eventualmente a la salida de Pérez del poder y al fracaso de su camino reformista en el campo económico. Es correcto, a mi modo de ver, afirmar que Pérez hizo muy poco para impedir que el complejo panorama que encontró al llegar al gobierno —y ante el cual su programa de ajustes económicos no era sino una respuesta técnica— degenerase en una decisiva crisis política. Pérez no se ocupó de convencer a la gente sobre los supuestos beneficios de sus reformas, de buscar el apoyo de su partido y de construir una alianza para el cambio, dejando abandonado así el terreno a sus adversarios.

¹⁰ Véase, por ejemplo, Juan Carlos Rey, «La crisis de la legitimidad en Venezuela y el enjuiciamiento y remoción de Carlos Andrés Pérez de la Presidencia de la República», *Boletín Electoral Latinoamericano*. San José: IDH-Capel, enero-junio 1993, pp. 67-112.

No podemos estar seguros de que una actitud diferente por parte de Pérez habría sido capaz de torcer el curso de los eventos; lo que sí luce claro, sin embargo, es que no utilizó el margen de maniobra político de que disponía.

La situación de Venezuela a partir de la reelección de Rafael Caldera como presidente en diciembre de 1993, experimentó cambios que es preciso señalar. Durante los dos primeros años de su mandato —hasta abril de 1996—, Caldera se esforzó para, a la vez, detener las reformas económicas que su predecesor había iniciado —reformas promercado que la mayoría rechazaba y aún rechaza—, e impedir que las dificultades económicas condujesen a una nueva agudización de la crisis política, similar a la que derrocó a su predecesor. Nos encontramos nuevamente acá con una paradoja: el anacronismo económico del gobierno de Caldera, en esa primera etapa, orientado a la restauración del estatismo y el populismo, surtió por un tiempo un efecto estabilizador en el plano político, pues Caldera hizo lo que la mayoría quería. Es necesario añadir que Caldera contó igualmente con una circunstancia coyuntural que evidentemente le favorecía: la coincidencia entre su tiempo de mando y un período de reflujo en las energías políticas de los sectores populares y medios, luego de la aguda «efervescencia» política experimentada por la sociedad venezolana entre 1989 y 1993. Desde luego, las políticas económicas populistas agravaron aún más el panorama económico del país, y este deterioro acelerado del panorama económico de las grandes mayorías empezó a convertirse en rechazo masivo al gobierno de Caldera,

rechazo, sin embargo, que se ha expresado primordialmente, hasta el momento en que escribo estas líneas, en una callada resignación.

No me cabe duda de que cuando Caldera afirmó, a lo largo de su campaña electoral y durante esa primera etapa de gobierno, que sacaría al país adelante a través de las viejas fórmulas populistas, tuvo lugar un proceso de engaño, deliberado o no. No obstante, el uso de la demagogia fue políticamente efectivo, al menos por un tiempo. La estabilidad se compró al precio de una mayor ruina económica. Ya a comienzos de 1996, sin embargo, la erosión del nivel de vida de las mayorías –sufriendo a raíz de la más alta inflación en América Latina, altos índices de desempleo y empobrecimiento masivo– empezó a preocupar seriamente al gobierno. Aguijoneado por esta realidad, y por las presiones internacionales favorables a la apertura, Caldera rompió sus promesas y adoptó en abril de 1996 un programa de ajustes económicos en diversos aspectos similar al de Pérez en 1989. Lo interesante de todo esto, para los efectos de este estudio, es que las decisiones claves han tenido un sentido político, aunque su sustancia haya sido económica: en primer término, acudir al populismo y satisfacer a las masas; después, dar un viraje hacia políticas «neoliberales», pero en un contexto de generalizada apatía y anomia, así como de vacío político en la sociedad, que minimizan los peligros de una crisis desestabilizadora en el plano político.

La demagogia, entendida como un arte –el de engañar–, es éticamente condenable, pero en ocasiones políticamente efectiva. Su empleo instrumental es uno de los factores que ilustra ese margen para la acción política del que antes hablábamos. Otro aspecto, no

menos relevante en el caso venezolano, y a nivel teórico más general, es el funcionamiento de los pactos entre élites y la preservación de su voluntad de dominio, como otro de los factores que contribuyen a sostener los sistemas de dominación política, aun en medio de severas crisis económicas y de anomia social. Es cierto que, en palabras de una analista norteamericana, «Una democracia pactada puede institucionalizar una tendencia conservadora de la vida política, creando un nuevo *statu quo* capaz de bloquear el progreso hacia una mayor democratización de la sociedad».¹¹ Mas es igualmente cierto que, en circunstancias de grave deterioro social y político-institucional, los acuerdos entre las élites son claves para sostener los sistemas de dominación política —y ello incluye democracias como la venezolana— ante los peligros de anarquización. En tal sentido, los grupos de élites en Venezuela, los mismos que crearon el orden democrático en 1958, han contribuido a sostener el gobierno de Caldera, bien apoyándole activamente —como lo han hecho los partidos Acción Democrática, MAS, y Convergencia Nacional—, o bien asumiendo una línea de oposición blanda o callando de un todo —a la manera del partido Copei, y de los grupos dominantes en el área de la economía privada, el sindicalismo organizado y la Iglesia católica—. De esta manera se ha evitado el tipo de confrontación política que, por ejemplo, en Chile, entre 1970 y 1973, y en Perú, entre 1991 y 1992, terminó por acabar con la constitucionalidad en ese momento existente.

¹¹ Terry Lynn Karl, «Petroleum and Political Pacts: The Transition to Democracy in Venezuela», en G. O'Donnell, P. C. Schmitter y L. Whitehead, eds., *Transitions from Authoritarian Rule: Latin America*. Baltimore: The John Hopkins Press, 1986, pp. 18-20.

El comportamiento de las élites ante el deterioro democrático en Venezuela presenta otra paradoja: Por una parte, la adhesión a los pactos ha contenido la crisis institucional y preservado el control político; por otra parte, el proceso de disolución social ha afectado seriamente a esas élites, dejándolas sin un claro paradigma intelectual que les permita renovar un orden de cosas que a ojos de mucha gente está simplemente podrido. Dicho en otras palabras: a las élites venezolanas solo les resta la voluntad de dominio, en medio de una escalada de deterioro y rechazo resignado, y no parecen tener recursos intelectuales y éticos para restaurar el menguado mito democrático. Todo lo cual, insisto, abre un vacío político propenso a ser llenado por liderazgos carismáticos que den vida a otro mito, tal vez a una versión novedosa de la democracia populista de masas. Por los momentos, la «paradoja de las élites» se manifiesta en que, a pesar de su debilitamiento social, que incluye el severo debilitamiento de los partidos tradicionales, y de su confusión respecto al destino de la democracia, el panorama de disolución social y apatía política imperante facilita la manipulación de las masas, o en todo caso, hace más difícil que la vulnerabilidad y perplejidad de las élites sea explotada por una población pasiva y resignada.

4. El fantasma de la violencia y el antídoto hobbesiano

El miedo es una dimensión fundamental en la preservación y transformación de los sistemas políticos, y siempre con mayor o menor intensidad según las circunstancias, juega su papel. Ahora bien, existen coyunturas en la vida de las sociedades cuando el miedo

se hace especialmente palpable, y su influencia se hace sentir de manera particularmente notoria en la conducta de la gente y en la toma de decisiones en el plano político.

Ese es el caso actual en Venezuela. Los motines de 1989 y luego los intentos de golpe de Estado en 1992, con su inevitable contenido de violencia, muerte y destrucción, dejaron una marca profunda en la sociedad venezolana, que ha tenido y sigue teniendo gran impacto en el curso de los eventos. El miedo a un nuevo estallido de violencia, a una «explosión social», se ha convertido en un elemento clave del contexto sociopolítico en un país acosado por la decadencia del mito democrático y perseguido por la leyenda de su riqueza mágica.

La presencia activa de ese miedo se constata, por un lado, a nivel popular, y, por otro lado, en el seno de las élites. Para las masas populares, a pesar de sus frustraciones y resentimientos, el recuerdo de los centenares de muertos y de la brutal represión ejercida por el ejército contra las barriadas pobres que rodean Caracas y otras ciudades, es intenso y produce un importante efecto disuasivo. Para las élites dominantes, el mismo recuerdo, y las imágenes de un posible desbordamiento popular que culmine en anarquía generalizada actúa también como factor disuasivo, y es por ello que todas las decisiones claves del gobierno se toman bajo la premisa de que nada debe hacerse sin antes minimizar los riesgos de un estallido. De allí que, por ejemplo, durante dos años el actual gobierno no se atrevió a subir el precio de la gasolina; cuando por fin lo hizo, lo anunció como una reducción del precio de la gasolina más barata, y ha acompañado todo esto con un gigantesco gasto en «programas sociales», que no

son otra cosa que masivas limosnas otorgadas a los sectores más pobres por un Estado incapaz de hallar otra vía de escape a sus temores. El miedo ha moderado a todos, y ha contribuido decisivamente a acentuar la anomia y la resignación populares, casi paralizando la protesta y estabilizando, al menos temporalmente, el sistema de dominación política.¹²

El miedo hobbesiano, en lo que respecta a Venezuela contemporánea, tiene una dimensión doméstica y otra internacional. Es imposible determinar con exactitud el poder disuasivo que ejerce el actual compromiso de los Estados Unidos con la democracia en América Latina, como instrumento de consolidación de los tradicionalmente frágiles regímenes democráticos de la región. No obstante, hay que señalar que Washington ha desplegado un enorme esfuerzo, sobre todo a partir de 1992, para sostener la constitucionalidad en Venezuela y disuadir a aquellos —en particular, en el sector militar— que puedan estar tentados a repetir una acción golpista. Ese esfuerzo ha tenido un aspecto público y seguramente tiene otro privado. Públicamente, numerosos representantes del gobierno y las Fuerzas Armadas de Estados Unidos se han dado a la tarea de visitar Venezuela y reiterar casi hasta el cansancio el compromiso de Washington de preservar la democracia en la región, y de sancionar severamente a los que se atrevan a destruirla. Estos pronunciamientos en ocasiones van acompañados de amenazas concretas dirigidas a potenciales golpistas,

¹² Sobre la presencia del miedo como factor que moldea las percepciones y actitudes de los venezolanos, puede consultarse, entre otras fuentes, Consultores 21-Veneconomy-*Insight 21: Analisis of Public Opinion*, 1, Caracas, February 1996, pp. 18-20.

a los que se les aplican sistemáticamente dosis adicionales de miedo hobbesiano.

¿Qué impacto tiene todo esto? Seguramente alguno, tal vez intenso. Sin embargo, no hay que perder de vista que en Venezuela se ha producido un aprendizaje político patológico con relación a la posibilidad y viabilidad de los golpes de Estado, en el sentido que los que llevaron a cabo los intentos de golpe en 1992 no tuvieron verdadera sanción social ni jurídica. Al contrario, varios de los cabecillas de las asonadas militares se convirtieron en héroes populares, uno de ellos es el actual gobernador del más importante estado del país en términos económicos (Zulia), y otro se perfila como posible candidato presidencial. El espacio político, vacío y paralizado, sigue abierto y en soterrada tensión. ¿Qué puede entonces ocurrir en Venezuela?

5. El ejercicio del pronóstico: en busca de un nuevo mito

A diferencia de otros casos acá analizados, el proceso de disolución social que acontece en Venezuela aún prosigue, y no ha hallado una definición política distinta a la continuación del sistema de dominación vigente. La realidad de ese proceso de disolución social es un fenómeno tangible, un hecho palpable en una sociedad invadida de incertidumbre y desencanto, convencida de que sus males son resultado de la corrupción de unos cuantos, y que su salvación podría tener lugar a corto plazo, casi mágicamente, si tan solo interviniesen los buenos oficios de un demiurgo.

La teoría social desarrollada en estas páginas nos proporciona algunas pistas, con el objeto de explorar el resbaloso terreno de las perspectivas que se abren para una sociedad en las condiciones de la actual Venezuela. No creo necesario detallar aquí los aspectos básicos de un contexto social caracterizado por las extremas desigualdades, el empobrecimiento acelerado de las mayorías, la extendida desesperanza y el mayoritario repudio hacia figuras e instituciones del orden democrático.¹³ Todo esto, sin ser subestimable, es a mi modo de ver solo un elemento de un complejo panorama de deterioro, cuyo aspecto principal tiene que ver con la erosión del mito democrático, el vacío político predominante, y la ansiosa búsqueda de un nuevo mito por parte de una sociedad confundida y atemorizada, un mito que le infunda a la vez unidad y confianza, así como un sentido de dirección hacia adelante.

A mi modo de ver, el sistema de dominación política en Venezuela se sostiene casi exclusivamente debido al efecto del miedo hobbesiano. Su legitimidad es mínima, pero ello no se pone plenamente de manifiesto gracias a que no han surgido opciones políticas distintas, capaces de ocupar el espacio vacío que abre una democracia percibida mayoritariamente como corrupta y fracasada. El surgimiento o no de esas opciones, como tantas otras posibilidades de la vida social, pertenece al reino de lo impredecible.

La anomia popular, la ausencia de liderazgos alternativos y el miedo hobbesiano hacen posible que la inercia sostenga un régimen

¹³ Sobre estos puntos, puede consultarse el estudio de Veneconomía, *Perspectivas económicas, políticas y sociales de Venezuela, 1996-2001*. Caracas, junio de 1995. Igualmente, los datos publicados en el diario *El Universal* de Caracas, en su edición del 16 de julio de 1996.

político carente de mitos. En tales circunstancias, considero razonable pronosticar que la sociedad venezolana será presa de un ánimo crecientemente irracional, que seguramente buscará canalizarse a través de figuras carismáticas, percibidas como de algún modo distintas a lo existente, capaces de engendrar una esperanza o de focalizar los odios. Lo que no es de ninguna manera probable es la reproducción del régimen existente a mediano plazo, excepto – repito– en manos de una figura que parezca ajena al mismo.

El miedo hobbesiano está cumpliendo una función clave en Venezuela, al impedir el desbordamiento de la ira de la población. Las élites, no obstante, no han logrado aprovechar la parálisis temporal ahora vigente, para extraer de su seno las fuerzas capaces de restaurar el mito democrático. Numerosos síntomas indican que esas élites, intelectualmente agotadas y políticamente desprestigiadas, no lograrán ese propósito. De allí que Venezuela esté probablemente dirigiéndose a experimentar significativas convulsiones sociales y políticas en los tiempos venideros, apenas se abran algunas grietas en el muro del miedo.

VII. EL FIN DEL COMUNISMO EN LA URSS. ENFERMEDAD DE UN MITO Y COLAPSO DE LA VOLUNTAD DE DOMINIO

1. ¿Qué era (y es) el comunismo, y qué llevó a su fin? Naturaleza y durabilidad de un mito

El comunismo es fundamentalmente un mito político, uno de los más importantes —en cuanto a su influencia real— del siglo XX. Las raíces del derrumbamiento del sistema de dominación comunista en la URSS y otras naciones de Europa oriental se encuentran, de modo primordial, en la enfermedad y el extremo debilitamiento del mito, enfermedad que se hizo verdaderamente grave a partir del momento en que un sector clave de las élites soviéticas perdió la confianza en el mito y abrió las compuertas a una franca confrontación de la población con *la verdad*. Este enfrentamiento decisivo con una historia desgarradora, un amargo presente y un futuro bloqueado por la desilusión, terminó por destruir también los últimos vestigios del miedo, así como de la voluntad de dominio de las élites.

El mito comunista, que por siete décadas ejerció una extraordinaria influencia sobre el curso de la historia contemporánea, experimentó un aún mayor desgaste una vez que cayeron los regímenes sostenidos en su nombre en la URSS y Europa oriental. Sin embargo, ello no significa que el mito como tal haya muerto del todo. En tal sentido, cabe recordar que, de acuerdo con la ortodoxia marxista, la sociedad comunista, que es una sociedad de abundancia en la que se establece en la práctica el principio de «a cada cual según sus necesidades y de cada cual según sus capacidades», es solo el punto

final de un desarrollo progresivo, que atraviesa primero la etapa socialista —socialización de los medios de producción y dictadura del proletariado o «poder de los trabajadores»—. En realidad, el comunismo no ha existido jamás —y, a mi modo de ver, nunca existirá en una sociedad que, a la vez, sea moderna—, y lo que realmente se derrumbó en la URSS y otras partes fueron distintas versiones de sociedades socialistas establecidas bajo la doctrina marxista-leninista. Hecha esta aclaratoria, cabe apuntar que los contenidos igualitarios del ideal comunista siguen teniendo influencia en el mundo actual, y se hallan presentes en diversos movimientos que reclaman para sí el título de socialistas. Sin duda, el mito comunista en su variante marxista sufrió un muy serio revés con el fin de la URSS, pero no sería correcto afirmar que ha muerto definitivamente, y versiones más atenuadas del ideal igualitario socialista continúan teniendo presencia.

El mito comunista que se derrumbó en la URSS era mucho más que un proyecto económico. Ciertamente, entre las promesas del ideal se hallaba la de conducir a una sociedad de abundancia material, y el «contrato social» comunista soviético, explícita e implícitamente, estimuló por años el consumismo como algo legítimo —sin ser desde luego capaz de respaldar con hechos esa promesa—. Pero el mito comunista tenía también, como ingrediente clave, un poderoso contenido ético: se trataba, como lo formuló en algún momento el revolucionario cubano —de origen argentino— Ernesto «Che» Guevara, de construir un «hombre nuevo», noble, igualitario y altruista, sobre las ruinas del egoísmo y el estéril individualismo alentados por el sistema capitalista y la falsa «democracia burguesa». Además, el mito

comunista era propuesto por sus defensores como un proyecto político-moral sustentado en una «ciencia de la historia», es decir, en un análisis «científico» del sentido final de los procesos sociales, del pasado, el presente y el futuro. Las supremas pretensiones del comunismo, políticas, económicas, éticas y científicas, constituyeron a la vez su fortaleza y su mayor debilidad. Su fortaleza, pues de esas pretensiones surgían un ideal y una utopía capaces de suscitar enormes esfuerzos, lealtades y sacrificios. Su debilidad, pues la brecha entre la realidad y las aspiraciones terminó por hacerse muy amplia, sembrando la desilusión entre la gente y la pérdida de autoconfianza en el seno de las élites. El fin sobrevino cuando la verdad se conjugó con la caída de la muralla del miedo.

La naturaleza del comunismo soviético —y del socialismo en general— como mito político, ha sido adecuadamente captada por numerosos estudiosos del fenómeno, en sus manifestaciones teóricas y prácticas, pero tal vez nadie ha expresado el punto con mayor precisión que Ernest Gellner, cuando escribió que, «Mientras existió, la Unión Soviética fue un orden moral»;¹ no, por supuesto, en el sentido de que en el mismo imperase «la» moral, sino en el sentido de que su legitimidad descansaba sobre una pretensión ética:

[La Unión Soviética] era una sociedad basada en una visión, manejada por un competente y en ocasiones brillante grupo de clérigos, bien entrenados para atender las necesidades ideológicas de la sociedad. El sistema de ideas era coherente, rico y flexible. Tenía una respuesta para todo, pero usualmente tenía más de una respuesta para las cuestiones importantes, y

¹ Ernest Gellner, «Homeland of the Unrevolution», *Daedalus*, 122, 3, 1993, p. 142.

así podía acomodar cambios políticos. Las respuestas constituían un sistema coherente y misterioso, un sistema que podía servir de inspiración, al conectarse con los más generosos impulsos humanos, y también intimidar por su incomprensibilidad [...] Era capaz de invocar los valores de la igualdad, la cooperación, la prosperidad, la libertad, y sostener que podía armonizarles [...] El marxismo no era tan solo la *idea* de un orden moral; era *un* orden moral, encarnado a gran escala en el mundo real.²

Es interesante apuntar que Mijaíl Gorbachov, en una reunión que sostuvo en Colorado, Estados Unidos, con Margaret Thatcher en 1995, argumentó con firmeza que el principal motor del cambio en la URSS fue interno, y no, como se ha argumentado,³ proveniente de presiones externas, como por ejemplo la Iniciativa de Defensa Estratégica — «Guerra de las Galaxias»—, impulsada por Ronald Reagan en los años 1980. Dijo en esa ocasión Gorbachov que: «Los primeros estímulos de reforma surgieron en la propia Unión Soviética, en nuestra sociedad que ya no podía tolerar la ausencia de libertades [...] A ojos de la gente, especialmente de los más educados, el sistema totalitario se había agotado *moral y políticamente*» [mis itálicas, AR].⁴

El énfasis sobre las dimensiones moral y política de la crisis soviética por parte de uno de los actores claves del drama final, apunta en la dirección correcta, y como veremos, contribuye a explicar las motivaciones profundas de las decisiones tomadas entonces por

² *Ibid.*

³ Véase, por ejemplo, Robert M. Gates, *From the Shadows: The Ultimate Insider's Story of Five Presidents and How They Won the Cold War*. New York: Simon & Schuster, 1996.

⁴ Citado por Thomas Powers, «Who Won the Cold War?», *The New York Review of Books*, June 20, 1996, p. 24.

Gorbachov y los que le seguían en los más altos niveles del liderazgo del Kremlin.

También Walter Laqueur, en sus lúcidos estudios sobre el tema, ha enfatizado la naturaleza mítica del comunismo, y ha formulado esta importante pregunta: «¿En qué creían realmente los ciudadanos soviéticos en los años sesenta y setenta?». Para intentar responderla, usa la siguiente cita de Gibbon: «... en todas las edades la ausencia de inspiración genuina es suplantada por las ilusiones del entusiasmo y las artes mímicas de la impostura».⁵ En otras palabras, Laqueur sugiere que ya para esos años el empuje y la atracción de las primeras décadas del comunismo soviético habían perdido gran parte de su fuerza inicial, pero persistían, en confusa mezcla, las ilusiones de algunos acompañadas del cinismo o en todo caso la indiferencia de otros. De hecho, numerosas encuestas realizadas casi siempre en secreto y para su propio consumo por los propios regímenes comunistas en la URSS y Alemania Oriental, y publicadas luego de su caída, sugieren dos cosas: En primer término, que ya en los años 1970 se percibía un significativo aumento del pesimismo entre la población, pesimismo que se acentuaba año tras año. Estos datos, hay que recordarlo, seguramente contienen solo parte de la verdad, pues ese fenómeno de «falsificación de preferencias» debe haber sido muy intenso bajo las condiciones de una sociedad totalitaria. Las mencionadas encuestas, por ejemplo, presentan evidencia de agudo descontento, pero a la vez, como para

⁵ Walter Laqueur, *The Dream That Failed: Reflections on the Soviet Union*. New York & Oxford: Oxford University Press, 1994, pp. 11, 54-55.

protegerse ante posibles retaliaciones, muchos entrevistados seguían expresando apoyo, en abstracto, hacia los «ideales» del socialismo.⁶

¿Qué produjo el creciente pesimismo? Como es frecuente en fenómenos sociales complejos, múltiples causas convergieron en una misma dirección: la opresión generalizada del sistema, la sensación de estancamiento, la asfixia intelectual, el deterioro de la economía y de los niveles de vida de la gente, el creciente acceso a información a través de nuevos medios tecnológicos —y de los tradicionales, como la radio y la televisión—, y las comparaciones entre la prosperidad del Occidente capitalista y la parálisis de las economías socialistas. Un conjunto de realidades que maduraron con los años contribuyó a enfermar el mito comunista. No obstante, la opinión pública jamás había sido factor determinante en el contexto del orden totalitario. A pesar del abismo entre las pretensiones del mito y las realidades de su expresión concreta, la carencia de libertad, las dificultades económicas, la arbitrariedad del poder y el bajo nivel de vida de la mayoría fueron parte de la realidad soviética por décadas. A pesar de que tales realidades se hicieron más agudas y más intolerables con el paso del tiempo, y que ya en la década de 1980 se mostraban con particular intensidad, sigue siendo difícil explicar el súbito y relativamente pacífico derrumbamiento de un imperio que en 1987 «lucía infinitamente más poderoso que la Rusia zarista de 1916 o el imperio otomano en 1918, después de varios años de derrotas y pérdidas gigantescas».⁷ ¿Qué ocurrió entonces? Laqueur lo expresa con insuperable claridad:

⁶ Véase *Ibid.*, pp. 97, 172-174, 177; T. Kuran, *Private Truths, Public Lies*, *ob. cit.*, pp. 211-215.

⁷ Laqueur, *ob. cit.*, p. 71.

¿Es que acaso el régimen soviético era de hecho mucho más débil de lo que parecía a sus defensores y adversarios? Tal hipótesis no luce probable, pues las palancas del poder se hallaban firmemente en manos de los gobernantes —la KGB, el Ejército y los diversos órganos del partido—. Estos órganos de control social y político obedecían órdenes; no se conoce ni un solo caso de insubordinación, quizá con la excepción del intento de escape de un submarino en el mar Báltico. El fermento nacionalista crecía en diversas regiones de la unión, pero no tenía carácter masivo ni alcanzaba graves proporciones [...]

Todo esto dificulta la explicación del colapso repentino, aun en retrospectiva. ¿Por qué se derrumbó el enorme edificio sin que siquiera hubiese sido severamente desafiado? Es obvio que debe haber habido una crisis, pero no era del tipo que puede cuantificarse, al estilo de metas económicas no logradas o de pérdidas humanas y materiales en una guerra. *La crisis fue una crisis de autoconfianza, o, para usar el término con frecuencia utilizado en Rusia, una «crisis espiritual».* Rusia en los años 1980 podía ser comparada a un atleta bien entrenado y de perfectos músculos, pero con el corazón débil.⁸

Como se verá más adelante, el obstáculo clave que a muchos analistas nos impidió⁹ captar con mayor precisión la extrema vulnerabilidad del comunismo soviético, fue ese «corazón débil», es decir, la crisis de confianza de las élites dominantes, que invadió el cuerpo del sistema

⁸ *Ibid.*, pp. 71-72.

⁹ Véase, por ejemplo, el estudio «El panorama internacional y Venezuela», en mi libro *América Latina: militares, integración y democracia*. Caracas: Instituto de Altos Estudios de América Latina, Universidad Simón Bolívar, 1989, pp. 151-156.

—a raíz, por supuesto, de la enfermedad del mito—, y se convirtió en el factor decisivo que condujo al colapso final. Ese «corazón débil» no parecía ajustarse a la historia de fortaleza, tenacidad e implacabilidad de unas élites forjadas en la escuela dictatorial de Lenin y Stalin, ni a las condiciones de dominio cuasi absoluto y privilegio de que disfrutaban, aun en medio del deterioro generalizado, la *nomenklatura* o burocracia del partido y otros órganos de control del Estado. Pero fue esa crisis espiritual, sembrada por el ocaso del mito, la que eventualmente llevó al derrumbamiento de la voluntad de poder, de la muralla del miedo y del sistema de dominación como tal. Esa misma crisis espiritual fue la que dio origen a las reformas de los años 1980, reformas que —como con gran visión había señalado Andrei Amalrik en su conocido libro— eran un síntoma de decrepitud terminal y no de regeneración.¹⁰

El consenso que predominaba abrumadoramente durante las décadas de 1970 y 1980 entre los estudiosos que se ocupaban del tema era que, si bien la URSS presentaba numerosos síntomas de crisis, el sistema de dominación sobreviviría por buen tiempo, haciendo desde luego algunos ajustes e implementando cambios puntuales en ciertas áreas de la economía, pero a la vez preservando sus contornos fundamentales. La convicción mayoritaria era que un sistema «construido con mucha sangre, sacrificio, crueldad, astucia y convicción por varias generaciones, sencillamente no se desintegrará o cambiará radicalmente debido a los problemas críticos que hoy le afectan [...] [la Unión Soviética] ni ahora ni muy probablemente

¹⁰ Andrei Amalrik, *Will the Soviet Union Survive Until 1984?*, *ob. cit.*, p. 35.

tampoco en la próxima década va a enfrentar una crisis sistémica que ponga en peligro su existencia».¹¹ Este párrafo fue escrito en 1983, y era entonces un punto de vista bastante representativo, con pocas excepciones, de la opinión predominante.

Kuran argumenta, creo que con razón, que por años la «falsificación de preferencias» se convirtió en un mecanismo de supervivencia para millones de ciudadanos soviéticos y del resto del bloque socialista europeo. Este mecanismo escindía, en cada individuo, de un lado una realidad privada de desencanto y rechazo, y de otro lado una realidad de conformismo y resignación. Un aspecto complementario de ese conformismo, inducido por el miedo, era la «ignorancia pluralista» de cada uno en relación con las verdaderas opiniones privadas del resto: las multitudes que objetaban el comunismo desconocían hasta qué punto sus sentimientos eran compartidos por los demás. Solo cuando cayó la muralla del miedo se desbordaron las verdades privadas para transformarse en una verdad pública.¹² La atracción del mito comunista, no obstante, no debe ser subestimada. Por décadas alimentó las esperanzas de millones, y fue capaz de suscitar extraordinarios sacrificios. Aun después de que la enfermedad del mito se hizo crónica y su agudo debilitamiento evidente, situación que puede con bastante certeza ubicarse hacia fines de los años 1960 y mediados de la década de 1970, el sistema de dominación prosiguió su rumbo con base en el miedo. A la pregunta: Si las cosas andaban tan mal, ¿por qué se sostuvo por tanto tiempo, relativamente, el régimen?, la respuesta es: Debido al papel

¹¹ Seweryn Bialer, citado por Laqueur, *ob. cit.*, p. 99.

¹² Kuran, *Private Truths...*, *ob. cit.*, pp. 118-127.

sociopolítico del miedo hobbesiano. Y estoy persuadido de que, a no ser por la conjunción de circunstancias que unió las tendencias estructurales de decadencia, con la aparición en escena de Gorbachov y su grupo de reformadores, el sistema de dominación comunista hubiese sido capaz de prolongar su existencia quizás por un buen número de años más. Las élites soviéticas lo hubiesen podido hacer a través, como de costumbre, de la preservación de la muralla del miedo, de una mayor represión cuya efectividad, sin duda, habría sido cada vez menor y de consecuencias más nefastas para la gente, pero exitosa en cuanto al objetivo clave de preservarse en el poder.

En este orden de ideas, es vital tener presente que la enfermedad del mito comunista, y la pérdida de fe y autoconfianza de importantes sectores de las élites, no garantizaban, por sí mismas, que de todo ello surgiesen las decisiones políticas que eventualmente se produjeron, y que, como ya dije antes, abrieron las compuertas de la hasta entonces muy sólida muralla del miedo totalitario. Este último resultado, como en tantas ocasiones en la historia, tuvo lugar debido a la azarosa mezcla de tendencias estructurales —la ya descrita decadencia del mito—, aunada a la escogencia accidental de Gorbachov como sucesor de Chernenko. Otro miembro del Politburó pudo haber sido el escogido, así como —tal parece que Trotsky fue el primero en hacer este comentario— un ladrillo ha podido caer del techo de una casa y partirle el cráneo a Lenin en Zúrich en 1917, poco antes de que el líder bolchevique emprendiese su viaje secreto a Rusia y la gloria revolucionaria. ¿Habría habido revolución rusa sin Lenin en 1917? ¿Habrían habido *glasnost* y *perestroika* sin Gorbachov?

Seguramente no. Y en cuanto al proceso del fin del comunismo se refiere, otro hombre, tomando el lugar que ocupó Gorbachov en 1985, con otras percepciones y angustias, bien podría haber tratado de preservar el orden establecido sin mayores vaivenes, con algunos ajustes económicos y sin cambios políticos significativos. ¿Por qué no? Tal vez también corriendo riesgos adicionales en el terreno de la agudización de las tensiones internacionales, que ya bastante deterioro habían experimentado esos años gracias a la intervención soviética en Afganistán, entre otros eventos de la época.

Un curso de acción como el previamente descrito, sustancialmente distinto al escogido por Gorbachov, habría posiblemente suscitado resistencias y serias tensiones, pero quizás también habría prolongado la vida del régimen unos años, tal vez una o dos décadas más. El error fundamental de los analistas que seguían el curso de los eventos soviéticos no estuvo en su incapacidad de pronosticar a Gorbachov y sus políticas; este asombroso fenómeno fue un accidente histórico esencialmente impredecible. El error estuvo en la incapacidad para captar que «el proceso de decadencia del sistema soviético había marchado mucho más allá de lo que en general se suponía, que la autoconfianza de las élites se hallaba en gran medida carcomida, y que, en consecuencia, la sobrevivencia del régimen dependía de meros accidentes».¹³

Con sus decisiones, Gorbachov actuó como catalizador de un proceso que de otro modo quizás no hubiese tenido lugar, o hubiese ocurrido de manera muy diferente, con costos mucho más elevados. Su

¹³ Laqueur, *ob. cit.*, p. 100.

«reestructuración» (*perestroika*), unida a la «apertura» (*glasnost*) generaron una dinámica de inesperadas consecuencias, que sus promotores fueron incapaces de controlar. En las acertadas palabras de Daniel Chirot, la verdad era «aquello frente a lo cual los regímenes comunistas no eran capaces de sobrevivir».¹⁴ Esa verdad se desplegó porque un sector de las élites, desencantadas también con el mito, pero engañándose a sí mismas en cuanto a su capacidad de control, se atrevió a dar el paso de develarla. La verdad era sentida e intuida por muchos, pero su revelación quemó un puente vital: el que sostenía la relación del mito con su pasado —la verdad de la historia de los crímenes del sistema—, y su futuro —la verdad del fracaso de la utopía—. Esa revelación, y los múltiples eventos a que dio lugar, puso de manifiesto una honda grieta en la muralla del miedo, grieta que pronto, en Europa oriental, se convirtió en boquete a través del cual se desbordó el torrente de una revolución sin precedentes. Hasta entonces, el silencio de la inmensa mayoría había sido interpretado como una prueba de sumisión; en realidad, era una herramienta más, empleada cotidianamente en la lucha por la vida.

2. La presunta «inevitabilidad» del colapso soviético

Como casi siempre ocurre en discusiones sobre lo que ya pasó, no faltan quienes argumentan que el resultado era «inevitable», que «no había otras opciones», que —en el caso del liderazgo soviético— no había alternativa excepto «aceptar la derrota».¹⁵ A través de este

¹⁴ Daniel Chirot, «After Socialism, What?», en, N. Keddie, ed., *Debating Revolutions*, *ob. cit.*, p. 262.

¹⁵ John Lewis Gaddis..., *ob. cit.*, p. 166.

estudio, he tomado una clara posición frente a las explicaciones deterministas, sosteniendo que el curso de la historia deja un margen para la libertad humana, así como para lo accidental e imprevisible. En lo que se refiere al colapso de la URSS, me parece crucial distinguir entre dos dimensiones del problema. Por un lado, encontramos el proceso de disolución social que indudablemente se puso de manifiesto, con creciente vigor, en la sociedad soviética, sobre todo a partir de mediados de los años 1970. Este proceso *creó condiciones para el cambio, pero no lo hizo «inevitable» en el momento y de la manera que eventualmente ocurrió*. Por otro lado, se plantea un asunto conexo pero diferente, vinculado con las circunstancias y motivaciones que llevaron a los decisores a tomar un rumbo determinado cuando lo hicieron y del modo en que lo hicieron, escogiendo unas opciones en vez de otras, buscando ciertos objetivos y desatando fuerzas que, en mayor o menor medida, escaparon a su control, dando origen a situaciones inesperadas y generalmente no deseadas por ellos mismos.

Me parece inadmisibles el argumento según el cual el sistema comunista era «inviabil» y estaba «condenado a desaparecer», y que —en palabras de Nigel Swain— la economía socialista «no funcionó y no puede funcionar». ¹⁶ El hecho, nos agrade o no, es que el socialismo «funcionó» por setenta años en la URSS y en otras partes, sigue «funcionando» en otros sitios, y ha «funcionado» mejor en ciertos lugares que en otros. Además, como ya he apuntado previamente, antes del derrumbamiento de la URSS, al menos hasta mediados de la

¹⁶ Nigel Swain, *Hungary. The Rise and Fall of Feasible Socialism*. New York: Verso, 1992, p. 53.

década de 1980, el consenso predominante entre los analistas era que el sistema, si bien confrontaba serias dificultades, se caracterizaba por una fortaleza esencial que auguraba su continuación por años, probablemente décadas. Durante décadas el socialismo logró importantes conquistas económicas en la URSS, convirtiendo al Kremlin en el centro motor de una superpotencia que se mostraba sin complejos como «modelo» para las naciones tercermundistas, y que competía con los grandes poderes capitalistas en capacidad militar y progreso tecnológico en áreas tan exigentes como las armas modernas y la exploración espacial.

Lo anterior de ningún modo implica negar o minimizar las enormes fallas y vulnerabilidades intrínsecas del sistema de dominación comunista, tanto en su dimensión estrictamente económica, como en lo que se refiere a sus limitaciones políticas y éticas —desde una perspectiva prescriptiva, en referencia al valor de la libertad—. Lo que me interesa destacar es que el determinismo económico no resulta satisfactorio como explicación del derrumbe soviético. No cabe duda de que, como ya lo habían indicado hace décadas —entre otros— Max Weber, Von Mises y Von Hayek, la ausencia de mecanismos de mercado impone sobre las economías centralmente planificadas unos requerimientos de información abrumadores, solo tramitables con base en un elevadísimo nivel de ineficiencia y desperdicio, que empujan la economía hacia un masivo y asfixiante embotellamiento en el largo plazo.¹⁷ Esto me parece correcto; la pregunta siguiente, no obstante, es: ¿qué tan largo es el largo plazo?

¹⁷ Véase, por ejemplo, Friedrich Hayek, *The Mirage of Social Justice*. Chicago: Chicago University Press, 1976.

Además, ¿qué salidas permite el «embotellamiento» de la economía?, ¿existen una sola o varias opciones para un sistema de dominación política en medio de una crisis de la economía?

De acuerdo con versiones más recientes de la tesis de la «inevitabilidad» del colapso, como consecuencia del fracaso económico, el derrumbe se originó en la contradicción entre, por un lado, las estructuras económicas y políticas del sistema soviético y, por otro lado, las exigencias de la producción industrial avanzada —basada en la informática—. Hasta mediados de los años 1970, la economía soviética fue capaz de sustentar su condición de superpoder, pero a partir de ese momento se empezó a perfilar un severo estancamiento, el cual, a su vez, «creó una crisis política, al reducir los recursos existentes para ejecutar la política exterior de la URSS, lo cual a su vez debilitó la legitimidad doméstica del régimen y su atractivo como modelo en el plano internacional». En los términos de este esquema, entonces, la escogencia de la «liberalización» como vía para salir del atolladero se explica porque la alternativa, es decir, una mayor represión y más intenso autoritarismo solo habrían «agudizado la contradicción entre los imperativos de la producción y la camisa de fuerza de la organización política (totalitaria)».¹⁸

No cabe duda de que la economía socialista se caracteriza por su ineficiencia y desperdicio de recursos. Esto, como ya se dijo, fue señalado por importantes economistas y sociólogos desde el propio comienzo del experimento soviético y aun antes. Sin embargo, es igualmente cierto que la planificación centralizada acompañada por el

¹⁸ Véase Daniel Deudney y John Ikenberry, «Soviet Reform and the End of the Cold War: Explaining Large-Scale Historical Change», *Review of International Studies*, 17, 1991, pp. 226, 244-246.

control político totalitario, fueron capaces de industrializar a la URSS y de sostener por décadas el sistema de dominación creado por Lenin, extendiéndolo de paso por la mitad del globo. Es claro también que la rigidez socialista empezó a mostrar una severa vulnerabilidad ante el desafío de una nueva era del desarrollo industrial basada en el inusitado avance de la informática. Esto había sido discutido, por ejemplo, por Zbigniew Brzezinski en su visionario estudio de 1970 sobre la por él denominada «era tecnocrónica». En esa importante obra, Brzezinski, quien más tarde llegaría a convertirse, bajo Jimmy Carter, en consejero presidencial para asuntos de seguridad nacional, argumentó que la revolución científico-tecnológica que estaba teniendo lugar en las naciones capitalistas avanzadas, transformaría las estructuras productivas y colocaría a los regímenes comunistas ante un complejo dilema: democratizarse, pues la revolución de la informática requiere una sociedad pluralista, o estancarse y posiblemente desintegrarse. El autor no pronosticó un rápido colapso del sistema soviético, pero sí dejó constancia de su intuición de que el final estaba aproximándose, así como de su convicción según la cual un proceso de reformas limitadas (estilo *perestroika*, AR), emprendido con el objeto de revitalizar el sistema sin dismantelar las instituciones e ideología totalitarias, estaba destinado al fracaso.¹⁹

Los hechos han mostrado el acierto de Brzezinski y otros analistas, que indicaron tempranamente la contradicción existente entre los cambios en las estructuras productivas, impulsados por la revolución tecnológica contemporánea, y los rígidos esquemas de

¹⁹ Véase Zbigniew Brzezinski, *Between Two Ages. America's Role in the Technocratic Era*. New York: Viking Press, 1970, pp. 164-172.

control socialistas. El socialismo fue capaz de movilizar los recursos de países relativamente pobres y atrasados —como Rusia en 1917 y China en 1949—, y colocarlos por un tiempo sobre un rumbo de acelerado crecimiento extensivo; lo que no pudo hacer fue adaptarse a una nueva etapa de cambios productivos de crecimiento intensivo basado en la revolución científico-tecnológica. En este último terreno el socialismo no puede competir, pues no es capaz de estimular actividades que demanden de las personas «originalidad, autosuficiencia, creatividad para responsabilizarse y resolver problemas. Al contrario, el socialismo tiende a suprimir ese tipo de actividad de parte de los individuos».²⁰ En realidad, no es necesario ir mucho más allá de las propias tesis de Marx, de acuerdo con las cuales el socialismo surgiría primeramente en las sociedades capitalistas avanzadas, las únicas capaces, debido a la existencia en su seno de las adecuadas estructuras productivas, de emprender el camino de abundancia hacia el comunismo. De hecho, está implícito en las obras de Marx y Engels que la implantación del socialismo en una sociedad atrasada conduciría a una especie de «aborto sociológico», en la ilustrativa terminología de Lipset y Bence.²¹

A pesar de todo esto, considero que no hubo «inevitabilidad económica» —ni de otro tipo— en el colapso de la URSS, y al respecto comparto el juicio de Laqueur: «Su desempeño [económico] era peor que el de otras naciones industrializadas, pero el sistema todavía funcionaba, y era hasta capaz, dentro de ciertos límites, de generar

²⁰ Janusz Reykowski, «Why Did the Collectivist State Fail?», *Theory and Society*, 23, 1994, p. 242.

²¹ Seymour Martin Lipset y Gyorgy Bence, «Anticipations of the Failure of Communism», *Theory and Society*, 23, 1994, p. 199.

innovación tecnológica». ²² Aun si admitimos que la URSS tenía en los años 1970 y 1980 el monopolio mundial de las dificultades económicas —lo cual no es cierto—, y que las cosas eran todavía mucho peores de lo que ya se conoce que eran, aun así, repito, tiene sentido formular la pregunta: ¿Y cuál podía ser el impacto *político* de esta situación? ¿Cuáles eran las opciones del liderazgo?

En teoría, los jefes del Kremlin tenían la opción de ir a la guerra, o, como mínimo, agudizar las tensiones internacionales hasta un punto que colocase a sus principales adversarios ante disyuntivas tan peligrosas que, tal vez, les indujesen a acomodos estabilizadores, favorables a la continuidad del sistema de dominación comunista en la URSS —de algún modo, China y Cuba han seguido esta estrategia—. Los riesgos eran muy grandes, pero la opción como tal existía. Otra alternativa a la del cambio era la autarquía neoestalinista, el aumento de la represión combinada con negociaciones y reformas limitadas —de nuevo, a la manera de China y la Cuba castrista—. En un interesante estudio Katherine Verdery ha sugerido que los líderes soviéticos tenían la opción —repito, al menos en teoría— de negarse a pagar las gigantescas deudas contraídas con los bancos occidentales en las décadas de 1970 y 1980, promover la unidad de numerosos deudores y un programa de acción conjunta que seguramente habría desatado un gigantesco pánico financiero, y que probablemente hubiese empujado a los poderes occidentales a alcanzar compromisos favorables al Kremlin, dándole un bienvenido «respiro» al sistema soviético. ²³

²² Laqueur, *ob. cit.*, p. 57.

²³ Véase Katherine Verdery, «What Was Socialism?», en N. Keddie, ed., *Debating Revolutions*, *ob. cit.*, pp. 238-240.

Desde luego, estas opciones implicaban severos riesgos, pero lo que me importa destacar es que estaban allí, existían, no se trataba de una única escogencia posible para Gorbachov y su grupo. De allí la validez de estas frases de Kenneth Oye:

Debido a que no había nada inevitable en cuanto a los cambios en la conducta y la morfología soviéticas, el fin de la Guerra Fría es un monumento a esos individuos [Gorbachov y quienes le acompañaron]. Debido a que la turbulencia que ahora puede desatarse en las sociedades postcomunistas es capaz de barrer las reformas y sus ejecutores, solo nos resta esperar que el monumento siga honrando a esos hombres y sus realizaciones.²⁴

Llegados acá, cabe preguntarse: ¿Por qué hizo Gorbachov lo que hizo? Y, ¿qué es lo que realmente intentaba y deseaba hacer?

3. Gorbachov y las consecuencias no deseadas de la acción política

Todo intento de evaluar con objetividad el papel histórico de Gorbachov y sus efectos sobre el desmantelamiento del sistema de dominación comunista en la URSS, exige de entrada la formulación inequívoca de estas preguntas: 1) ¿Tenía Gorbachov el propósito de sustituir el orden comunista por otro diferente, o solo de reformar desde dentro el sistema imperante y procurar su mejoría? 2) ¿Se propuso Gorbachov, deliberadamente, la liberación de las naciones comunistas de Europa oriental, o fue este un proceso que,

²⁴ Kenneth A. Oye, «Explaining the End of the Cold War: Morphological and Behavioral Adaptations to the Nuclear Peace?», en Richard N. Lebow y Thomas Risse-Kappen, eds., *International Relations and the End of the Cold War*. New York: Columbia University Press, 1995, p. 78.

simplemente, se produjo sin que Gorbachov lo deseara o, después de cierto momento, pudiese impedirlo?

Ambas interrogantes pueden ser respondidas con claridad y sustentadas sobre bases muy sólidas. En primer término, estoy persuadido de que Gorbachov inició su camino como secretario general del Partido Comunista en 1985, con el objetivo —inicialmente calificado de «aceleración» o *uskorenie*, luego cambiado a *perestroika* o «reestructuración»—, de reformar el sistema soviético desde dentro, corregir algunas de sus más obvias fallas, hacerlo más eficiente y menos opresivo, pero todo ello dentro de los esquemas fundamentales del leninismo en lo político y del socialismo en el plano económico. En segundo lugar, considero también que la evidencia histórica indica que Gorbachov tampoco se propuso derrumbar la aparentemente poderosa estructura del imperio soviético en Europa oriental. Esa estructura cayó en gran medida como resultado de acciones y decisiones sobre las cuales Gorbachov tuvo mucho que ver, pero el líder soviético no previó que las consecuencias de esas decisiones iban a ser las que en efecto fueron. Por un tiempo, durante los tres o cuatro primeros años de su ejercicio del poder, Gorbachov abrió puertas, expresó ideas y dio oportunidades en función de su meta de superar las graves fallas del sistema sin erosionar sus bases esenciales de sustentación, que no eran otras que el mito comunista y el miedo hobbesiano. Ya hacia 1989 empezaron a multiplicarse los indicios de que el curso de los eventos, impulsados por esas decisiones, estaba escapando al control de su iniciador, causándole de paso creciente

preocupación.²⁵ lo que había comenzado como un esfuerzo dirigido a renovar el comunismo y construir un orden más eficiente y democrático, estaba convirtiéndose en un torrente que se llevaba a su paso los restos de un edificio carcomido luego de décadas de deterioro.

Gorbachov no tuvo claro, sino hasta el fin, el sentido de dirección que tomaban los sucesos generados por su intento de reformar el sistema y legitimar una creciente apertura —o *glasnost*—. Gorbachov era un producto del sistema, que, como tantos otros, conocía de cerca sus deficiencias, pero al mismo tiempo, aunque fuese de modo controlado, admitía el valor clave de sus mitos. El hecho es que los mitos políticos no tienen que corresponderse, al menos no del todo, a una realidad para surtir efectos y cumplir su papel cohesionador. Numerosas veces los mitos son idealizados y cada vez más separados del mundo real, como una manera de protegerles y situarles más allá de las amenazas de contaminación que suscita la vida concreta de la gente. Con sus acciones, no obstante, Gorbachov asestó dos golpes mortales al sistema de dominación comunista: Por una parte, al adoptar la política de apertura, permitió que la verdad histórica sobre el mito comunista irrumpiese con toda su fuerza, abriendo boquetes gigantescos en la muralla de mentiras y distorsiones tras las cuales aún se protegía el pasado revolucionario y su presente de decepciones. Por otra parte, la política de apertura y el proyecto de reestructuración pusieron de manifiesto las enormes dudas, temores y vacilaciones existentes en el seno de las élites dominantes, contribuyendo así a una

²⁵ Véase David Remnick, «Dead Souls», *The New York Review of Books*, December 19, 1991, p. 80.

decisiva erosión de las barreras del miedo, miedo que en relativamente poco tiempo cedió su paso a una masiva separación espiritual de la gente con respecto al orden de cosas vigente.

El drama de Gorbachov se sintetiza en una paradoja: al mismo tiempo que admitía cada día más y más verdades desagradables sobre el sistema cuyo poder centralizaba, mostraba una más firme convicción en su capacidad de renovarlo. La verdad era terrible, y enorme fue, al menos por un tiempo, su confianza en la posibilidad de cambiar el sistema desde dentro, controlando el proceso e impidiendo su desbordamiento. El rumbo escogido por Gorbachov, su *perestroika* y su *glasnost*, nacieron dentro del marco del comunismo, y su objetivo era fortalecer la naturaleza socialista del orden imperante, es decir, renovar el mito. Por un tiempo, tal vez hasta mediados de 1989, este rumbo generó expectativas dentro y fuera de la URSS. Ciertamente, Gorbachov parecía convencido de que él sería capaz de transformar el Partido Comunista en agente de cambio «progresista», de combinar los supuestos «aspectos positivos» de una economía socialista con los mismos elementos del capitalismo y de promover la democratización sin renegar del leninismo. Si bien en perspectiva histórica, y en vista de lo que finalmente ocurrió, este proceso presenta una imagen irreal y en ocasiones hasta absurda, en su momento no fue del todo visto de esta manera, en particular por los principales actores en el mismo. Así adoptan su forma usualmente los procesos históricos; como una mezcla de tendencias sociales globales y de opciones individuales, de factores estructurales y accidentes que se conjugan para producir cambios, los cuales a su vez no son adecuadamente percibidos e interpretados por

los agentes que controlan el curso de la historia —cuando lo hacen— solo de modo parcial y a tientas.

Leídos con el beneficio del paso del tiempo a nuestro favor, los discursos de Gorbachov durante los primeros tiempos de su mandato evidencian una profunda confusión, una mezcla de cauteloso pesimismo hacia el sistema soviético con ciego optimismo en torno a las posibilidades de cambiarle. Su propuesta consistía en la creación de una «sociedad humana, libre y racional», que, en su opinión, era un ideal vinculado con la teoría marxista-leninista. Esa sociedad rechazaría el «centralismo burocrático» y adoptaría en su lugar una gerencia basada en la «asociación voluntaria de las colectividades de trabajo». Los trabajadores serían propietarios de sus medios de trabajo, los campesinos de su tierra. En materia política, su fórmula era rescatar la «democracia y la libertad» como «grandes valores de la civilización», los cuales solo requerían del «contenido socialista» para convertirse en metas aceptables. El Partido Comunista jugaría un «papel especial» en el nuevo «organismo social», pues estaba por naturaleza llamado a ser la «vanguardia política» del sistema soviético, pero a la vez tendría que abandonar su control de la economía y reformarse internamente, desarrollando el pluralismo y expandiendo la apertura.²⁶

Aunque cueste creerlo, Gorbachov condujo su camino basado en este tipo de ilusiones. No estaba, sin embargo, solo. Su figura y sus ideas representaban una élite post-estalinista que, si bien aún rendía tributo al mito comunista —por cinismo, miedo, convicción, o un poco

²⁶ Citado por Jack Matlock, *Autopsy of an Empire*. New York: Random House, 1995, pp. 289-290.

de cada uno de estos factores al mismo tiempo—, no cerraba los ojos ante la descomposición imperante, la cual incluía severas dificultades económicas e inocultable empobrecimiento material y cultural de la mayoría, y una patente «enfermedad del espíritu» que parecía robar a diario las energías de una sociedad cansada de sí misma. Esta «escuela de los comunistas reformistas» halló en Gorbachov el hombre indicado para presionar por los cambios a que aspiraba, y Gorbachov les dio posiciones de influencia.²⁷ Esta nueva élite carecía del dogmatismo, impulso emocional, compromiso ideológico con el mito y sentido de poderío que había caracterizado a las tres generaciones precedentes, representadas por Lenin, Stalin y Khrushchev-Brezhnev. Las reformas que esta nueva élite proponía no surgían de su confianza en el futuro del comunismo, sino más bien de sus agudas inquietudes y severas dudas acerca del valor y vigencia del mito.²⁸

El fin del comunismo en la URSS no ocurrió como resultado de una revolución, sino fundamentalmente —en la coyuntura de esos años— del colapso en la voluntad de dominio de las élites, voluntad que había sido carcomida por la erosión del mito en la sociedad como un todo, proceso este que alimentó a su vez la ruptura gradual de la barrera del miedo. Las iniciativas de Gorbachov crearon ondas expansivas hacia el imperio, generando expectativas de mayor libertad y reduciendo en las masas el temor a cuestionar el orden existente en Europa oriental. Las élites perdieron la fe en el mito. Buen número de ellos, no solamente por miedo a perder sus posiciones de privilegio,

²⁷ Remnick, *ob. cit.*, p. 77.

²⁸ Victor Nee y Peng Lian, «Sleeping with the Enemy: A Dynamic Model of Declining Political Commitment in State Socialism», *Theory and Society*, 23, 1994, p. 254.

sino también por residuos de convicción, optó por un rumbo de reformas, bajo la premisa optimista de que el proceso podía controlarse y combinar lo mejor de todas las opciones. Sin Gorbachov quizás las reformas no hubiesen ocurrido, o hubiesen tardado más tiempo o habrían tomado un sendero distinto. Gorbachov fue un accidente histórico ubicado en la confluencia de una crisis de significativas proporciones. Su gran contribución, que no fue la que él quiso realizar, se tradujo en poner de manifiesto con particular claridad la pérdida de confianza de las élites en el mito, pérdida de confianza que, paradójicamente, por un tiempo se combinó con un ciego optimismo en la capacidad de «cambiar la vida». El sistema de dominación creado por Lenin requería de unas élites con implacable voluntad de poder. El comunismo era un mito, no un simple arreglo pragmático para aumentar la producción de vegetales o la eficiencia de los automóviles. Carcomido el mito, solo quedaba la barrera del miedo y Gorbachov se encargó de acelerar su derrumbe.

En una entrevista de 1991, Gorbachov dijo esto: «Si yo no hubiese alcanzado, como de hecho lo hice, la convicción de que nuestro sistema tenía que cambiar, hubiese entonces actuado como lo hicieron los líderes que me precedieron, como Brezhnev, por ejemplo. Podría haber vivido como un emperador por diez años sin que me importase un comino lo que pudiese venir después de mí...».²⁹ Ciertamente, nadie puede estar seguro de que, sin Gorbachov y sus reformas, el sistema no hubiese sido capaz de prolongar su existencia por unos (¿cuántos?) años más, o que las cosas hubiesen tomado un

²⁹ Citado por Michael Dobbs, «Gorbachev Never Knew What He Was Getting Loose», *The Guardian Weekly*, December 22, 1991, p. 14.

rumbo bastante diferente del que tomaron, tal vez con mucha mayor violencia. Históricamente, imperios similares, debilitados y empobrecidos, han caído luego de décadas de decadencia atravesando un sendero de costosas guerras y decisivas derrotas.³⁰ El imperio soviético se «disolvió», prácticamente sin disparar un tiro, sin que un partido revolucionario hubiese dirigido una lucha en su contra, sin experimentar una derrota realmente significativa —Afganistán fue un fracaso, de muy escasa importancia militar—, y sin que sus ciudadanos se movilizasen en masa para cuestionarle. Lo que realmente colapsó fue la voluntad de dominio de unas élites que perdieron la confianza en el mito comunista y estimularon las crecientes dudas de la sociedad como un todo, contribuyendo a que las grietas del mito se transformasen en abismos.

Gorbachov tiene razón cuando apunta que, a pesar de todo, los ciudadanos soviéticos posiblemente hubiesen soportado años más el peso de un sistema hacia el que cada día guardaban menos lealtad, pero que parecía indestructible. La barrera del miedo fue rota por las élites dominantes cuando admitieron la verdad y optaron por cambiar una realidad que ahora lucía intensamente insatisfactoria. Concurro por ello con este juicio de Jack Matlok, quien era embajador de los Estados Unidos en la URSS durante los años cruciales del mandato de Gorbachov:

Para entender por qué la Guerra Fría culminó en 1989 en lugar del año 2089, y la Unión Soviética colapso en 1991 en lugar del año 2091 —y por qué esto ocurrió con escasa violencia— debemos

³⁰ Laqueur, *ob. cit.*, p. 52.

tomar en cuenta las decisiones tomadas por personas concretas. Tendencias económicas y sociales impersonales moldearon el contexto dentro del cual las decisiones fueron tomadas, pero fueron esas decisiones, adoptadas por líderes políticos de carne y hueso, las que definieron la ocasión y el carácter de los eventos.³¹

Vivimos en un mundo y dentro de un marco de fuerzas sociales sobre las que nuestra voluntad muchas veces ejerce poca o ninguna influencia, y acerca de las cuales con frecuencia poco o nada podemos hacer. Ese no fue, sin embargo, el caso de Gorbachov y el resto de la «escuela de los comunistas reformistas» en el período crucial de historia contemporánea que les tocó vivir. Con la misma mezcla de incertidumbre, dudas, desencanto, optimismo, audacia y cautela que usualmente determina las acciones humanas, asumieron un rumbo y una serie de decisiones cuyo impacto y consecuencias finales jamás avizoraron claramente, que apenas atisbaron en momentos críticos y finalmente aceptaron con mayor resignación que esperanza.

4. El desempeño de las ciencias sociales en el caso soviético

Timothy Garton Ash, uno de los más lúcidos periodistas que cubrió los eventos en Europa oriental entre 1989 y 1990, describió de esta forma el proceso de derrumbamiento de los regímenes comunistas:

Unos cuantos niños salieron a la calle y profirieron groserías a la policía. Los policías golpearon a los niños. Los niños entonces

³¹ Matlock, *ob. cit.*, p. 649.

dijeron: ¡ustedes no tienen derecho a golpearnos!

Y los gobernantes, los todopoderosos de siempre, respondieron, en efecto: ¡Así es; tienen razón, no tenemos derecho a golpearles. No tenemos derecho a preservar nuestro poder con la fuerza. El fin ya no justifica los medios!³²

Esta pequeña anécdota, una especie de imagen cinematográfica, retrata de modo impecable la esencia de un proceso eminentemente complejo que, eventualmente, se redujo a una sencilla realidad: en determinado momento, y como consecuencia de múltiples y enmarañadas causas, las élites comunistas rindieron su voluntad de dominio y abandonaron públicamente su pretensión de ser los intérpretes infalibles de la adecuada marcha de la historia de sus pueblos —y de la especie humana en general—.

Los científicos sociales —politólogos, sociólogos, economistas— en Occidente, no anticiparon con suficiente claridad y coherencia estos eventos. No me refiero acá a la anticipación de situaciones particulares, como el colapso —y su momento preciso— de regímenes comunistas específicos, pues esta es una limitación insuperable. Me refiero al análisis más global de las tendencias y procesos que habían estado madurando en el seno del sistema de dominación soviético, y que habrían podido suministrar suficientes elementos para una evaluación menos optimista acerca de la fortaleza intrínseca de un orden cuyo mito medular estaba gravemente enfermo. Con escasas excepciones, algunas de las cuales han sido previamente citadas, el consenso general de la «sovietología» atribuyó mayores posibilidades

³² Citado por J. L. Gaddis, *ob. cit.*, p. 164.

de supervivencia al sistema de las que los hechos revelaron. Tanto la naturaleza sistémica del cambio, como su carácter pacífico, como su velocidad, así como su oportunidad coyuntural enraizada en las políticas de Gorbachov y lo que estas ponían de manifiesto en relación con la actitud de las élites, fueron aspectos que en buena medida escaparon al desempeño analítico y la capacidad pronosticadora de las ciencias sociales. En líneas generales, la opinión emitida por Seweryn Bialer en 1987, según la cual la Unión Soviética no se hallaba en una crisis sistémica, ni desembocaría en esa situación, debido a sus «enormes reservas de estabilidad política y social, suficientes para sobrevivir las mayores dificultades»,³³ predominó hasta muy avanzado el proceso de disolución del orden político creado por Lenin.

Lipset y Bence han argumentado que esta falla anticipatoria fue el producto de dos factores: En primer término, la influencia de motivaciones ideológicas sobre el estudio académico de la realidad soviética, y en segundo lugar, la subutilización, por parte de los estudiosos, de los hallazgos analíticos que ha producido la teoría social «clásica» —la de Weber, Durkheim, Schumpeter, Mises, Michels, Pareto, y los propios Marx y Engels—, que estaban allí para ser usados, y que no fueron suficientemente explotados. De no haber sido por la influencia distorsionadora de los compromisos ideológicos, y por el olvido de enseñanzas fundamentales de la teoría social —de «fuentes teóricas de anticipación» derivadas de la teoría social clásica—,³⁴

³³ Citado por Philip P. Everts, «Eastern Europe and the Crisis in International Relations», en Pierre Alian y Kjell Goldmann, eds., *The End of the Cold War. Evaluating Theories of International Relations*. Dordrecht: Martinus Nihoff Publishers, 1992, p. 74.

³⁴ Lipset y Bence, *ob. cit.*, pp. 193-200.

podiesen haberse alcanzado conclusiones más acertadas sobre la situación soviética y sus perspectivas.

En cuanto a la cuestión ideológica, Lipset y Bence sostienen que, en medio del clima de tensiones y polémica generado por la Guerra Fría, la «sovietología» fue un campo del estudio social que se vio particularmente afectado. Por un lado, los analistas de «derecha» tendían a percibir el sistema soviético como un monolito poderoso y prácticamente indestructible, frente al que era indispensable adoptar las más eficaces y sólidas medidas de defensa. Por otro lado, los analistas de «izquierda» tendían a enfatizar los presuntos aspectos positivos del sistema soviético, a minimizar sus deficiencias, a exaltar sus fortalezas y a exagerar las posibilidades de reformas benignas en su seno, llegando al punto de popularizar la idea de una supuesta «convergencia» entre las cosas buenas del capitalismo y el socialismo en un futuro cercano. Como consecuencia de esto, ambos sectores, la «derecha» y la «izquierda» se unían en la línea de atribuir al sistema comunista mayor fortaleza de la que realmente tenía.³⁵

Más importante aún me parecen las observaciones de Lipset y Bence en torno a la existencia de un cuerpo de teoría social «clásica», cuyos hallazgos contienen suficiente poder analítico para enfrentar con mayor éxito del que se tuvo en este caso, las complejidades del proceso social y el pronóstico político, dentro —por supuesto— de un marco de limitaciones. Buena parte de esta teoría clásica, plasmada en la obra de los autores antes mencionados y de otros más —como Hayek, Aron, Deutsch y Parsons, por ejemplo—, enseñaba que el

³⁵ *Ibid.*, pp. 172-174.

comunismo producía una sociedad opresiva y concluía que el sistema fracasaría. Para Weber, para mencionar un caso, el socialismo estaba destinado a acentuar la burocratización de la sociedad industrial moderna y a aumentar, en lugar de reducir, la opresión de la clase obrera.³⁶ En lo que concierne a los fundadores del marxismo, para Marx y Engels el materialismo histórico implica que la naturaleza y las posibilidades estructurales de las sociedades están determinadas por el desarrollo de sus fuerzas de producción —que incluye el nivel de su tecnología—. Por lo tanto, dado que el comunismo es una sociedad de abundancia, Marx y Engels sistemáticamente rechazaron las propuestas —que ellos calificaban de «utópicas»— orientadas a construir el socialismo en sociedades atrasadas —como Rusia en 1917—. Como lo expresan Lipset y Bence, «La teoría de Marx implicaba que el esfuerzo de construir el socialismo en una sociedad menos desarrollada resultaría en una aberración sociológica. Si esas palabras no describen lo que de hecho ocurrió en la Unión Soviética, nada puede entonces hacerlo».³⁷

Cabe insistir en que la teoría social clásica no hacía posible pronosticar eventos específicos, pero sí estaba en capacidad de aportar instrumentos analíticos y metodológicos con el poder necesario para reconocer las grietas en el cemento de las sociedades. Esta ha sido la convicción que ha guiado el presente estudio, y que ha orientado mi esfuerzo para afinar nuestra percepción de los elementos básicos que componen ese «cemento». En el caso del sistema de dominación soviético, la erosión del mito comunista era un síntoma

³⁶ Véase Max Weber, *Economy and Society*, vol. I. New York: Bedminster Press, 1968, pp. 223-225.

³⁷ Lipset y Bence, *ob. cit.*, p. 199.

inequívoco del avance del proceso de disolución social. No obstante, un indicio clave de cambio sustancial lo proporcionó la política reformista de Gorbachov, una política que iba mucho más allá de lo que jamás llegó Khrushchev, y que —a diferencia de la «desestalinización» de finales de los años 1950— era resultado de la pérdida de fe en el mito y en su voluntad de dominio por parte de las élites, y no de la confianza en su posible recuperación. Esa política, a su vez, aceleró la ruptura de la barrera del miedo.

Sin que esto deba interpretarse como un intento de minimizar la importancia del no muy adecuado desempeño de los científicos sociales frente a la crisis soviética, cabe señalar que no menos inconvenientes se presentaron en el terreno de la inteligencia estratégica respecto al proceso de disolución social en la URSS.

Desde luego, los objetivos de ambos campos —el académico y el de la inteligencia político-militar— son distintos, y las consecuencias de sus limitaciones y desaciertos también pueden ser muy diferentes. La meta de la ciencia es el conocimiento, la meta de la inteligencia estratégica es la acción. Los errores académicos pueden no pasar de allí: de lo académico; en cambio, los errores en materia de inteligencia estratégica pueden costar vidas. Ahora bien, en numerosos aspectos el trabajo de la inteligencia se vincula al esfuerzo académico, pues la inteligencia estratégica busca sustentarse en un conocimiento acertado de las intenciones y capacidades de un adversario real o potencial, y ello significa muchas veces el conocimiento en sentido amplio de su sociedad, economía y sistema político.

En este orden de ideas, tenemos la suerte de contar con un detallado estudio en torno al desempeño de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de los Estados Unidos, en sus intentos de evaluar el panorama soviético en los tiempos de Gorbachov y aun antes, y de extraer un sentido de lo que estaba ocurriendo.³⁸ Una lectura atenta en este material indica que los analistas de la CIA, tal vez en un grado todavía mayor que sus colegas académicos, se vieron también limitados por motivaciones ideológicas, en este caso, la dificultad de comunicar a una administración –Reagan– convencida de que la URSS era un grave peligro y «la razón de su existencia», podía dejar de existir «voluntariamente o a consecuencia de sus males sociales».³⁹ En otras palabras, el gobierno de los Estados Unidos bajo Reagan estaba empeñado más que nunca en aumentar su poderío ante la URSS, y seguía a pie juntillas las estimaciones de inteligencia que proyectaban un enorme crecimiento de las fuerzas militares soviéticas; estas estimaciones exageradas, que jamás –durante 10 años en los años 1970 y 1980– se cumplieron de hecho, servían, sin embargo, a los decisores norteamericanos para justificar sus propios gastos de defensa.⁴⁰

En realidad, el récord analítico y en términos de pronóstico de la CIA esos años es mixto, y presenta en términos generales aciertos y fallas similares a los que encontramos en el campo de los estudios académicos. El consenso predominante, una vez que ya se vio claro, a

³⁸ El citado estudio fue preparado por Kirsten Lundberg para los profesores Ernest May y Philip Zelikov, en la Escuela Kennedy de Gobierno, Universidad de Harvard, Programa de Estudios de Casos, y se titula *CIA and the Fall of the Soviet Empire. The Politics of Getting It Right*, C 16-94-1251.0.

³⁹ *Ibid.*, p. 28.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 29.

mediados de 1987, que Gorbachov estaba abriendo puertas que antes no habían sido abiertas, era que, si el secretario general llevaba a su conclusión lógica el camino que estaba señalando, cometería suicidio político y conduciría el sistema soviético a un colapso; por tanto, Gorbachov no tenía verdaderamente la intención de hacer lo que estaba diciendo que iba a hacer.⁴¹ Esta fue la conclusión de un estudio de 1987, según el cual:

Luce cada vez más obvio que Gorbachov no aspira a un cambio sistémico. Está manejándose con impresionante energía y astucia dentro del sistema que le legaron sus predecesores. Está luchando para preservar la vitalidad que el sistema una vez tuvo [...] Ahora, si lo que entendemos por reforma es un aumento significativo del nivel de vida y de la protección de los derechos individuales bajo la ley de los ciudadanos soviéticos, esa clase de reforma no puede llegar muy lejos sin un cambio sistémico, precisamente el tipo de cambio que Gorbachov no puede estar deseando.⁴²

Lo interesante de esta última observación es que es a la vez correcta e insuficiente, pues no toma en cuenta que lo verdaderamente relevante no eran los «deseos» de Gorbachov, sino las consecuencias probables, muchas de ellas no intencionales, de sus acciones. Para los analistas de la CIA era en extremo difícil concebir que los líderes de la aparentemente poderosa Unión Soviética hubiesen llegado a un punto

⁴¹ *Ibid.*, p. 17.

⁴² *Ibid.*

decisivo en su trayectoria política: el de la pérdida de su voluntad de dominio, severamente erosionada por el deterioro del mito comunista.

Gorbachov fue un ingrediente individual dentro de un contexto complejo, un elemento que, sin embargo, introdujo una radical discontinuidad en los esquemas interpretativos prevalecientes sobre la URSS, su situación y perspectivas. Si bien la aparición de Gorbachov en escena era como tal impredecible, una vez que su política reformista empezó a tomar cuerpo, se hizo indispensable ir más allá de la especulación acerca de sus posibles intenciones para concentrarse en el impacto concreto de sus decisiones. En tal sentido, la influencia de una teoría social sustentada en la relevancia de los mitos y el miedo hobbesiano como cemento de las sociedades, hubiese seguramente sido muy útil como herramienta anticipatoria, capaz de resaltar la aparición de indicadores cruciales en la ruta que conduce al fin de los sistemas de dominación política.

NOTA FINAL

Deseamos vislumbrar qué nos depara el futuro, y reiteradamente recurrimos al más confiable instrumento con que contamos para llevar adelante un esfuerzo semejante: el conocimiento científico. Frente a esta aspiración, no obstante, las ciencias sociales nos revelan dos realidades: Primero, que su potencial para desentrañar la complejidad causal y el significado de los eventos sociales —pasados, presentes y futuros— está sometida a severas limitaciones. Segundo, que a pesar de esas restricciones, el conocimiento de los procesos históricos no es un desierto absoluto, sino un campo en buena parte fructífero y promisorio, que nos devela en ocasiones hallazgos de indudable valía.

El presente estudio se ha orientado a responder una interrogante medular, a saber: ¿El desarrollo de una más sólida teoría social sobre los factores fundamentales que contribuyen a dar cohesión y a desintegrar las sociedades y los sistemas de dominación política, es capaz de mejorar nuestra capacidad de pronosticar el curso de los eventos históricos? Ante esta pregunta, la respuesta que hemos articulado, luego de transitar nuestro rumbo analítico, es parcialmente afirmativa, dentro de límites que a muchos pueden lucir estrechos, pero que, sin embargo, me atrevo a considerar alentadores. No pretendemos haber desarrollado acá esa «superior» teoría social, pero sí confiamos en haber trazado los contornos de un mapa conceptual que nos ayuda a enfocar, con particular intensidad, aquellos ingredientes básicos del cemento de las sociedades: el miedo y los mitos. Esta focalización es a la vez crucial para llamar nuestra

atención sobre ciertos indicadores claves, que anuncian el proceso de decadencia y crisis de los sistemas de dominación política.

Se ha insistido en las páginas precedentes en la compleja conjunción de factores que usualmente genera las grandes convulsiones y cambios; también se ha hecho énfasis en la interacción, en el desarrollo histórico, de los aspectos estructurales e individuales, de las tendencias globales y fuerzas colectivas entremezcladas a la acción de individuos particulares. Se ha procurado, por tanto, establecer una clara distancia respecto de los reduccionismos teóricos que intentan explicar la complejidad social mediante la supresión de alguno o varios de los factores — económicos, políticos, psicológicos e ideológico-culturales—, que en conjunto constituyen la intrincada red de la vida social y su impredecible dinámica. Esa complejidad es, precisamente, al mismo tiempo, el mayor obstáculo y el más relevante estímulo de la misión científica.

Si el mapa teórico desarrollado en este libro contribuye en alguna medida a mejorar nuestra comprensión de lo que une y desintegra las sociedades, habrá sido logrado el principal propósito del presente estudio.